CENTRO
DE
...CIONES
...RIAS
DE
...POTOSI
A.C.
33

JORGE FERRETIS

EL SUR QUEMA

Tres Novelas de México

EDICIONES ROTAS
MEXICO

1937

SA 1252959

Lin-Yutang dice: "Pienso en América como en un enorme hervidero racial, todavía en ebullición en el caldero de una bruja". Y México es acaso el lugar que más hierve, por los absurdos contrastes de sus hombres y de su geografía.

Yo, alucinado a veces por el fastuoso espectáculo tropical, o contristado ante la parda miseria de nuestra altiplanicie, urdo mis relatos como pretextos para hacer a los linotipos ingerir unos cuantos problemas y fenómenos de nuestra población.

Sé que divagando, se corre el peligro de restar fuerza a las narraciones. Sé también que corro el riesgo de parecer etnólogo entre los novelistas, y novelista entre los etnógrafos. Y a pesar de ello, permito deliberadamente que el etnólogo y el novelista que llevo en mi interior se disputen mi pluma, y la usen.

¿La novela tiene que ser escuetamente argumental? ¿Lo pide así nuestro borroso tipo de cultura? Yo no quiero entenderlo, y como en mi "Tierra Caliente", persisto en mi propósito de injertar novelas con páginas de ensayo.

México tiene problemas paradójicos. Aparte del de su analfabetismo, tiene otro más raro, que aunque

no lo hayan descubierto los políticos confeccionadores de programas oficiales, no por ello deja de gravitar sobre el país. Es un problema que consiste en enseñar a leer a los que saben leer.

No es un simple juego de palabras. Es que con números de estadísticas se demuestra este fenómeno: un altísimo porcentaje de nuestra población alfabetizada jamás busca un libro. (Hasta el raquítico tiraje de revistas y diarios, relacionándolo con las cifras de nuestra población letrada, lo corrobora). Los zapatos, en México, todavía no constituyen una necesidad nacional. Los libros mucho menos que los zapatos.

Ni en Norteamérica la masa letrada lee tan poco, a pesar de que aquellas gentes disponen de minutos contados para llegar corriendo a las fábricas y a los cines. En México, este fenómeno quizá se explica por culpa de este cielo caliente, bajo el cual se vuelven holgazanes los hombres y se vuelven haraganes los pensamientos. Y poco gustan de las ocupaciones o de las especulaciones mentales.

A pesar de todas estas reflexiones en contra, no aspiro a ser un argumentista neto. Mas pláceme orillar a mis personajes a la meditación. El primero, en este libro, será el menos divagabundo.

A casi todos les insuflé desencanto, de aquel que nos apretaba el corazón como un puño a millares de quienes, hacia 1932, veíamos cómo los hombres del poder manoseaban a la Revolución y la prostituían.

Mis personajes me perdonen.

J. F.

CENTRO DE INVESTIGACIONES HISTÓRICAS DE NUEVO LEÓN A.C.

LO QUE LLAMAN FRACASO

I

LUNA Y ABDOMEN

—Lo está esperando su negra, don Ponciano.

—Para allá voy... para allá voy...

El mundo, como enorme moneda, ha tenido siempre el valor que le han dado los románticos. Son sus quilates.

Hay romanticismo gordo y romanticismo flaco. El romanticismo flaco no distingue los colores de lo ridículo y lo excelso. Si es ilustre, se viste, por ejemplo, con la saya de Francisco; pero lo más probable es que prefiera ir a abrazarse a un rayo de luna en un jardín para contarle los desvíos de alguna Colombina. Aunque está plenamente comprobado que un rayo de luna es más inepto que cualquier desgreñada proxeneta.

Ese romanticismo flaco, cree que todo le está bien, y que embellecerá cuanto toque. El gordo, en cambio, se siente cohibido. Sabe que su solo volumen puede hacerlo rodar a lo ridículo. Claro que los gordos son tan románticos como los flacos; pero no tienen la figu-

ra que exigen las aventuras sentimentales. Además, no podrían, por ejemplo, escalar un muro, y si lo hiciesen, llegarían resoplándole a la amada. Y los pobres, en lugar de consagrarse a una mujer fatal, tienen que buscar otras cosas de qué enamorarse: Una idea, una convicción, un negocio, una lavandera. Cualquier cosa con la que no desentone su barriga, o su rostro aplastado, o su cabeza monda que quizá produzca proyectos colosales, pero jamás una melena rizada.

—Adiós, don Ponciano, ¿cómo está su negra?

—¡Tan linda como siempre, don Camilo! Adiós.

Era uno de tantos. Un buen hombre que además de llamarse Ponciano, era corpulento y barrigudo. Su cara, color de hollín, estaba también un poco picada de viruelas. Por lo demás, era como cualquier hombre. Cojeaba un poco; pero estaba completo. Don Ponciano no tenía talento ni ambicionaba cosa alguna. Tenía mala suerte con las mujeres. Había tenido una, que en el momento propicio lo había dejado, porque otro la convenció de que era guapa. Hasta un loro muy hablador que había en su casa, y con el que aquel hombre comenzara a encariñarse, en una de sus ausencias, voló. Una vecina supuso que fué robado; otra, que escapó; otra que quizás algún perro...

Don Ponciano había sido el único que no se había preocupado por hacer una hipótesis. No le quitaban el sueño los desaparecidos.

Pero como se ha dicho, tenía todo lo que cualquier otro mortal. Y así, tenía, alguna vez, que enamorarse. Las ideas no le eran familiares; las convicciones le causaban cierto malestar, pues no simpatizaba con las

gentes testarudas. Cuando pequeñín, su mamá le había dicho que no debía ser terco. Y él no encontraba diferencia alguna entre una convicción y una obsecación.

*
* *

Era inevitable un enamoramiento. Y se enamoró. En el pueblo, todos sus conocidos aseguraban que se había enamorado de su negra, como él le decía. En ella encontraba, por fin, una docilidad y una abnegación. Sentía bien las guasas de las gentes que le preguntaban por ella; su negra había llegado a hacerse muy popular. Y como él era el hombre más bonachón y bienhumorado, por cualquier calle, de trecho en trecho, escuchaba cosas semejantes en labios de gentes que le sonreían:

—Saludos para su negra, don Ponciano.

*
* *

Era maquinista del ferrocarril. Lo había sido durante algunos años en un pequeño ramal, y poco a poco, al correr de los días y de su locomotora, había ido notando que era ésta la única que jamás lo defraudara; la única que siempre le sería dócil. Siempre. ¡Era tan grato tener una certeza! Conocía bien todas las virtudes de ella.

Una vez, con una estopa en la mano, limpiaba uno de sus pistones. Y notó como si la mano se le suaviza-

ra; aquella estopa con aceite era casi una caricia; ¡aquel deslizamiento era digno de un muslo de mujer!

—¡Caramba! —se había dicho limpiándose el sudor— ¿es que por solo tener manos será forzoso acariciar?

Meneó la cabeza y frotó con más ímpetu aquel bloque de acero reluciente. Después de todo, su locomotora era lo mejor que él tenía. Se conocían a fondo mutuamente; se llevaban bien. Ella trabajaba de muy buena gana con él. Y no habiendo impedimento alguno, acabó por enamorarse. Y él había empezado a llamarla "mi negra".

Cuando por alguna circunstancia la máquina tenía que trabajar sin que a él tocase salir a camino, procuraba siempre estar en la estación en el momento de la llegada. ¡Era uno de sus mejores placeres!

¡Al verla venir la encontraba tan arrogante y desdeñosa! Una locomotora tiene mucho de mujer. Tiene su porte. Cuando viene hacia nosotros, parece un busto que por su sola gallardía ha de abrirse paso. ¡Ese es donaire! Avanza, avanza con su paso altanero; con su cabellera de humo siempre suelta. La cabellera que algunos vientecillos impertinentes quisieran acariciar. ¡Pero cómo los desdeñaba su negra, siempre digna, sacudiendo sus penachos!

*
* *

Una mañana, ella salió con otro. Fué de las pocas veces en que no correspondía trabajar a don Ponciano.

¡Qué poca dinamita se requiere para hacer añicos un tren!

Andaba acosada por la sierra una partida de "levantados" hambrientos. Hacía un mes que no se podían aproximar a ningún poblado para aprovisionarse. Lo único que les quedaba, además de sus fusiles y unos cuantos cartuchos, eran veintiuna libras de dinamita. Y fué suficiente.

Sobre la vía, en un segundo, la locomotora quedaba reducida a un montón de fierros humeantes. La caldera tenía estertores aún; pero nada quedó servible.

Cuando llegó al pueblo la noticia, todos comentaban la buena suerte de don Ponciano, que por milagro no había salido en aquella ocasión. El no decía nada. Lo más que hacía era mover la cabeza.

A su paso, las gentes, siempre en broma, le decían:

—¿Con que se quedó viudo, don Ponciano?

—Sí, amigo: ando de luto...—contestaba sonriendo también.

Pero si era de noche y no había peligro de que las gentes lo notasen, se le mojaban los ojos.

*
* *

Todos creían que aun en aquella época en que todo era desbarajuste, puesto que se estaba en plena revolución, él esperaría a que mandasen otra locomotora, una vez restablecidas las comunicaciones.

Pero no hizo tal. Sentía que, honradamente, él no debía ya ser maquinista. Le quedaba también un sor-

do rencor hacia los "levantados" que hicieran perecer a su negra. (Tal vez no era odio lo que sentía; pero se le asemejaba).

Y como si no tuviese otra cosa que hacer, fué a darse "de alta" como soldado, para combatir bandoleros.

—¿Es que ya te dió miedo, Ponciano, al ver cómo mueren los hombres en sus máquinas?

Ponciano sonreía y callaba.

Cierto que el otro maquinista debió haber sido horriblemente despedazado, pues su mujer, que llegó entre unas soldaderas al sitio de la catástrofe, sólo pudo encontrar un zapato de su marido, todavía con el pie dentro.

Pero no, el cielo sabía que con su máquina, Ponciano habría seguido siendo maquinista.

Y así fué como las gentes lo comenzaron a ver por las calles con su fusil encima.

De vez en vez, cuando le hablaban de que era tonto convertirse en un pobre desalmado de aquellos entre quienes había ido a parar, él sonreía; nada más sonreía.

* * *

Entre los "juanes", se hizo notar y querer pronto. Comenzó a recibir encargos y comisiones de cierta importancia. Sabía leer. Era pacífico y sereno como ninguno. Fungía como árbitro en casi todas las reyertas. Al principio ponía todo su corazón en sus arbitrajes; pero viendo que en la mayoría de los casos, y a

pesar de su fallo y de sus razones, alguno de los querellantes mataba al otro, ya no quiso mediar en ninguna riña.

Los jefes lo estimaban.

Y así llegó un día en que con cierta personalidad y muchos amigos revolucionarios, se encontró en la ciudad de México, ya cuando el país, extenuado, no podía pelear más. La guerra intestina cesaba por razones biológico-colectivas. Y vino la postración; o como se dice en términos alegóricos: la paz.

No se le acababa el buen humor, ni le había fermentado ambición alguna. De suerte es que seguía siendo gordo y risueño.

* * *

Aquello de su máquina, después de quince años, ya no tenía sentido. Probablemente hubiera vuelto a ser maquinista, si lo hubiesen ocupado. El sueldo era envidiable. Pero se empezaba a dejar sentir la desocupación. Todo era distinto. Hasta la Biblia necesitaba modernizarse, porque según el santo librote, el trabajo fué una maldición. Y en los tiempos nuevos, para un hombre no habría maldición de tan honda mella como las tres trágicas palabras: "No hay trabajo". Bíblicamente, tendría que decirse hoy: "No ganarás el pan ni con el sudor de tu frente."

Pero en fin, don Ponciano tenía muchos conocidos "arriba". Y no lo defraudaron. Su título de viejo y sincero luchador, que según la frase consagrada, "an-

duvo por el monte con las armas en la mano'', le valió provisionalmente un empleo, ''que pronto se le mejoraría''.

Y empezó una vida nueva. La vida entre los hombres de alquiler.

Y en materia de amor, hubo de recurrir a muy respetables damas callejeras.

II

EN EL MUNDO DE LAS MAYUSCULAS

El había servido durante toda su vida. Pero aquello era distinto. Encontraba, entre un trabajador cualquiera y un empleado público, más o menos la diferencia que existe entre servicio y servidumbre. Cualquier trabajador alquila sus brazos y sus manos; acá se alquilaban adulaciones, y sonrisas, y otras cosas que Ponciano no tenía. Lo menos malo que poseía era la conciencia, que además de no tener cotización, resultaba estorbosa. Unas piernas bonitas siempre han valido más.

Y el viejo revolucionario fué sintiéndose hostigado, y descendiendo por riguroso escalafón.

Cuando se dejó sentir un empeño de seleccionar el personal, lo instalaron en un cuartucho sombrío, lejos del público que se presentaba en las oficinas. Porque el nuevo Jefe pensaba que aquel hombre ofrecía un espectáculo desagradable. Además, el pobre había tenido la desdicha de sorprender al Jefe regalando a su taquígrafa una caja de medias de seda y pidiéndole el ''acuse de recibo''.

Ponciano platicaba con otro empleado más o menos de su catadura, que también anduvo en la Revolución; pero aquél sí se había lanzado por ideal. Para aquel otro hombre, tener un ideal era casi sinónimo de echar espumarajos por la boca. Cuando hablaba de sus convicciones, casi trepidaba. Se fué a la Revolución porque en el campo había aprendido a odiar la casta de los amos. ¡El amo! ¡El amo! Esa ralea maldita es la causa de que los hombres degeneren en demonios.

Aquel hombre se llamaba Nicolás, y juraba que en un tiempo había sido bueno. ¡Pero el amo! Su solo recuerdo lo enloquecía. De hombre bueno que afirmaba haber sido, se trocó, por obra y gracia de la Revolución, en una especie de centauro blasfemante, que hubiera dejado todos los placeres imaginables con tal de poder correr desbocado, con una tea en la diestra, para incendiar trojes, o edificios ¡o lo que fuera! El solo recuerdo de sus hazañas parecía quemarle los ojos. Se le inyectaban; se le abultaban las venas cerca de sus manos enormes y peludas.

Decía que una vez recibió un balazo en la cabeza, y durante todo el tiempo que tuvo fiebre, soñó que incendiaba. Y quizá lo soñaría hasta su muerte.

*
* *

—Pero "aquello" ya pasó —decía después Nicolás, cuando juntos caminaban por la calle—. Y lo peor es lo de ahora.

—¿Lo de ahora?

—¡Sí, amigo Ponciano! ¿Es que usted no lo ve?

—¿Qué?

—¡El amo! ¡Ya apareció de nuevo! ¡Allí está!

—No, Nicolás, no hay tal.

—¡Si no estoy loco, necio! No es que sufra alucinaciones. ¡Hablo de la Oficina! Allí, hasta allí nos ha venido a seguir el amo. Los que no lo conocieron, apenas si se dan cuenta. Pero nosotros, los que lo hemos llevado siempre encima, lo reconoceremos aunque nos los disfracen de pavo al horno.

—Usted exagera, Nicolás. Hay algunos muy buenos.

—¡Exagero! ¡Pero si sólo cambió de nombre! Antes se llamaba hacendado; hoy se llama Jefe de Departamento, Oficial Mayor, Gobernador o Ministro. Pero son de la misma hechura, con la diferencia de que aquellos, a pesar de todo, creían en sí mismos, y éstos sólo creen en quienes los ponen.

Don Ponciano, al fin de cuentas, reparó en que era preferible no alegar con aquel compañero que se exaltaba siempre con su tema predilecto. Quizás el tiro que recibiera en el cráneo lo haría pronto caer dentro de una camisa de fuerza. Porque cada vez su énfasis era más alarmante.

*
* *

Entre los pocos que se trataban con don Ponciano, figura también Suárez, según lo llamaba el Jefe, o Suaritos, como lo llamaba todo el personal.

Suaritos tenía un alma de incienso. ¡Hacía tantos años que servía al Gobierno! Hay rostros que se vuelven máscaras, y el de Suaritos era una muestra. Una máscara que sonreía. Cuando los superiores eran unos pobres diablos, Suaritos les resultaba muy útil, porque les hacía tantos honores, que los otros iban creyendo, poco a poco, en su propia superioridad. Cuando se habían inflado lo suficiente, Suaritos, siempre modelo de prudencia, volvía a su rincón.

Era de escaso entendimiento; pero de una resistencia descomunal. Llegado el caso, resistía improperios, resistía vejaciones, borrachazos; y su sonrisa, estoica, apenas si se torcía un poco. No cabía duda: Suaritos era el hombre excepcional. Lo único que le quitaba el sueño, como a todos, era el terror pánico que producían las rachas de "ceses". Y en segundo término, los descensos en el escalafón. Porque no eran raros los "compromisos políticos" de los amos que originaban semejantes desgracias.

Sin embargo, había que ver a Suaritos en su casa. Y sobre todo, había que oír a su mujer.

Los hombres no toleran que sus mujeres no los admiren, aunque por su parte, ni poco se preocupen ellos por tener algo de admirables.

Suaritos no gustaba de llevar a ningún compañero de oficina a su casa. Don Ponciano llegó a hablar con su mujer en forma meramente incidental. ¡Y quién lo dijera! ¡El señor Suárez era un ogro! Su mujer y sus chicos, y hasta algunos de los vecinos, lo encontraban imponente. Cuando bajaba del tranvía, en la esquina, ya ninguno de sus colegas lo hubiera reconocido. Su

gesto era medieval, duro, agrio. Su pobre mujer procuraba ser melosa; que la mesa estuviese lista; que los críos no chillaran. ¡Tenía un carácter tan fuerte su marido! Y no lo decía en son de queja; no. si le estaba bien; los hombres deben ser así. A su marido, en su trabajo, seguramente lo perjudicaba mucho su altanería, pues sus Jefes siempre sentirían cierto malestar en su presencia. Debía incomodarlos el reconocer aquella superioridad de un subalterno. ¡Las contestaciones que él les daba!

A la hora de la comida, cuando estaba un poco de buenas, contábale a su mujer cosas retumbantes.

—Al pobre Jefe ese que acaban de nombrar, se le ocurrió decirme: "A mí, Suárez, me gusta que los subalternos me obedezcan". Y yo respondí, recalcándole el apellido: "Y a mí, Pérez, me gusta que los Jefes no me hablen en tono de capataces".

La mujer sentía algo así como un cosquilleo moral. Si su esposo no fuera tan imponente, se le habría arrojado al cuello como una gatita desmedrada y mimosa. Pero ante aquel titán, se conformaba con sentir ganas de llorar de admiración. Y daba una cucharada de caldo muy caliente para tener una explicación en el caso de que los ojos se le humedeciesen.

Los hijos, por su parte, estaban más quietos que en misa; ninguno se atrevía a chistar. Aquel padre era un dios antiguo, de aquellos dioses hoscos, que no desperdiciaban siglos escuchando rezos de mujeres.

El, a solas, se daba cuenta de su situación, falsa, bufa. Pero ya estaba hecha. Además, allí estaban sus hijos. Era preferible que aun a costa de aquella doble

personalidad ficticia, ellos aprendiesen a admirar las gallardías.

Era la reacción de todas las bajezas que inevitable, y muchas veces innecesariamente, cometía, movido por el terror de no tener con qué llenar siete bocas descoloridas.

Por lo demás, él gozaba enmedio de aquella situación. ¡Ser temido! ¡Ver cómo todos contenían hasta la respiración cuando él hablaba iracundo! ¡Oh, eso es lo que deben haber experimentado los viejos dioses mientras los hombrecillos temblaban a sus pies! Y el señor Suárez pensaba que después de todo, la suya podía ser modelo de vida inteligente.

Su mujer, a pesar de que casi nunca podía salir de aquella casucha estrecha; aunque tenía que asear (si aquello podía llamarse aseo) a los chicos, y cocinar, y cuidar de que los más creciditos barriesen el interior; y remendar las sentaderas a su olímpico marido; a pesar de sentirse andrajosa y oler a ajo, era feliz. Algunas noches hasta se la oía cantar.

*
* *

En la oficina. Nicolás, se exaltaba más a menudo cada vez. De improviso se levantaba de su asiento, y parándose frente al escritorio de cualesquiera de los que en su torno parecían trabajar, tronaba:

—¡A mí me hicieron creer que a carabinazos acabaríamos con esa ralea de los amos! ¡Qué necedad! Siempre habrá hombres hechos para servir, y como consecuencia, otros se harán servir. No son los amos quienes hacen a los criados, sino al revés. ¡La nación más feliz, será la que tenga el mayor número de hombres al servicio de sí mismos! ¡Que nadie nos sirva; pero que a nadie demos servidumbre!

Y los compañeros, fraternalmente, comenzaron a divertirse con sus arranques, haciéndolo perorar con menoscabo de su pobre razón.

*
* *

Había un Jefe que era obeso y flemático. En su vida pública, tenía "buen ojo". Siempre había sabido apartarse de un mal Ministro: es decir, de un ministro (con minúscula ya) próximo a caer. Estaba catalogado entre los hombres "del momento". Con ello quedaba dicho, de paso, que era de filiación anticlerical. Pero lo anterior no impedía que su consorte, gorda como él, pero más ejecutiva, hiciera cenar con ellos, sin que nadie se diese cuenta, un Cura amigo de la casa. Y al amanecer decía su misa para que pudiera comulgar el funcionario, que a pesar de sus opiniones políticas y de algunos discursos, en el fondo (decían ellos) seguía siendo "gente de bien". Ya verían, cuando estuviese en artículo de muerte, si no se iba al otro mundo "limpiecito", después de su último arrepentimiento y confesión.

Así, a pesar de que el catolicismo condena la infidelidad conyugal, el funcionario se envenenó una vez con el lloro de unos ojos magdalenos.

¡Tratábase de una gran mujer! Como estaba en mala situación, ni siquiera sus méritos intelectuales le había reconocido el público. Pero podía ser la primera poetisa de la América, pues un poema que le recitó la primera noche en que cenaron juntos, ¡lo conmovió!

Y entre las ropas malolientes de una cama, brotó la promesa: empleo.

*
* *

A la mañana siguiente, el funcionario descendió de su automóvil, todavía impresionado. Aquella mujer podía ser una gloria nacional. Había que tenderle la mano.

—López, tráigame la lista del personal.

No dejaba de contrariarlo la idea de que por lo pronto tuviera que ofrecerse a aquella mujer un sueldo bajo. Pero en fin, "pronto la mejoraría".

Una crucecita con lápiz, y fué todo:

—Don Ponciano, el Jefe me encarga notificarle que lo siente mucho; pero que por orden del Ministro, va usted a cesar con fecha 30.

—¿Con fecha 30? ¿Es decir, "voy" a cesar hace diez días?

*
* *

Pero aquel Jefe, después de su acuerdo con "la Superioridad", bajó contrariado. Resultaba que el Ministro de aquellos días no quería cesar a los empleados sin causa justificada. ¡Patrañas! ¡Como si el personal no estuviese tan habituado!

A pesar de todo, hubo que ser más rigorista. Y se encontró una causa para que la Superioridad firmase la orden.

—Pero señor, ciertamente yo fuí a pagar aquella cantidad porque así me ordenaba el Proveedor. Si él había hecho o no compras dudosas, a mí no me incumbía discernirlo.

¡Razones con que nunca dejarán de clamar todos los que dicen ser inocentes! El Ministro lo consideraba, a él, Ponciano Cruz, inodado en cierto "negocio". No lo consignaba por misericordia, pero lo cesaba "por convenir al buen servicio". Y así, como consecuencia de la buena intención ministerial, no sólo quedó sin empleo, sino difamado.

Afuera, el hambre arreciaba.

III

PLOMO

Sin embargo todavía no eran excluídos de la administración pública todos los que anduvieran con él en la Revolución. Y Ponciano Cruz, una vez más en virtud de sus antecedentes de hombre que empuñó las armas, logró un nuevo cargo. Y mejor.

Fué como Administrador de Aduana en un olvidado puerto del Pacífico. Cierto que entre las Aduanas, aquella era la peor; era de ínfima categoría; pero allá él iba a ser Jefe.

Llegó. Tenía tres empleados bajo sus órdenes y eran más que suficientes. Era una vida de hamaca. Imaginación holgazana; sueños de lujuria.

Y aquel hombre, que siempre había vivido al azar, sin inquietarse por nada ulterior, empezó a sentir como una gran suerte para él que las circunstancias lo hubieran sacado de la Capital.

Sí; había estado en peligro de convertirse en uno de aquellos desdichados citadinos. Cuando se va de las provincias, se les siente como a unos pobres títe-

res, sin rumbo, sin voluntad, sin sinceridad. La capital es como una gran máquina a cuyo vientre arrojaran piedras y guijarros. La máquina gira, más, más, y los guijarros, por rozamiento, irán redondeándose, hasta quedar mondos, iguales, sin una arista. Así los caracteres.

Los recién llegados se preocupan por despojarse lo más pronto de su calidad de publerinos, aunque sean siempre pueblerinos los que a la postre imperen. Y se destacarán sólo en relación con la dosis de espíritu provinciano que hayan sabido conservar. Todo lo demás, llegará a ser anodino, y a las veces, repugnante.

El señor Administrador se había salvado.

Realmente, él estaba completo. En su conducta no había detalles que lo hicieran enrojecer. Quizá Nicolás tuviera razón alguna que otra vez: el mejor empleo siempre será inferior al más bajo "modus vivendi" propio. ¡Quién lo tuviera!

Y seguía evocando al pobre Nicolás cuando tronaba: "¡Los Césares van a resucitar! Las monarquías no han pasado a la historia. Los hombres han podido jugar a las democracias, sólo porque las familias reales, degeneradas por falta de cruzamiento, producían ya puros imbéciles y baldados. Pero otros mandones surgirán, desharán a puntapiés las leyes que les estorben, y serán las cabezas de nuevas dinastías. ¡Infelices nosotros, que creímos que con una carabina en la mano saldríamos del infierno!"

Y recordando a Nicolás, el señor Administrador concluía para sí:

—No, el que tenga alma de peón, encontrará un amo en cada uno de sus prójimos.

Dicen que esas cosas las enseña la Sociología. Pero quién sabe. Nicolás lo había obligado a leer algunos libros quemantes. ¿Pero para qué sirven los libros que escriben unos hombres que rugen? ¿Para aprender a rugir?

*
* *

Una vez ocurrió cosa inusitada.

En aquel puerto olvidado, donde nunca acontecía cosa importante, se descubrió un contrabando.

Estaba prohibida la exportación de oro. Y gracias a la minucia, al celo y a la actividad del señor Administrador, la Aduana pudo decomisar un cargamento del fantástico metal.

Telegráficamente lo comunicó al Centro. Y al siguiente día, los habitantes del lugar conocieron un avión. Jamás había aterrizado uno en aquel sitio. Llegaron tres hombres, sólo por el capricho de darse baños de mar en un puerto tan bello y tan desconocido. Invitaron a comer al señor Administrador.

¡No había, naturalmente, tales baños de mar!

Lo extraño era que su telegrama, lo llevaban ellos, que no eran empleados federales. Ponciano Cruz vió claro el lío.

Por la noche, cuando volvió a su casa, encontró roto el candado de su recámara. Pero no lo habían robado; al contrario: Al encender una bujía junto a su

cama, vió que una mesa de palo sin pintar que estaba en el centro, había sido llevada hasta un rincón, y trabajosamente soportaba encima doce talegas de pesos.

Ponciano Cruz, con las manos a la espalda, salió de su cuarto y se puso a dar vueltas por el corredor en sombras.

Ya muy entrada la noche, fué a acostarse. Sonreía, y murmuró:

—Lo único que tengo bueno es la conciencia...

Con doce mil pesos, él podría trabajar por su cuenta; y no le importaría más un empleo. Era, de seguro, la única oportunidad en su vida.

*

* *

Pero no aceptó. El no podía "echar tierra" a aquel asunto. Entonces le ofrecieron treinta mil.

¿Que el decoro es una pamplina? ¿Que sólo los tontos se maniatan con él? ¡Aquellos señores tenían razón! Pero él retendría el contrabando y lo denunciaría de nuevo.

Por todos los rincones apremiábalo una voz que le salía de su propia carne, pero que no era suya:

—¡No seas imbécil, Ponciano! ¿No ves a las claras que en este negocio está metido algún poderoso? ¿No te das cuenta de que te callarán, sea como fuere? Por lo demás, tú mismo inventaste un sabio proverbio que dice: "Si no coges a la oportunidad en la primera vez que se te acerque, en la segunda te pateará". Y tú no vas a tener otra en tu vida.

Y Ponciano Cruz sonreía...

Realmente, resultaba inconcebible su imbecilidad Era hija de la imbecilidad de aquel indio que desesperó a un turista: Iba el indio caminando con su enorme carga de alfarería. El extranjero detuvo su automóvil y lo llamó; pero el otro seguía su camino. El extranjero bajó entonces para pedirle que le vendiese una gran "olla" que llevaba encima. Y el indio sólo respondió:

—Voy pa'l mercao.

El extranjero, caminando junto, le hizo ver que le sería más costeable hacer un alto allí, porque por aquella "olla", él le pagaría el precio de toda su carga. Y el indio repetía:

—Voy pa'l mercao.

El turista sacó un puñado de monedas y las puso ante los ojos del indígena, pero éste no perdió el ritmo de su paso. ¡Imbécil! ¡Mentalidad de barro!

Sólo estos comentarios pudo hacer en su idioma el extranjero. Porque ¿quién podría comprender que haya hombres ¡todavía! cuyos actos no se pagan con dinero? ¿Quién podría creer que esos místicos morenos trabajan por religiosidad, y que por ningún precio suspenderán en determinado día su tarea, que realizarán, mientras vivan, como un rito?

Ponciano no tenía todo aquel imperturbable misticismo indígena. Sin embargo, en su sangre había algo de aquel temperamento quietista, desdeñoso, mudo.

* * *

¡Ah, pero el caso no era sólo de conveniencia! Era que aquellos tres hombres iban dispuestos a todo, para rescatar el cargamento. Ponciano escuchó sus amenazas.

—Pues si no has querido tratar como gente, ya entenderás como animal, ¡viejo estúpido! ¿No te has dado cuenta de que esto se hará a pesar de tí? ¡A ver si cuando estés pudriéndote en el camposanto comienzas a entenderlo!

Y Ponciano respondió:

—A ver...

Su situación era la de un hombre en absoluto desamparo. ¿Avisar a las Autoridades Municipales? ¡Pero si estaba consciente de que le cerrarían todas las puertas! ¿Salir a escondidas de la población? ¡Pero si aquel tesoro estaba bajo su custodia! ¿Seguirlo denunciando al Centro? ¡Pero si sus mensajes venían a manos de aquellos tres hombres! Le quedaba un recurso: la prensa. A la oficina de telégrafos había llegado intempestivamente un Inspector, y Ponciano se había dado cuenta de que cualquier mensaje sería interceptado. Así, desde el día anterior había hecho escapar en una lancha al mozo de la Oficina, que fué el que más confianza le mereció. Desde el pueblo más cercano enviaría los mensajes que llevaba escritos.

Pero a él, a Ponciano, quizás aquella misma noche lo matarían.

* * *

No se quedó en su casa. Apenas entrada la noche, despidió a los empleados y se encerró en el sombrío edificio de la Aduana. El mismo echó los cerrojos. Y se encerró en el cuarto del velador, al que también había despachado. En un rincón, había un catre. Sobre una mesa había dejado un envoltorio. Como a las nueve de la noche, lo deshizo: unas piezas de pan, una botella de café con leche, y una pistola. Sentado ante la mesa, a la luz de una lámpara de petróleo, y bebiendo en la propia botella, cenó. Como no tenía qué hacer, mucho tiempo pasó recogiendo del papel de periódico en que llevara envuelto el pan, todas las migajas. Ya no tenía hambre; pero tampoco tenía qué hacer.

Después, salió al portal, y con paso silente lo recorrió y lo volvió a recorrer de extremo a extremo. Aquella noche no le importaba que entre la oscuridad y el calor le picaran los moscos. Volvió al cuarto; tomó la lámpara para examinar el catre y ver si no le había caído algún alacrán del techo. Y después, ya con el pabellón desplegado encima, se metió a dormir.

Algunas horas después, se despertó. ¿Lo irían a matar aquella noche?

Estuvo mucho tiempo divagando. Serían aproximadamente las tres de la mañana, cuando llamaron a la puerta. Esperaron. Llamaron más, más; los golpes iban arreciando. Quizás sonaban con piedras, porque

ya los golpes retumbaban sonoramente. Eran mazazos furiosos.

Don Ponciano, al oír semejante escándalo, sonrió, pensando:

—¡Brutos! Si se hubiesen provisto de una escalera y trepado sigilosamente por las azoteas, todo hubiera sido muy fácil. De otro modo, a pesar de la hora, atraerán gente, y tal vez no se atrevan a echar abajo la puerta a hachazos, en público. No cuentan con que aquí, al menor escándalo se despierta la población.

Sus cálculos eran precisos, pues unos instantes más tarde, se oyeron voces afuera. Dos guardias municipales habían acudido. Después, llegaron algunos pescadores ebrios, con unas cuantas mujeres; luego algunos vecinos. Los guardias, a pesar de los alegatos y las amenazas de los desconocidos, ya no se quisieron retirar. La única autoridad, la representaban en tales momentos aquellas dos tímidas linternas de petróleo de los alguaciles.

Amaneció. Don Ponciano estaba vivo y sonriente.

* * *

La prensa de la Capital había recibido la noticia. No se dió una publicidad como la que se esperaba. Pero en fin, atrajo la atención.

Y los tres hombres del aeroplano recibieron instrucciones de no cometer ningún desaguisado.

Se hicieron declaraciones. Se envió un Inspector a esclarecer el caso, y se dieron órdenes a la Aduana de

entregar al Juzgado las actas respectivas, y las barras; unas barras de plomo, apretadas, enmedio, de monedas amarillas.

Así se hizo. Iban a iniciarse las investigaciones, cuando se descubrió que no había tal oro, pues que las barras eran de plomo vil, como aparecía en la orden de remisión. Fué inútil todo. A la vista del Administrador y de cincuenta testigos más y los peritos, se partieron, una a una, todas las barras. ¡Plomo!

En una mañana, se habían convertido en plomo puro.

Don Ponciano, cuando había detenido el cargamento (porque le inspirara sospechas al ver que se trataba de enviar plomo al extranjero, pagando fletes crecidos), había llevado al único joyero del puerto. Taladraron algunas barras y sacaron oro. El llevaba aún en la bolsa un papel que contenía polvillo. Lo mostró a los investigadores; pero uno de los peritos, sonriéndole compasivamente ante los espectadores, le dió unas palmaditas en el hombro, y le dijo:

—Amigo mío, usted ha pensado que todo lo amarillo es oro. Tenga cuidado con ese modo de pensar. Es común que las barras de plomo tengan algunas vetas, de bronce, por ejemplo. Usted seguramente lee todavía cuentos para niños, y en la cosa más ordinaria supone aventuras fantásticas.

Y así diciendo, arrojó el papelillo y lo que contenía por una ventana.

* * *

Los comisionados, antes de salir del puerto, aconsejaron al Administrador no beber tanto, porque se llega a un punto que lo que se sueña borracho, se da por un hecho.

¿Que él nunca bebía?

—¡Vamos, vamos, señor Administrador! ¡No hay para qué apenarse! Somos sus superiores en escalafón; pero fuera de él también nos gustan nuestras copitas. Venga usted y lo verá. Ande.

Y lo metieron en una taberna, donde guaseaban a su costa. El bebía, reía forzadamente, y callaba.

Pasó todo. Algunas veces se encontraba por la calle al viejo joyero, que se le acercaba mucho, y le decía:

—Era oro; era oro...

Dos meses después, en la Capital, teniendo en cuenta su ineptitud y falta de preparación, mandaron al señor Administrador su cese. Y a los quince días, por razones de economía, fué cesado también el mozo.

Don Ponciano así lo esperaba.

—Bueno... —dijo—. Quién sabe si me hagan un favor...

Casi todos los vecinos del puerto trataban de instigarlo. Si él volviese a México, levantaría una enorme polvareda. Podría llevar para los periódicos varias declaraciones que firmarían trescientas o más gentes que estaban dispuestas a testificar para que aquello no

quedase así. Harían constar lo del avión; el intento de echar abajo la puerta; lo de las talegas (que a la postre, y antes de que pudiera enviarlas a México como prueba efectiva de cohecho, le habían sido quitadas). Y cuando menos para taparle la boca, le ofrecerían otro puesto mejor. Su honradez merecía imponerse.

Sí, estaba bien ideado. Tenían razón. Aquel era un plan inteligente. Y seguro.

Pero don Ponciano no volvió a la Capital.

IV

UNA MUJER IDEAL

Quería una vida fácil, mecánica, quieta.

Y se volvió a aquel pueblo donde todos lo conocían a través de la leyenda chusca de "su negra".

Llevaba unos cuantos pesos que ahorró. Y conservaba otro bultito; un pequeño paquete que contenía limaduras y muy irregulares fragmentos de metal amarillo. Esto último de nada le serviría, pues sólo quería conservarlo por curiosidad.

Compraría una huerta. Abriría un tendejón.

¡El, con tantos amigos en el Gobierno! ¡Las oportunidades que había perdido! No era más que un pobre inculto. ¡Ir a vender cebollas después de codearse con tantos personajes! ¡Pobre!

Los vecinos lo vieron regresar, sonriente. Era el mismo. Sólo que entre sus cabellos negrísimos, se le destacaban algunos mechones claros. Pero sería igual.

Compró su huerta; abrió su tendajo. Y oloroso a calor y a descuido, se sentó a vivir.

* *

Por las noches, una vieja tamalera se acomodaba sobre una piedra que había en la esquina, con su enorme olla de barro enfrente, y vendía durante una o dos horas, pacientemente, centavo a centavo. Aquel vaporcito de sus tamales era provocativo.

Don Ponciano comenzó a tener con ella tratos meramente mercantiles.

Aquella mujer, resignadamente, había creído que su misión en el mundo sería aquella: hacer tamales. A sus años y con su facha, ya no creía que estuviese hecha para el amor.

Y sin embargo, empezó a ir a la tienda de don Ponciano para hacerle de comer. Arreglaron más tarde que como a un hombre solo que era, le lavaría su ropa. Despuéés, ella econtró más cómodo hacer allí mismo sus tamales. Y una noche, por fin, durmió con él.

* *

Y ya no se fué de su casa.

Unos meses después, aquel hombre entrecano se dió cuenta de que por vez primera le interesaba su vida. Lo descubrió una noche en que, pasando frente a una cantina, vió salir dos borrachos insultándose a grito abierto. En un abrir y cerrar de ojos, habían sacado sus pistolas y se habían comenzado a hacer disparos, agazapándose entre la oscuridad.

Y Ponciano Cruz, precipitadamente, se había embutido en el hueco de una puerta, apretándose cuanto pudo, conteniendo la respiración. ¡Temblaba! ¡Cosa tan nueva!

Los dos hombres vaciaron las cargas de sus pistolas, y como cesaran momentáneamente los disparos, otros hombres salieron de la cantina y les arrebataron las armas. Como sucede en ocasiones, los rijosos no se habían hecho un solo araño. Pero a dos cuadras de distancia, venía una mujer que traía de la mano una niña paliducha de siete años. La mujer creyó que los piecitos descalzos habían tropezado contra alguna guija; pero era que una de aquellas balas le había entrado a la altura de su ombliguito. De pronto, la mujer nada le encontró; creyó que quizá se hubiera desmayado por el susto de los balazos. Unas cuantas gentes, en torno, la aluzaban con cerillas. Y a la luz de una cerilla, aquella mujer vió que una de sus manos que palpaban el cuerpecito tibio, estaba roja. Arrodillla en la tierra, atónita, no pudo llorar. Luego, sin decir palabra, se levantó, apretó el cuerpecito entre sus brazos largos, y con andar firme y rápido se perdió entre la oscuridad, con la garganta repleta de llanto.

Se quedaron unas cuantas gentes a mitad de la calle, mudas.

* *

Ponciano Cruz entró en su casa pensando en la muerte. ¡Cosa tan extraña!

El no había sentido antes temor. Había sido un hombre que no merecía vivir. Hay quienes dicen despreciar la muerte. ¡Expresión tan tonta! Es la vida la que desprecian.

Siempre hay un punto en que los conceptos fundamentales se confunden.

Un hombre que antes de llegar a la senectud no haya temido morir, es como una semilla que antes de llegar a su madurez estuviera pronta a podrirse. ¡Qué asquerosos esos valientes! Vomitan una existencia que no han sido capaces de gozar ni de asimilar.

Don Ponciano no era bizantino; no le interesaban las clasificaciones que pudieran hacerse del temor, del instinto de conservación, etc.

Lo que él había sentido era claro: Por primera vez se le habían "pandiado las corvas".

Quizás él nunca había amado la vida. Quizás nunca había tenido, antes de aquella noche, veinte años. Se cumplen veinte años el día en que se desea tener un hijo.

Se acostó, pero muy tarde aún, seguía despierto. Sobre su camastro, entre la oscuridad, su mujer le roncaba muy cerca; tanto, que lo empapaba en sudor. ¡Pero hasta el sueño de aquel bodoque de carne lo hacía feliz! Por entre las sábanas, él escurría su mano sobre sus carnes de ella, sudorosas y desnudas, y alisaba aquel vientre. ¡Cómo se lo abultaban los días!

Ponciano Cruz, adormilado, acariciaba con la ternura con que otra vez, estopa en mano, limpiara su locomotora. Pero en esta ocasión, él era otro; él quería vivir.

Ya tenía en la cabeza mechones claros; pero mansamente podría vivir muchos años aún. Viviría más que muchos jovenzuelos. Sí, se cumplen veinte años, el día en que s desea el primer hijo.

El tendría tiempo para enseñar muchas cosas al suyo. Le diría que el mundo está loco; que los hombres ya no pueden con la civilización. Que no saben qué quieren. O más bien, que los pobres ya no son capaces de querer nada, porque se les ha desteñido la intención y se les ha enmugrado la esperanza.

*

* *

Por las mañanas, aunque su mujer se movía trabajosamente con aquel abdomen, podía cuidar el tendajo. Así es que él tenía tiempo de sobra para hacer luengas caminatas a pie, sin objeto alguno a los ojos de las gentes. Tomaba, al amanecer, el camino más solo que se abría hasta el monte.

Su cojera nunca fué enemiga de las distancias. Horas enteras se balanceaba, sonriente, sobre la ruta polvorosa. Algunos carreteros decían que hablaba solo.

Pero no había tal. No veían que su mano derecha iba siempre cerrada. Porque Ponciano Cruz, hombre cuerdo y simple, pedía préstamos a su imaginación. Y la imaginación jamás los niega a los niños ni a los simples. Ponciano Cruz sentía entre su mano la manecita confiada de su hijo que le iba a nacer. Siempre "salían juntos" por aquellos caminos. Claro que los carreteros no escuchaban la vocecita; pero él sí:

—Papacito, ¿cómo son los reyes?

El cojo callaba durante unos momentos, y después respondía:

—Son unos hombres tan soberbios, que se creen propietarios de todos los demás hombres. Y nunca pueden vivir en paz.

—¿Por qué?

—Porque ser el dueño de una nación requiere un horrible trabajo, y mucha desconfianza, y muchas penas.

—Papá, yo quisiera ser rey.

—¿Te gustaría sufrir mucho?

—No, porque los reyes pueden hacer lo que quieren. Y si no quieren, no sufren.

Ponciano Cruz enmudecía durante un largo trecho, porque no sabía cómo replicar para que su hijo comprendiese.

Ya cerca de las primeras casas del pueblo, sacudía la cabeza, y como si entrase en la realidad por aquellas calles lodosas, llegaba a su tendajo, donde su mujer, enorme, barriguda y desgreñada, con el rostro lleno de luz, cantaba.

—Tacha, ¿ya está el almuerzo?

—Sí, Ponciano; siéntate.

El le daba unas palmaditas, y luego iba a sentarse en su banquillo de madera. La mujer le aproximaba el cajón que les servía de mesa, y un instante después, con su gran plato de arcilla entre las manos, aquel hombre sonreía. ¡Aquello era vivir! El no cambiaría aquella mujer suya por ninguna reina. No, él no trocaría su huerta ni su tendajo por ningún imperio.

Se había salvado milagrosamente entre los remolinos de hombres jadeantes o trémulos; estuvo en peligro de volverse como los demás; pero no, no se le había ensuciado su sonrisa. Vivir sosegadamente, ¡con ella! Y, pronto, con un muchacho panzudo, saludable y preguntón.

Don Ponciano estaba seguro de que nada ni nadie lo podría perjudicar. El no tenía palabras para decirlo; pero sentía que el estado perfecto es aquel en que nada ni nadie puede dañarnos; aquel en que no se pueda inspirar compasión, ni tampoco envidia. Ser envidiado, es llevar en sí alguna equivocación, o algo que no nos pertenece. Pero las pobres gentes de las ciudades, ya confunden la envidia con la admiración.

*
* *

Aunque hubiese podido volver a ser maquinista; aunque su negra, por artes de magia, se le hubiese aparecido, esperándolo, él ya no habría ido. Su imperio era único en el mundo, y él no abdicaría.

Mientras su mujer, sentada a la sombra, "echaba un ojo" a la tienda y tejía ropita de estambre, él calculaba distancias dentro de cuatro paredes, para colgar la cuna; o tenía que salir hasta las tiendas del centro para comprar otros ovillos de estambre; o volvía con un gran canasto lleno de mercancía para revender; o se iba a la huerta a leer historias para niños. Porque cuando el muchacho se volviese preguntón, él tendría que saber muchas cosas qué contarle.

No; a él no le gustaría que su hijo fuese rey. Se

conformaría con que no naciese con alma de empleado. Eso sí no. Nunca querría ver a su hijo, como él estuvo una vez, viviendo a gruñidos entre los hombres de alquiler.

*
* *

Era de noche. Sobre su camastro de tablas, aquel soberano estaba despierto todavía. Como siempre, acariciaba con su manota el vientre desnudo y negro de la mujer. Le gustaba sentir cómo, bajo su mano, movíase "aquello" que pronto incomodaría gloriosamente al vecindario con sus berridos.

El oyó en la oscuridad:

—Ponciano.

—¿Qué?

—Me duele.

—¿Mucho?

—Mucho. Desde esta tarde.

Todavía se quedó un momento allí; pero como su mujer siguiera quejándose, él saltó del camastro. A obscuras se metió entre su pantalón, y con los zapatos sin amarrar y el sombrero por un lado, salió corriendo a la calle, en busca de la comadrona.

Media hora después, volvió con ella. Algunas vecinas se habían levantado al oír algunos quejidos que ya esperaban.

Cuando llegó la comadrona, ya tenían agua hirviendo, luces y otras cosas.

Carreras, empellones.

—¡Usté quítese, don Ponciano! Estos son trances en que los hombres estorban.

—Sí, hombre, sálgase usté de aquí.

Y él, aunque hubiera querido no perder un solo detalle de cuanto estaba aconteciendo, salió hasta un portalito, a esperar, solo.

Las voces, las carreras y las recomendaciones de aquellas viejas alharaquientas, se multiplicaban.

A Ponciano, a cada nuevo grito de su mujer, le daba un brinco el corazón.

—¡¡Ay!!

Ponciano quería asomarse; pero doña Severa, la de enfrente, lo cogió por una manga y volvió a dejarlo en el portal.

—¡¡¡Aaay!!!

Los alaridos cesaron de pronto. Las voces de las mujeres bajaron también. Casi podía oír las respiraciones. Y de repente, ¡un chiquillo! Aquel chiquillo que él sintió como un relámpago bajo su camisa sucia.

Y Ponciano Cruz, que no sabía rezar, bajó la cabeza entre la sombra, y sonrió en silencio, más jubilosamente que nunca.

CUANDO BAJAN LOS CUERVOS

Una novela en la que, como en México, todo puede ser verosímil.

I

CON UN RATON BAJO EL PECHO

Lo que aquí se va a narrar, aunque no ha acontecido, bien pudo suceder en este México y en este año de 1933.

Los enemigos sistemáticos del Gobierno comentaban entre dientes la situación y pintaban un cuadro más o menos así:

Había pasado una revolución que estallara en el punto en que a una aplastante nación extranjera le pareció taimado y zorro un gobernante nuestro, nocivo para sus intereses fincados en nuestro enfáticamente libre territorio. La revolución se produjo con armas vendidas de allá. Y como en el fondo había en México una angustia qué desencadenar, las chusmas se desbocaron sobre el país como huracanes de desolación. Entre el remolino, algunos letrados militantes trataban de justificar el movimiento armado, haciéndole una ética. Y se hizo la loa de los desheredados. (O de "los parias", como los llamamos desde que leímos la revolución francesa). Se peleó con la bizarría de la inconsciencia. Esto es blasfemar ahora; pe-

ro entonces... ¿Quién no conoció las razones aguardentosas de los paladines?

Entre sus no pocas desdichas, la patria tiene oradores. Y la idea de rendención, amada por todos los pueblos llorones y rencorosos, se hizo campear como bandera. Y los irredentos, como las señoras a quienes se compadece por tener maridos brutales, acentuaron su lamento, y tendían sus brazos hacia muy nobles "enchamarrados" que habían escupido al viento y le habían exigido el bienestar económico para las multitudes. Pero aconteció que los generosos increpadores llegaron a ser una multitud; y como estaban convencidos de que las aspiraciones de las masas son benditas, el bienestar económico llegó para todos los que formaban aquella multitud, la de los paladines, que pululaban entre curules, tesorerías y despachos.

Y millares de campesinos, aguardaban.

Se decía que algo se había hecho en favor suyo: se les había dado ocasión para descuartizar algunos amos; y en los días de elecciones, podían viajar gratuitamente en camión de carga, más apretujados que el ganado, y provistos de un garrote (y algunos hasta de un "cuete") con que ejercer sus derechos cívicos.

Tal el cuadro que pintaban los enemigos encarnizados del Gobierno.

*

* *

Lo anterior sólo había sido relativamente cierto. Sin embargo, también se habían dado tierras a infinidad

de jornaleros. A muchos los ensombrecía la idea de tener que aprontarse con un fusil, en el instante en que el dueño de una situación política lo requiriese; pero a pesar de ello, se veía cómo la tierra es capaz de transformar a los hombres. Como una mujer alcanza a transformar a un infeliz tímido, si se le entrega.

Existía una aristocracia de mala muerte, que antaño acostumbró despilfarrar en Europa las rentas de sus casas de alquiler y de sus "haciendas" que producían maíz, ganado y peones. (La cría del ganado o el cultivo del maíz, eran secundarios: la cría del peón era lo elemental). Pues bien, aquella clase de gente fina, existía aún; pero arruinada por la revolución. Sin embargo, sus humos de alcurnia eran los mismos, y se acogían al prestigio de unos pocos que lograran salvar sus fortunas.

Y se llegaba a uno de los puntos que abundan en las historias: aquella aristocracia se iba dignando codearse con los nuevos próceres del poder y con los nuevos ricos, que antes de la revolución no se habrían atrevido ni a soñarse en las altas esferas. Los nuevos próceres, por su parte, se volvían sensatos; se convencían de que la gleba será siempre la gleba, y de que es tan útil para la sociedad como para un santo las sandalias. Entre aristócratas grotescamente hambrientos, se hablaba todavía de títulos nobiliarios, que en ocasiones valían menos que los nombramientos de taquígrafas. Nombramientos que las nuevas damas prometían a sus amistades obtener de sus excelsos maridos.

Claro que no todas las familias de los luchadores

se "refinaban" así; pero era frecuente ver a los vástagos de muchos promotores de la transformación social, convertidos por los elegantes en tipos "del día": dispendiosos e insolentes.

*
* *

Bajo una atmósfera así abrió los ojos Jaime Pacheco. Los ojos, propiamente, los había abierto hacía veintiseis años; pero desde que dejara de usar pañales hasta la fecha, no había "visto" la situación exacta del país.

Jaime Pacheco tenía, como los futuros dueños del planeta, los pómulos salientes, recios. Signo de los hombres que han de venir a torcer destinos. No era muy moreno. Pelambre rígida, lustrosa, negra. Rostro que no gesticulaba; nunca se fruncía; no se tornaba hosco; era una piedra. Ojos en los que se estrellaba la malicia. De mediana estatura, amplio de hombros como un ídolo egipcio. Parecía tardo, desesperantemente tardo.

Jaime Pacheco amaba; pero no sabía a quién. No creía en las gentes, ni era amigo de Dios. En una escuela laica que dirigía un maestro dispéptico y masón, había aprendido a dudar de todo. Sin embargo, la idea de un destino lo seguía como su sombra.

Quería tener fe en algo; en una sociedad, en una idea, en un hombre. Y no conociendo nada que lo alucinase, modestamente se resignó a elaborar, con su propia existencia, algo que lo enseñara a tener fe *aunque fuera* en sí mismo.

Había llegado a convencerse, hojeando libros, de que los rumbos no se encuentran entre las páginas. A diferencia de los rumbos cardinales, los rumbos del espíritu no existen; hay que hacerlos con alma.

Había pensado, contra la opinión nacional, que gravita sobre nosotros una desdicha típica: el miedo. Pocos pueblos habrá tan paradójicamente miedosos. Tenemos fama de temerarios; mas lo cierto es que existe esa fábula del ratón borracho, que es todo un símbolo: Vivía el ratón en una taberna. Se rompió una botija de "mezcal", y el líquido llegó hasta su agujero. El animalito probó, e hizo mil gestos, limpiándose con sus manecillas el hociquín. Pero como sintiera algo confortante pecho adentro, volvió a probar. Se saboreó; tosió, ronco. Volvió a beber, y comenzó a palparse los músculos de los brazos al modo de los atletas. Después asomó, sacando medio cuerpo de su hoyo. ¡Nadie era capaz de incomodarlo! Dió unos tragos más; se sentía crecer. Y salió. ¡Ni quien osara verlo de frente! Carraspeaba más ronco, y nadie se lo impedía. Por fin, con un trago más se sintió omnipotente. Salió otra vez golpeándose con ambas manos el pecho, y a medio caer, sintiendo su voz como de Júpiter, gritó: "—¡A ver, mozos, consíganse algunos gatos que se arriesguen a pelear conmigo!"

Así es nuestro valor.

Después de fanfarronear hasta el homicidio inútil, quedamos torvos, desconfiados, agresivos; o a la inversa: adulamos sin objeto, sumisos hasta la traición.

Horas enteras pasaba Jaime rumiando sus pesimis-

mos: Miedo biológico —pensaba— en un ambiente donde el promedio de la vida es de treinta y cinco años. Producto de un mundo sin certezas, donde las gentes adivinan que muy pronto pueden morir de reumas, de ignorancia hecha brebajes o de miseria. Nuestro Registro Civil no clasifica a los que en este país mueren "de espanto". Pero sólo hay otro mal endémico que causa tantas defunciones como éste: el machetazo.

A pesar de todo, Jaime acababa siempre pensando que el milagro de México se haría: transmutar todos estos rencores, este miedo mestizo y estas supersticiones indias, en las mejores certezas nacionales. Su gran fe parecía cosa sólida, materia prima para forjar el destino de un pueblo.

II

ESA PATRIA TAN MENTADA

Durante unas vacaciones, Jaime Pacheco fué con un camarada suyo a uno de esos pueblecillos cuyos nombres ni siquiera figuran en los mapas.

Incidentalmente oyó contar cosas de un viejo maniático que había vivido allí durante algunos años, que se llamaba Pedro Ibáñez y tenía ideas raras a granel. En la casa de una familia con la que éste viviera, le fueron mostrados algunos manuscritos que Jaime encontró muy interesantes. Cuentos, parábolas, artículos. Aquel viejo había pensado que para hacer obra social en México, había que preparar al indio y organizarlo, del mismo modo que para cualquier construcción se requiere hacer compactos los cimientos. Y contaban que una vez, el viejo desapareció perdiéndose entre la serranía. Nadie volvió a saber de él. ¿Se iría a vivir con sus indios? ¿Estaría instruyéndolos, osuramente, sobre alguna montaña?

Jaime encontró tema para muchas meditaciones en aquellos pocos manuscritos. ¡Si él hubiera conocido aquel hombre de carne y hueso!

Le gustaba releer unas páginas sobre un indito montaraz que vendía leña en el pueblo. Unas páginas de muy pegajosa narración, que decían:

Cuando Juan vendió su leña, fué a dar un vistazo por las calles. Dejó a su burro suelto en la explanada que se abría frente al atrio de la iglesia. El animal tenía costumbre de aguardarlo allí, horas enteras, recogiendo zacatito.

¡Aquel día no era como todos! ¡Qué barridas y regadas las calles! ¡Cuánta gente con ropas y zapatos nuevecitos, rechinantes, apretados! ¡Cuántas banderas y papelitos de colores! Gran alboroto a pesar de que hacía frío, y el cielo quería lloviznar.

Por principio de cuentas, Juan entró en el tendajo de la esquina. Se desembozó sacando del morral que llevaba colgado al hombro una botella vacía, y sin decir palabra la entregó para que se la llenaran de "mezcal". Pagó; la guardó de nuevo en el morral, junto a sus costillas, y hasta se le hizo agua la boca pensando: "Pa' poderme calentar..."

Aquel día, además, pocos serían los que no bebieran. Por la noche hasta gentes de respeto andarían a gatas, o al menos dando traspiés. ¡Porque era el día de la patria!

¡Cómo hablaban de la patria! Cuando Juan entró a comprar su habitual dosis de vino, después de medio día, a lo largo del oscuro mostrador de la taberna pudo ver ya unas docenas de borrachos. Y todos hablaban de la patria. Y gesticulaban; y como si fuesen actores en ensayo, hablaban con voces que no eran las suyas, y con los rostros congestionados increpaban

hacia las vigas del techo. Y dando puñetazos sobre el mostrador, ofrecían a la patria dizque sus brazos, y sus hijos, y sus vidas.

Juan, silencioso entre aquel barullo, se embozaba de nuevo en su cobija para salir, cuando de un corro de patriotas levantóse, tambaleante, un hombrón cordial y estentóreo. Mucho había estado haciendo reír a la parroquia con sus bufonadas. Antes de que Juan saliera, fué y lo abrazó muy fraternal, diciéndole:

—Tú eres un hermano de pura sangre... ¡Yo... —lo interrumpió un eructo— ¡yo soy tu hermano!

—Siñor, verá usté...

—¡No me digas "siñor"!... ¡Somos puros hermanos!... —y lo subrayó con otro eructo en tono mayor—. ¿No ves que somos hijos de la misma Madre Patria?

Juan, que nunca se hubiera atrevido a preguntar cosa alguna a ninguno de "aquellos", sintióse animado por la efusión, y llevándolo aparte, le dijo:

—Pero güeno, digo yo: ¿pero quén es esa patria tan mentada?

Y sucedió una cosa ¡"muncho fea"! Aquel hombrazo se cogió con ambas manos la barriga y comenzó a desternillarse de tal modo, que cuantos estaban en la tienda se volvieron hacia él.

—¡¡Ja!! ¡¡jaaa!! ¡¡jaaaa!! jaaaaaa!! ¡¡ja!!

Parecía en peligro de reventar con aquellas risotadas que le habían amoratado el rostro, infiándole el cuello hasta la asfixia. Y sin dejar de sostenerse el abdomen con las manos, seguía carcajeándose, coreado por docenas de bebedores, mientras los ojos apre-

tados le chorreaban lágrimas de hilaridad y la bocota le babeaba sin restricción. Por fin, atragantándose con sus risas, pudo articular apenas:

—¡¡¡Indio... pendejo...!!!

Y siguió desternillándose otro poco, hasta que casi tan extenuado como una mujer que acabara de parir, quedó, resoplante y lacio, sobre una mesa.

Juan había desaparecido entre el chubasco de carcajadas y cuando el hombrote aquel recuperó la facultad del habla, explicó a sus oyentes cómo aquel indio esperaba conocer personalmente a la Patria.

Hubo más carcajadas de todos los circunstantes; se habló mucho de la gran desdicha nacional: el indio; y se siguió bebiendo.

Juan había salido con su cara inexpresiva, solo, entre el gentío de la calle. Un ser extraño.

Llegó al lugar donde dejara su burrito. Se avistaron; luego, lo empujó con suavidad por el anca, y emprendieron su gran camino de regreso, despacito, pues Juan nunca tuvo prisa por llegar a parte alguna.

Frío; pasos. Frío sucio. Cielo revolcado, colgante, como de lonas viejas y húmedas. Ese cielo pesado que algunos días desespera a las gentes, como si por estar tan bajo casi les pesara sobre los hombros.

*

* *

En la ciudad, a la hora de las músicas y los discursos callejeros, sólo un joven maestro de escuela andaba sombrío, después de que le relataron el incidente de la taberna. Ambulando entre gentes enfiestadas, con las manos duras de frío, hundidas en los bolsillos de su pantalón, pensaba en Juan. ¿Es que tienen patria las bestias? ¿O los hombres que son obligados por los hombres a vivir como bestias? Los niños de su clase cantaban a coro ante el Palacio Municipal una loa que él les había enseñado. ¡Música! El joven maestro sintió como una racha de lumbre por el rostro. Quiso pronunciar un discurso en la tribuna oficial, en el kiosko; pero alguien advirtió al alcalde que se trataba de un bilioso deslenguado, que a lo mejor comprometía a las autoridades o echaba a perder el acto. ¡Que si existe la Patria! Tan existe, que en su honor los munícipes y demás personajes del pueblo se ponían cuellos duros; las señoras estrenaban sus más vistosos trajes, y la niñez de las escuelas, estrenada también, blanca, de pie, desgañitábase en el jardín municipal coreando loas.

El leñero, indiferente ya a todo aquel alboroto, desde las afueras de la población hizo los primeros honores a su botella. El camino era largo, largo, polvoso, quieto.

La botella, poco a poco, fué bajando, bajando. Sin sentir, le quedaba menos de la mitad.

Ya muy lejos, Juan dió otro trago enorme. Carraspeó; lanzó un fuerte escupitajo. Sin pararse apretóse la cobija sobre el torso y media cara. Sin pararse, que era música su paso. Entre el borde de su cobija y el ala de su sombrero de petate, una raya oscura; una raya con los puntos relumbrantes de sus ojos.

Y aquel Juan, anda que anda, caminando, se torna-

ba caviloso. Era una interrogación en marcha. La misma inconcebible interrogación: "Pero güeno, digo yo: ¿pero quén es esa patria tan mentada?

Y a poco andar, tras de ingerir otro trago de vino, pensó: "¡Tengo que conocela!"

Y se hizo el milagro del alcohol.

*
* *

Alguien estaba allí, entre la tarde. Aunque había tanta bruma, que lo mismo pudiera no estar nadie.

—Siéntate, Juan.

—'ta bien, siñora Patria.

(Y también se detuvo, estudiando botánica, el jumento.)

Juan se fué a sentar sobre una piedra, a la orilla del camino. Nada veía, y a pesar del frío, él sólo tenía la sensación de estar lleno de una bruma calientte. Y ya sentado, repitió:

—'ta bien, siñora Patria.

—No me llames así, que soy tan pobre como tú mismo, aunque más desdichada.

Pero el indio se rascó la cabeza. Era su inconfundible signo de incredulidad: ¡Tantos señores gastando su dinero en festejarla! ¡Y tantos sacrificios como le ofrecían a voz en cuello, entre banderas y repiques! ¡Tenía que ser una señora muy querida! ¡Y muy pudiente!

—Pobre Juan, que no sabes lo que piensas. Todos esos señores despilfarran en holgorios, mas no son sus

dineros: siempre son los del prójimo. Cohetes, papelillos, es lo que se volvieron algunos de los centavos que a tí te quitan por vender tu leña. Como es tan humano holgar, festejan. ¿Un motivo? ¿Cuál hay mejor que yo, que no protesto? Pero me tienen, Juan, como dijeras tú, casi "tullida". En la hora oficial muchos honores, sí, con muchos cantos; pero después me venden, Juan (y mientras llega comprador, me alquilan.) Ojalá todos tus centavos se volviesen papelillos de colores: otros se hacen gangrena en manos que sobornan; prestidigitación; mujeres caras; discursos, y promesas, y muchas cosas más que tú no sabes entender. Y sangre, mucha sangre y muchas balas.

Juan, aunque bien a bien desconocía todas las palabras que acabara de oír, sentía la verdad que goteaban. Sin entenderlas, él no pudo detenerse a imaginar, por ejemplo, que hasta la buena patria estuviese contagiándose de la demagogia que asuela el país.

Quiso fijarse más en la aparición, sin alcanzar a distinguir sus ropajes raros e imprecisos. Pero le pareció notar que era morenita, "¡rete chula!", tristecita, con sus ojos arrasados.

—Y tú eres malo, Juan.

—¿Yo, madrecita?

—Sí, por indolente. Porque no te importa que seamos miserables. Te alquilas para todas las tragedias y las farsas. Haces de tus hermanos mercaderes con sotanas o con charreteras. Se te cae la frente, que ya sólo se sabe santiguar, dócil y opaca. Una vez fuiste señor y tuviste historia; fuiste bizarro y hermoso has-

ta el martirio. Pero tu gallardía se quedó como un relámpago apagado entre las telarañas de los siglos. Ahora sirves para que te injerten un fusil; o mudo y agreste como tus nopales, sirves para pintar de exotismo los panoramas de un ferrocarril que unta al camino la azul curiosidad extranjera. Eres carnaza para pescar turismo. ¿Sabes lo que es turismo?

—No, Madrecita.

—Es un monstruo recién nacido, con mil ojos risueños y maliciosos. Y tú eres la carnada. Y yo, entre tanto, tengo que sentirme triste y sucia, sin fe, ¡y hasta sin trenzas! ante un gigante rubio que mastica chicle, y que se divierte apedreándome con monedas. Tú, sólo me das tu cálido silencio. Los que hablan de redimirte, ya sólo piensan en importar funestos sementales blancos, que vengan, y nos hagan el favor de "cargar" a tus mujeres, anegándoles las entrañas con su sangre desteñida, como con agua de sol. Una sangre menos triste, menos fermentada de indolencia y de rencor.

Se hizo una gran quietud en toda la llanura.

Sobre Juan, bestia de carga, resbaló un gran fardo de silencio del tamaño de aquel enorme cielo sucio.

La figura de la patria fué borrándose, pero todavía, como de los labios del viento, el indio escuchó:

—Camina, Juan... diles que me canten menos... y que te miren... más...

Aquel leñero se levantó de su piedra, donde se le habían entumecido los pies. Meneó fuerte la cabeza, como si intentase sacudirse los vapores del vino. Sorbió aire, recio, recio, porque casi le moqueaba la nariz

humedecida. Luego hurgó con su mano, bajo su sarape, y sacó del morral su botella.

Un gran trago.

Un gran suspiro.

Se pasó sobre la boca aquel dorso renegrido de su mano. Empujó nuevamente a su burro y echó a andar entre la tarde. Así, lento, mudo, como muchas de esas sombras pardas que caminan por nuestras veredas polvosas.

Llevaba en su magín aquella silueta borrosa, aquellos ojos arrasados de mujer sin trenzas, que acababa de vislumbrar entre la bruma.

Sólo su burro podía escucharlo, y palmeándolo en el anca, al ritmo de su paso musical, le confesó entre dientes al jumento:

—Probecita....

Y entre sus últimos vapores de alcohol, le pareció que la llanura terrosa y callada le repetía con sus áridos confines:

—Probecita....

*

* *

Jaime tuvo ocasión de conocer en aquel pueblo algunos leñeros así, precisamente así, animalitos mansos y silenciosos que apenas si en la ciudad entendían lo indispensable para vender sus leñas.

Pero no se deshizo en improperios inútiles.

—No, —acabó diciéndose— yo no quiero ser un elemento de censura llorona, negativa. La revolución ha intentado, sincera, mejorar a estas gentes, y hasta lo ha logrado en algunas partes. A nosotros toca reanimar su intento, para que su generosidad no se pudra en los vientres de funcionarios que se apoltronan.

III

CRISTO EN CALZONES

—Señor Ministro: creo que urge armonizar la vida interior del país. Hay sectores humanos que viven en la actualidad como las más míseras familias australianas o polinesias. Racialmente, la nación esta hecha a remiendos; hay saldos o retacerías de todas las razas del planeta: Nuestros tipos humanos varían desde el rubio nórdico de tez lechosa y ojos clarísimos, hasta el africano neto que vegeta en nuestras costas del Pacífico. Y como consecuencia de este hervidero de sangres extrañas, la vida moral del país es también un mosaico de ambiciones, de tendencias, de costumbres, de odios, de...

—Bueno, bueno, joven, usted me excusará si no escucho toda su conferencia, aunque yo lo desee, pero como mi tiempo está también muy fragmentado...

—Perdón, señor ministro. Yo hubiera querido distraerlo sólo un cuarto de hora. Pero al menos se servirá usted hojear este plan. Tenemos una estructura geográfica, pero es éste un país sin esqueleto moral.

Jaime se había ocupado largamente de estudiar nuestro problema, y algunos funcionarios lo recibían y lo escuchaban de manera alentadora: harían, propondrían, revolucionarían.

Pero al fin y al cabo, se dió cuenta de que escribía para los archivos, o para que sus gestiones fueran truncadas o torcidas para usufructo de algunos políticos incapaces de inventar programas para hacerse elegir.

Entonces, comenzó por su sola cuenta. Unos cuantos artículos en periódicos, le valieron unos cuantos amigos. Necesitaba tres hombres: tres estudiantes de medicina, preferentemente, para fundar una orden.

México no podrá llamarse un pueblo mientras todos sus grupos sociales sean extraños entre sí. Gentes que se desconocen y hasta se odian mutuamente. ¿Cómo podría crearse UNA aspiración nacional entre tan extraños tipos dispersos sobre el territorio?

Y puesto que la unidad, durante muchos siglos, no podrá lograrse con la sangre ni con el dinero de las gentes, no nos queda otro factor de amalgama que el espíritu. Sólo el espíritu puede hacer los milagros que mintieron los fusiles.

Pero la revolución, en su clerofobia, confundió el espíritu con las sotanas.

Si la revolución entendiese mejor las cosas del espíritu, se habría preocupado por crear sus místicos, (los indispensables místicos luminosos, a los que no importa ser descuartizados), poniéndoles entre las manos la levadura de su evangelio social. Pero la revolución, entretenida en aborrecer nombres, no se había dado

cuenta de que necesitaba sus sacerdotes para transformar un pueblo que nunca ha tenido fe en ningún mandón.

La Iglesia, por su parte, también parece miope. Ya que cuenta con tantos holgazanes piadosos, y con tantas lumbreras en sus claustros, ¿por qué no produce unos centenares de médicos que se desparramen por nuestras rancherías y curen por caridad? En vez de encerrar en los conventos a tantos nagüillos que sólo se ocupan de cantar, ¿por qué no hacerlos que estudien medicina, para echarlos por los pueblos con un botiquín a cuestas, curando sin paga? Un tipo de sacerdote así daría a la iglesia, a pesar de los tiempos que corren, una fuerza y un prestigio popular inmensos. Hace falta un cura que no se contente con absolver moribundos, sino que se los dispute a la muerte; no sólo con rezos, como ahora, sino con "exorcismos" de farmacia. Un tipo de fraile así, no se lo arrancaría al país el gobierno más rabiosamente anticlerical.

Jaime sonrió, meditando.

—¡Caramba! Esto es más hondo de lo que yo creí. Yo jamás he tenido vocaciones sacerdotales...

Recordó un poblado de indios que existe en los alrededores de la ciudad de México. Tiene una capilla y en la capilla un cristo. Pero bajo aquellas bóvedas oscuras, a la luz temblona de un cirio lacrimoso, se puede ver cómo aun el propio Cristo, para ser amado por aquellas gentes, necesitó asemejárseles. Y le pusieron calzones. Allí está, llagado y silencioso, despojado de la veste de terciopelo que usan otros Cristos. Con su calzón de manta, los nativos pueden esperar más de él.

*
* *

El campo en acción estaba lejos de las ciudades. Cierto que en la propia Metrópoli había infelices que vivían más asquerosamente que los perros de la calle. Pero encanallecidos con su propia miseria moral, ya no responderían.

Jaime, por observarlos de cerca, empezó a recorrer los mercados de las barriadas, en los que pululan centenares de niños y hombres, y no faltan mujeres, que nunca saben si tendrán qué comer en cada día. De vez en vez puede verse algún niño maldiciente y sucio, peleando con un perro para quitarle del hocico un pan que el animalejo robó en alguna parte. Allá, alguien permite que le ayuden con un canasto, por dos o tres monedas de cobre. Alguien se deja robar una bolsa, etc. Los que tienen defectos físicos muy ostensibles, la pasan mejor. Al mercado de Tepito, después de medio día, van llegando los limosneros negociantes. Llevan uno o dos botes de hoja-lata, repletos de desperdicios de las mesas. Han ido de casa en casa, del restaurante al figón, y cuanto les han dado ha caído en sus botes, tan revueltos como un intestino congestionado. En la parte trasera del mercado, hay una calle que se llama de la Caridad. Allí se ven individuos con templetes o mesitas de madera al frente. Los limosneros negociantes llegan, y los hombres de las mesitas, tras de hundir hasta el codo el brazo en aquellos cubos, entre caldos, pedazos de pan y de tortilla, frijoles cocidos de varios colores, garbanzos, pedazos de

carne y otras cosas, compran el contenido, y lo vacían en unas grandes cazuelas de barro. Los limosneros recogen sus cubos vacíos, anudan en un trapo unas cuantas monedas mantecosas que les han pagado por aquello, y se van a aguardar la noche, para volver a implorar "por el amor de Dios". Entretanto, los de los templetes revenden. Tienen una canasta llena de tortillas, y con una mano nudosa de uñas negras y enmantecadas, van poniendo en cada tortilla una ración, alineándolas ante los hambrientos que pasan. Muchas gentes se acercan, pagando las raciones a centavo cada una. El expendedor, que a veces es una vieja inmunda y soez, al servir las raciones, aparta los desperdicios de carne. ¡Eso es para ellos! Cuando terminan de vender, separan los centavos de cobre de los pedazos de carne; toman otro fajo de tortillas, y se ponen a comer como unos grandes señores.

*
* *

Había que salir de las urbes. Jaime Pacheco, con su cara de piedra, se volvía cálido enmedio de algunos jóvenes que empezaban a ser arrollados por su palabra. Se le había acercado también Luciano Gotler, un viejo enjuto y tranquilo que parecía forjado exprofeso para predicar. Este hombre, siempre espíritu en ristre, se había educado en Europa, y había creído que sería Cura. Pero regresó a México, y se le mojaron las alas. Pensó que el sacerdocio del país era algo relajado, casi tan terrenal como el sacerdocio italiano

del Renacimiento, aunque más burdo. Sólo por excepción había encontrado aquí vidas religiosas que eran ejemplos de santidad; pero había un número desalentador de ensotanados rencorosos y lascivos y hasta agiotistas. En los pueblos del trópico no eran raros los frailes con hijos de sus cocineras o de algunas "almas piadosas". Además, no se resignaban con la pérdida del poder temporal ni de los bienes raíces que les arrebataran los gobiernos, y siempre estaban prontos para proteger asonadas. Y aquel Luciano, hombre sincero, que veía hasta el fondo de las cosas con unos ojos claros y quietos, había renunciado a su idea, y se puso a vivir como cualquier otro hombre. Estudiaba, pensaba, y sentía sobre su frente los aletazos del espíritu.

Jaime lo conoció, y empezaron a menudear las veladas en la residencia del viejo. Reuníanse allí unos cuantos, que en una salita quieta hablaban de cosas que a nadie más importaban:

—Sí, México es insalubre, pero no sólo para la carne. También los ideales se infestan; la generosidad se achata.

Y otro decía:

—Yo vi una vez, en un pueblecillo, esto: era entrada la noche, y en el kiosko del jardín principal había serenata. Sonaron tres o cinco disparos. Corrió la gente hacia uno de los ángulos de la plaza, apretujándose para curiosear. Un hombre estaba caído, desangrándose. Algunos buscaban al médico. Llegó. El herido tenía alientos todavía. Y el facultativo, después de palparlo, se levantó, y como nadie se destacara en calidad de familiar del caído, dijo: "Bueno, yo haré lo

que pueda por salvarlo; pero ¿quién pagará?" Nadie respondió. Yo no supe más de contemplaciones; me abrí paso hasta aquel inmundo, y ante la turba de curiosos, lo injurié. De seguro había en mí una aplastante expresión de asco, porque el otro, sin contestar, se despojó de su chaqueta, y aunque de mala gana, comenzó a vendar.

—Escenas semejantes —dijo Jaime— abundan por aquí. Salvo muy limpias excepciones, es desconocida en el país la especie del médico que se consagra a la ciencia, a la investigación. Aspiran a un título universitario para salir de la condición de horteras. Dicen que los médicos del Japón jamás cobran a un pobre, y que hasta existe allá este proverbio: "Si de una casa donde se confabulan la enfermedad y la pobreza, tú tomas algo, aunque te lo den, eres un ladrón". Aquí es otra cosa. ¿Quién no ha visto cómo los médicos de mala muerte se dejan sentir como una caterva jubilosa cuando alguna epidemia cae sobre un pueblo? Los zopilotes y los facultativos no descansan. ¡Que Dios los recompense!

Dios, además de los deudos.

IV

SEXO Y CAIMANES

A lomo de mula, por las serranías, pasaron cinco hombres. Aventura única.

Jaime, que años atrás había sido estudiante y había pasado después a ser empleado de una biblioteca, pudo ahorrar algunos pesos, y se equipó. Tres estudiantes de medicina, casi médicos ya, lo seguían, tras de haber reunido también pequeñas cantidades. Luciano Gotler era el más viejo y el más realista de todos. Sesenta años; una certidumbre y una resistencia que hacían de él un baluarte. Como era dueño, además, de algunos bienes, pudo aportar unos miles de pesos. Lo de todos sirvió para adquirir tres tiendas de campaña, muchas provisiones, instrumentos de cirugía, y un botiquín.

A muy pocos habían hablado de aquella aventura. ¿Quién no sonreiría?

Se prepararon a salir nueve; pero cuatro, entre dificultades y promesas, acabaron por ser cuerdos, y se quedaron. Entre los cinco restantes, dos iban a prue-

ba de lloros y de burlas: uno dejaba una vieja suspirante y resignada; otro una muchacha que pateaba y gemía. Jaime sólo dejaba algunos amoríos semi-literarios. Luciano Gotler, viudo, sólo tenía dos hijos en un colegio de Alemania.

A los once días, caminando cada vez entre más copioso sudor y entre nubes de tábanos, se detuvieron en una región poblada por indígenas que los recibieron con seca cortesía. Eligieron aquel sitio porque sus pobladores al menos hablaban español, cosa que ya no era común en aquella zona.

Instalaron sus tiendas. Y su trabajo inicial consistió en inspirar confianza. La noticia cundió:

—Llegaron unos "dotores" de esos que sólo se necesitan en las "suidades".

—¿Y a qué vienen aquí?

—Pos dicen que a curar.

—¡Hum! Ha de ser que por allá, los prójimos ya no se dejan esquilmar tan fácilmente.

Nadie creía necesitarlos. ¡Habiendo en la sierra todos los yerbajos para curar!

*

* *

El poblado estaba en pleno monte, y tendría a lo sumo quinientos habitantes. El terreno era de lo más irregular, y minúsculas viviendas se diseminaban al capricho por las laderas o colinas taladas a trechos. Las chozas estaban más mal hechas que los nidos de

los pájaros, que de seguro eran menos indolentes que los hombres.

Hacia el centro del lugar, había una choza mayor, alargada. Al fondo, que era oscuro, había una repisa, y en la repisa una imagen de algún santo, en un marquito de madera. Detrás de la imagen, decían que moraba un pequeño ídolo de piedra. Al frente, parpadeaba día y noche una lamparita de aceite.

Allí llevaban los nativos a sus enfermos próximos a morir. Después de apelar a todos sus yerbajos, si fallaban, era cuerdo recurrir a lo sobrenatural. Y lo sobrenatural sería la ayuda de una imagen venida de más allá de los mares, y de un ídolo, un dios más viejo, que sabía palpar el corazón a las gentes. Si las deidades no salvaban a los agonizantes, al menos los verían "boquear", a la luz de su lamparita de aceite.

La primera tarde, los recién llegados habían visto allí a una vieja pequeñita, color de tierra parda, seca. Estaba desgreñada, y olía a orines. Casi se le podían contrar los huesos sobre la piel ajada. Sólo tenía un trapo rojo envuelto a las caderas. Los senos eran dos pellejos lacios, terrosos.

Uno de los médicos hubiera querido hacerle algo; pero le habló y sólo respondíale con un gruñido. Además, no sabían ellos si resultaría imprudente su intromisión, pues quizás aquella choza fuese vista como recinto sagrado. Quizás, al día siguiente, algo les explicasen los nativos.

Pero a la siguiente mañana, la vieja estaba dura, crispada, fría, sobre el "petate" en que la habían visto la tarde anterior, en el suelo. En su cara de color

de barro crudo, sus dos ojos estaban abiertos, y se le llenaban de polvo y de paz. De paz, aunque sobre un árbol sin hojas, enfrente, acabara de pararse un zopilote: los ojos serían los primeros que intentaría arranle aquella especie de ángel negro, que bajaba del reino azul para comer difuntos.

Pero los nativos sacaron el cadáver y lo llevaron a enterrar.

*
* *

Pasaron unos días. Las gentes se familiarizaban con los desconocidos. Una mañana vieron con azoro penetrar a dos de ellos en la choza de la agonía, y sacar, en presencia del ídolo y del santo, el cuerpo de un niño atacado de viruela. Lo sacaron envuelto en mantas, y llevároнlo a una de las tres carpas de lona.

Aquello era definitivo para la suerte que pudieran correr los cinco hombres, pues si el niño moría en sus manos, los indígenas, espectantes, los echarían de sus tierras. Y tal vez hasta intentasen algo peor, pues dos hechiceros del lugar aguardaban cualquier ocasión para convencer a los nativos de que debían linchar a los intrusos.

Los desconocidos no permitían que nadie, ni los propios deudos, visitara al niño. Pero al cabo de una semana, todos los vieron salir, por su propio pie, de aquella carpa.

Y entre un ambiente de milagrería, los nativos empezaron a acudir a ellos con sus males.

Luciano excursionaba, solo, por los lomeríos. Algunas gentes querían besarle la mano, pero él no los dejaba. Quería serles familiar, y ya era frecuente encontrarle, a la puerta de alguna choza, sentado enmedio de curiosos oyentes. Los muchachos comenzaban a seguirlo.

Tarde a tarde, bajo los aleros de los "jacales", había infelices que en aquella atmósfera (que al medio día era como la de la planta de calderas de los buques), tiritaban mojados en sudor. El paludismo, el gran enemigo. Y comenzaron a atenderlos. Los frascos de quinina se vaciaban.

En un principio algunos enfermos objetaron:

—Pero siñor dotor, si no tengo con qué pagar a su Mercé.

¿Que a nadie cobrarían un solo centavo? ¿Entonces? ¿Querrían que votasen por alguien en alguna elección?

Pero poco a poco las suspicacias se fueron relegando. Los indios supieron que nada se les exigiría; no se trataba de reclutarlos para ningún levantamiento armado; no se les iba a obligar a lavar arenas en sus ríos, que según el decir de los lugareños, tenían el alma de oro.

Se maravillaba Luciano allí de que el gobierno no hubiera reparado en la obligación de crear un tipo de médico rural o enfermero, que se esparciese por todos los rincones del país, curando por diez o veinte centavos. Nuestros doctores resultan demasiado doctos para ciertos sectores del país. Demasiado caros en zonas empobrecidas, donde los pacientes tendrían que

pagarles sus honorarios con calabazas, con huevos o con iguanas. Inútiles los decretos para que los actuales doctores se esparzan. Tales decretos se achatarán contra una ley económica según la cual, quienes gastaron dieciocho años de su vida en estudios, tenderán a aglomerarse en poblaciones donde haya más perspectivas de lucha, de medro, de compensación.

En cambio, un médico rural o enfermero que se formase en dos o tres años, aprendería a curar paludismo, blenorragia, viruela, lombrices y otros de los peores males endémicos y epidémicos. Y facultados para ejercer con limitación la medicina, podrían vivir de acuerdo con sus necesidades. Cualquier municipio podría pagar elementos así, o hasta se mantendrían con los poquísimos dineros que les pudiesen dar sus pacientes.

Sería una vanguardia para empezar a batir a los funestos brujos, que son ¡todavía! los únicos a quienes en ciertas regiones se puede recurrir en busca de algún remedio.

Luciano oyó contar cómo, por prescripción de un hechicero, una vez se intentó curar a un cacique unos granos (seguramente de origen sifilítico), quemando viva a una mujer, sobre quien había recaído la sospecha de haber embrujado a su ex-amante el cacique. Se pretendía también, por ejemplo, curar "la tis" (como llaman a la tuberculosis), obligando al enfermo a dormir tres noches en la cruz de un camino, con un colmillo de perro en la boca. A algunos infelices se les han convertido simples heridas en gusaneras.

después de que el curandero ordenó lavárselas en ayunas con orines de vaca prieta.

Había un jorobado que tenía gran interés en saber si en las librerías de la metrópoli podría adquirir una auténtica magia negra. Porque le habían asegurado que en las auténticas, hay una oración al Angel Negro, muy eficaz para deshacer jibas. Aquel hombrecillo, temeroso y deforme, no resistía la tentación de poner en manos de Satán su alma... y su joroba.

Para crear un tipo de médico silvestre, existe la misma razón que creó al maestro rural, que aunque no sepa álgebra, enseña a deletrear. Primera cuña para hender nuestra granítica ignorancia. Si para acometer la tarea de desanalfabetización se hubiese esperado a contar con el número suficiente de maestros debidamente graduados, aún se estaría en espera. Y cuando se tuviesen muchos, resultaría que éstos no saldrían a servir por el bajísimo jornal que ganan los profesores de las rancherías.

Aquellas regiones gritaban al gobierno la necesidad de otro semiprofesionista así, que aunque no supiese lo que son las hemofilias de las familias reales, enseñase al menos, a aquellas gentes, a no curar sus heridas con orines de vaca prieta.

*
* *

Las carpas, ya muy rotas, habían sido distribuídas en tres poblados. Y aun las "gentes de razón" de ciu-

dades comarcanas, empezaron a acudir con sus dolencias.

Meses atrás, cuando las provisiones se habían agotado a los cinco hombres, compraban por las rancherías su sustento. Mas poco a poco todas aquellas manos oscuras habían ido negándose a recibir sus ya escasas monedas. Una muda simpatía los rodeaba.

Como las carpas, en latitudes de aguaceros y de sol, soportarían a lo sumo algunas semanas más, los nativos comenzaron a levantarles otras viviendas, con todo esmero. En lugar de "jacales" de varas entretejidas, fueron levantando paredes de adobe.

Cada uno de los cinco misioneros, por su parte, se empeñó en impedir que los llamasen "Sus Mercedes."

Allí a todos se hablaría, a secas, por su nombre.

Poco a poco, ante ellos, las gentes volvían a sus hábitos comunes. Las mujeres, por ejemplo, empezaron a discurrir ante sus ojos con los torsos desnudos y los senos confiados.

Antes, cuando ellos se acercaban a sus jacales, ellas corrían hacia el inteior, y volvían con un lienzo blanco y grande sobre los hombros, como se atavían cuando llegan hasta poblados de gentes más civilizadas y libidinosas.

Dentro de la vida ordinaria de la región, se veían a menudo, cerca de los caminos, mujeres desnudas bañándose en charcos o arroyos, sin que los caminantes las turbaran. ¿Por qué habían de turbarlas, si en

sus jacales, desde el oscurecer, las poseían hasta el cansancio?

Aquello sería muy natural y muy inocente; pero Jaime y sus compañeros, que desde noches atrás jadeaban, se dieron cuenta de que sobre aquellas latitudes, era imposible una vida sin mujer.

*
* *

Uno de los males endémicos de la región, era la "jiricua" o "mal del pinto", que ponía sobre la piel oscura de las gentes lamparones o manchas de un color muy claro. Ello no causaba malestar alguno; cuestión de simple apariencia: Un aspecto de figuras remendadas. Había un hombre que tenía exactamente la mitad del rostro muy moreno, y la otra mitad de un rosa pálido. Como nadie ha descubierto el germen de ese mal, existe una leyenda asquerosa: dicen que cuando los primeros soldados españoles se internaron por tales selvas, la lujuria de la atmósfera los quemaba. Todos los naturales huían a su paso en muy vastas regiones. Y algunos soldados (según se cree todavía en algunas partes), cohabitaron con lagartas de los ríos. Las espiaban entre los juncales cuando estuvieran con la panza al sol, y tras de un arcabuzazo, se les echaban encima como satanes enloquecidos, mientras todavía las hembras monstruosas se revolcaban sobrela la arena. Y cuentan que después, cuando aquellos hombres al fin encontraban mujeres que fecundar, les resultaban engendros pintos.

Cuando semejantes atrocidades se leen desde una biblioteca, en la urbe, no tienen sentido. Hay que oírlas contar, empapados en sudor, a la sombra de un platanar, mientras se evocan los senos oscuros que pasan por las veredas, que se zambullen en los ríos y que se aprietan en la imaginación.

V

CON OJOS DE DANTE

El trabajo era intenso. Luciano y Jaime, a cada atardecer, eran seguidos por manadas humanas. Crecía cada vez el gentío que iba a sentarse en lo alto de una loma pelada, desde donde uno de aquellos hombres los entretenía con sus prédicas. Los querían hacer sentir que ellos, los indios, eran la mitad del país; que se desentendían de su papel social. Allí, Jaime y Luciano fueron a aprender para qué puede servir la historia. Cada tarde narraban un episodio que hacía sentir a los nativos la majestad de sus antepasados.

Había que resucitar. Se necesitaba que de entre ellos mismos surgiesen algunas docenas de misioneros de la transformación social. Si entre los indios del continente llegase a nacer una armonía morena, su destino sería grande. Se necesitaban algunas docenas de mentores morenos, que partiesen a narrar historia. Los nativos decían que las "gentes de corazón" tienen boca de semi-dioses y alma de marranos. Ellos, los nativos, se diferenciaban en que hablaban poco, pero vi-

vían exactamente como pensaban. Jaime y Luciano sólo tendrían que forjarles conceptos e intenciones.

Los médicos no paraban. ¡Allí era el infierno! No había agua potable. (En la República sólo existe tal "lujo" en algunas ciudades). Por todos lados, allí, pululaban niños desnudos que jugaban revolcándose en la tierra que removían los cerdos. Todos los niños tenían el vientre deformado. Todos llevaban ante sí un abdomen descomunal de hidrópicos; o tenían aquel estómago repleto de amibas, o de uncinarias que penetran por debajo de las uñas de los pies hasta llenar el vientre; pues todo mundo caminaba descalzo, entre lodo e inmundicias. Tenían el bazo inflamado. ¡La mortalidad infantil era aterradora! Los adultos, tarde a tarde, peleaban, temblorosos, con el paludismo. Además, se propagaba la onchocercosis, ese mal que transmite un insecto apolaclíptico inyector de una larva que sube hacia la cabeza de los hombres; y multiplicándose espantosamente, les abre boquetes sobre la nuca, y sigue, buscando siempre los ojos, hasta encontrarlos y roerlos, y arrancarlos. Eran cada vez más frecuentes los casos de ese mal que nos llegara del Africa hace siglos, con los esclavos negros. Ceguera espantosa, despiadada, que deja las órbitas vacías.

Pero aun no era todo. Allí estaba la lepra. Allí no hay idea de leprosarios ni de prevención alguna para contener el mal, del que nadie se cuida. Rostros amoratados, carcomidos por la nariz; orejas abultadas y rojizas, dedos descarnados.

Por otra parte, se veían algunas consecuencias del aislamiento en que han vegetado algunas tribus, que

degeneran físicamente, como degenera cualquier especie relegada. A la puerta de algunas chozas, había hombres "tullidos"; más adelante, se veían otros tan pequeños, que eran en verdad enanos; más allá pasaba una niña con dos jorobas, una en la espalda y otra en el pecho; acullá un manco de nacimiento, o un loco. Aquellos escarabajos humanos escalofriaban haciendo pensar en lo que sería del país, si al correr del tiempo se dejasen aquellas regiones convertidas en bocas de infierno vomitando anormales. Porque contra el sentir de algunos "humanistas", tales familias, de continuar en su aislamiento, no se aniquilarían por sí solas en un abrir y cerrar de ojos: persistirían desesperadamente durante muchos siglos, como muchas de las más miserables tribus del planeta. Las funciones genésicas, lejos de amainar, hasta se acrecientan con las fiebres. Bajo algunos tejados, jadeaban parejas sudorosas y tiritantes de malaria, como insignificantes demonios pellejudos que se quemasen en cópula enfermiza.

Aires calientes y afrodisiacos parecían estirar por los bordes las cuencas nasales de las gentes, desfigurándoles los rostros con gestos de sátiros.

Ni que hablar de cómo se les desfiguraban las vocaciones.

De una ciudad que estaba a dos días de camino, casi cada año bajaba una vieja ventruda. Todos, en la comarca, sabían que bajaba a echar al mundo una criatura; y todos, así mismo, decían en voz baja que había echado ya tres hijos, que eran del párroco de la ciudad. La mujer era sirviente suya. Pero "aquello"

ya no la cohibía; ya era "natural" en la región. Y así, las marranas y ella parían con la misma tranquilidad. Dejaba después a sus críos con una hermana suya, aunque los tuviera que amamantar a veces alguna vecina, a veces una cabra casera. Y la madre regresaba a la ciudad para seguir barriendo el curato, moliendo el chocolate, y ayudando a su patrón, por las noches, a ahuyentar los murciélagos y a olvidarse de las almas en pena.

Luciano volvió entonces a pensar en sus tiempos en que quiso ser sacerdote. ¿También será la lumbre del sexo la que quema el sentido religioso, produciendo frailes grotescos de lascivia? La religión vino personificada por misioneros ilustres: Los Gante, Motolinía, Las Casas, Sahagún, etc. Pero en cuanto las órdenes religiosas se aclimataron... Les pasó lo que a los pimientos españoles, que son dulces allá. Si se siembran aquí, dan una cosecha desabrida, pero después, sus pimientos empiezan a saber a brasas, como cualesquiera de nuestros chiles. En cambio, si éstos se trasplantan a Ginebra. con el tiempo dan chiles dulces.

En las tierras donde ahora andaban, hasta los vegetales sentíanse lúbricos. Frutas que como la ciruela o la uva, son dádivas de jugo en otras regiones, allá se vuelven pequeñas, ásperas, y apenas una pulpilla húmeda les sirve para envolver enormes huesos o semillas. La uva que allá se ha vuelto silvestre, apenas si tiene una envoltura dulzona qué chuparle. Las semillas, es decir, la materia genésica, lo ocupan todo. Lo mismo que acontece en los hombres, pellejos ambulantes, magros veneros de semen. Y Luciano imaginó que así como las ciruelas se vuelven huesos enormes forrados por un hollejo dulzón, así las vocaciones eclesiásticas en tales tierras, forrábanse apretadamente con sotanas, que mal encubrían unas panzas de sátiros nativos.

¿Por qué la Iglesia, en ambientes tan imperativos, no impedirá el arraigo local de sus representantes? ¿Por qué no variará su régimen estático, sustituyéndolo con cadenas de sacerdotes circulantes, que vayan con su vocación a través de todas las latitudes, oreándose con vientos que no se las asfixien?

Si un Papa de carnes todavía viriles, bajase hasta estos antros genésicos, comprendería la necesidad de crear para México una estirpe de frailes **pasteurizados** por los contrastes de nuestros climas, y desplazarlos, mientras no fuesen decrépitos, entre esta especie de oleaje geológico. Esta **marea** de alti-bajos de tierras con tan profusa diversidad de altitudes.

*
* *

El botiquín, a pesar de lo bien provisto, carecía ya de muchos medicamentos esenciales. Luciano volvería a la Capital. Explicada la labor del grupo en cualquier dependencia del Gobierno, le proporcionarían mejores elementos para continuar la cruzada. Además, daría conferencias, predicaría, escribiría algunos artículos, y de seguro regresaría con más adeptos. La obra iniciada, por sí sola imantaría muchos espíritus.

Seguido por un indígena. aquel viejo, cada vez más apostólico, partió. Llevaba en los ojos la visión dantesca de todos los males, que resultarían truculencias de folletín de muy mal gusto cuando se narrasen a los citadinos. Exageraciones espeluznantes.

Llegó a la Metrópoli.

El país era muy pobre. No tenía con que abrir brechas ni pozos artesianos para aquellas gentes que vivían como pobres demonios desolados. Pero la Capital se embellecía encomiablemente; se abrían "bulevares"; se derribaban los edificios feos; se erigían monumentos dignos. Y el público aplaudía. Era necesario agradar a los turistas. En una ciudad así, ya había derecho para renegar de la indiada, y de los conquistadores, que no fueron capaces de destruírla para que no nos avergonzase.

*
* *

¿Por qué Jaime Pacheco, apto para una fuerte tarea social, había ido con sus camaradas a convivir con aquellos andrajos humanos? ¿Era de los basureros de la vida de donde podía esperarse la resurrección moral?

Su visión era clara. Había que comenzar en lo más hondo. Las otras clases seudo-civilizadas, no serían capaces de creer en ningún programa. Psicológicamente, eran más desvalidas.

Además, allá, entre los indios, no todo era bancarrota biológica. Aún había núcleos potentes y desde-

ñosos; tribus que producían ejemplares soberbios, macizos como columnas. Y era el instante de romper su aislamiento, a buenas o a malas, provocando en el país una serie de migraciones interiores para apretar el tejido humano.

Hombres que hablan poco; temen poco; necesitan poco.

Jaime les llevaba su teoría de la semejanza. ¿La igualdad? Esa fué una teoría de sociólogos indigentes; un concepto que estuvo ante las chusmas como el conejo eléctrico ante los perros de carrera: Ha servido para que el mundo corra sobre una pista de mejoramiento; mas cuando desfallezca, se convencerá del truco. La igualdad entre los hombres es una aberración. (Por algo hay su diferencia entre hacer clavos y hacer hombres). Semejanza. ¡Ya quisiéramos alcanzar la semejanza! Que no existan los contrastes monstruosos. Que no haya perros a quienes sus dueñas, mujeres de magnates, hagan servir por lacayos y pasear en automóviles como a grandes señores, mientras en el campo se mueren cientos de gañanes con el estómago repleto de lombrices, y vacío hasta de maíz.

Nuevo tratado de sociología: "Asemejaos". El pueblo que lo aprenda, dejará de presenciar los centenares de hombres que ahora caen asesinados por alguna ley, o ajusticiados por algún ladrón.

*
* *

En la metrópoli, Luciano Gotler fué el hombre del día. Los periódicos narraban al público, con grandes encabezados, lo que aquel apóstol contaba.

Días después, seguido siempre por algunos neófitos se le vió en antesalas ministeriales. ¡Naturalmente, lo tendría todo! Y hasta se gestionaría para los del grupo algún cargo oficial, pues no era justo que nadie trabajara sin remuneración.

Luciano tuvo que explicar repetidamente que no; que ninguna falta les hacían las remuneraciones. Más aún: Los estorbarían con dependencia... suspicacias... interés...

¿Lo único que pedían eran medicamentos? ¡Pues inmediatamente se los iban a proporcionar!

Todo lo "del día", en estos mundos de papel de periódico, deja de ser actual al día siguiente. Ya no interesa, así se trate de la lámpara de Aladino, o de una maldición escrita en el estaño de la luna.

Sucedió que en una Dependencia, no hubo partida de egresos a la que se pudiera cargar el costo de lo que Luciano pedía. ¡Pero era lo de menos, porque tratándose de una obra así, se harían las gestiones del caso y todo se subsanaría! Pasaron unas semanas. Pasó la novedad; otras dependencias empezaron a protestar porque aquellas gentes interferían sus funciones. El problema estaba estudiado, oficialmente, por técnicos ¡y no era tan aparatoso como pretendía hacerlo aparecer Luciano, seguramente por un afán de notoriedad callejera!

Por otra parte, se produjo una de las típicas crisis ministeriales. Cayeron unos, y los nuevos, por lo pronto, estaban atareadísimos afianzando sus situaciones.

Habían transcurrido más de dos meses.

Luciano, inalterable, vendió una casa de la que era dueño en la ciudad, y compró cuanto pudo. Un cargamento enorme.

Estaba satisfecho. Porque si no había sido capaz de obtener la ayuda del Gobierno, en cambio, muchos alucinados lo seguirían. Hay gentes para todo, en todas partes. Lo único que se requiere es saberlas buscar. Así como un ladrón que de improviso caiga en un país extranjero donde no conozca ni el idioma, a los tres días andará entre tipos de su calaña; así, todos los aspectos humanos, atraerán a los afines. Lo único importante es que cada aspecto sea muy claro, muy categórico. Es fácil encontrarlo todo, después de que alguien se ha encontrado a sí mismo. Filosofía barata; como el pan de centeno.

Había en Luciano un brío que arrebataba gentes.

*
* *

A lomo de mula, por las serranías, regresaba aquel viejo, seguido por once nuevos adeptos. Muy numerosos eran los que le habían pedido que los sumase a su aventura. Pero Luciano eliminó una gran parte, y otros se eliminaron por sí en el momento definitivo. A las que no hubo forma de disuadir, fué a dos mujeres. Sin conocer a ninguno se habían presentado desde las primeras reuniones, oyendo, con el alma en los ojos. No hubo forma de disuadirlas. Eran una mujer madura, morena, pobre y muy segura de sí misma; y una muchacha pálida, de familia rica, que había hecho estudios de enfermera y leía las vidas de mujeres ilustres.

El grupo que siguió a Luciano era, pues, de lo más heterogéneo. Iba un médico viejo que quería ser filósofo o literato, y que además sabía tocar un violín. Otro, era también médico, muy joven, acabado de titular. Era un muchacho que estuvo varias veces en la cárcel por comunista; del tipo alucinado de esos hombres que saben que no hay cruz lo suficientemente negra para opacar un ideal clavado en ella. Iban las dos mujeres. Otros dos, eran estudiantes de medicina, que un año antes se vieran obligados a suspender sus estudios para mantenerse. Tres más, estudiantes también, estaban a punto de terminar sus carreras. Uno era rico, mimado en sociedad, y a pesar de ello, inteligente. Huyó con Luciano, sin que sus familiares y amigos sospechasen a qué empresa se entregaba. Los dos últimos eran un seminarista que por múltiples incidentes tuvo que abandonar el claustro, y un ladrón de bagatelas que estaba seguro de que en la capital, tarde o temprano, volverían a aprehenderlo. Era ingenioso y cínico, fuerte y sincero. Luciano creyó, desde que tuvo la primera plática con él, que había en sus adentros un buen hombre. Fué sugestiva aquella primera charla:

—¿Y cuál es su ocupación?

—Pues tengo la que cae. Pero como más me luzco es como "ratero".

—¿Como qué?

—Ratero, señor. Aquí dan ganas de robar a la gente no más de ver lo mucho que tienen algunos. Yo nunca robo a los pobretones. Le juro a usted que soy un ladrón de conciencia; de esos que ya no se estilan.

Y siguió la más maravillosa exposición de sus principios. ¡Qué ética la de aquel desfachado! Todavía la penúltima noche de su permanencia en la Capital, robó un bolso de mano a una dama, al subir en un automóvil. Había en el bolso noventa y siete pesos, y los compró, íntegros, de pantalones de mezclilla, con pechera. Porque pensó que serían la prenda ideal para los muchachos en cueros de que tanto oyera hablar.

VI

LA MAREA ASCENDENTE DEL COLOR

En sólo un año, el movimiento cundía como quieta y progresiva mancha de aceite. Jaime hizo un llamado por la prensa, y echó sobre su grupo la tarea de acomodar a todos los desocupados del país que quisieran labrar la tierra.

¡Qué fácil y qué sano se hace el pensamiento cuando se da a gentes confiadas! Jaime sabía explicarles todo: había que repudiar las máquinas; había que destruírlas donde se las encontrase, porque la máquina será la enemiga acérrima del hombre. La única amiga de éste será la máquina pequeña. (Así se trate de un molinito para nixtamal o de una máquina de escribir). La gran máquina sólo es útil y buena en el plano de las comunicaciones, porque abre las grandes rutas de mar, de aire y de tierra, por donde han de desbordarse los hombres futuros para mezclar sus ambiciones y su sangre. México, racialmente, contaba con una represa de energía oscura, que era tiempo de soltar.

Pensaba que era preciso utilizar como una fuerza de transformación, hasta el desenfreno sexual que estruja a las gentes. Y les pimentaba los sentidos: Debían gustar de las mujeres blancas, no importaba que fuese por la fuerza. Y no sería mal visto que sus mujeres se dejasen poseer por cualquier rubio. Había que conquistar con color. Las conquistas de antaño se hacían con flechas, con espadas o con pólvora; las de hoy se hacen con gases asfixiantes y con billetes de banco. Las de mañana se harán con falos, más decisivos que las bayonetas.

*
* *

Empezaron a llegar maestros espontáneos. El movimiento ideológico tenía repercusión en todas las Metrópolis. Y en millares de cráneos. Llovían libros de texto. Ya no faltaban medicinas. Los sin trabajo llegaban y eran sustentados por cualquier familia indígena a cuyo lado empezaban a sembrar. El movimiento de unificación, que empezara cerca de las costas del Pacífico, subía hasta la altiplanicie, y contaba ya en su radio con tierras, hombres y climas de todas naturalezas. A los quejumbrosos y a los pesimistas desconfiados, se les expulsaba.

Y el Gobierno se comenzó a alarmar. Las autoridades locales se iban plegando a todas las ideas del conjunto. Además, desde algunas regiones se criticaba al Gobierno por haberse servido del problema agrario sólo para fines de politiquería, sin resolverlo integral

mente. Cuando el gobierno necesitó a los campesinos-soldados, se les dijo de grandes obras de irrigación. Pero sólo se habían hecho unas cuantas presas en lugares que a los campesinos indigentes importaban muy poco, pues la tierra se vendía allí a trescientos o quinientos pesos hectárea, y a veces acaparábanla sociedades cuyos principales accionistas eran funcionarios.

Las narraciones históricas eran un éxito colosal; aquellas mentalidades las bebían con avidez. Historia, mucha historia. Jaime nunca había supuesto que el gran relato pudiera ser tan útil. ¡Cómo enderezaba chusmas!

Habían surgido algunos indígenas de muy brillante entendimiento. Sabían comentar con mucho sentido la situación, que desde el punto de vista agrario, (según se les hacía entender subversivamente), había sido mejor bajo los conquistadores. Se les explicaba cómo la Cédula de Felipe II concedió a los aborígenes ejidos de una legua. Y se les decía que después de la Independencia, los propios gobiernos republicanos desposeyeron a los naturales del ejido, y dejaron formar los latifundios.

A propósito de actuales dotaciones, Jaime escuchaba muchas veces:

—Sí, nos dieron unas tierras, quén sabe en qué artes, pa' poder hacernos peliar cuando se ofrezca. quén sabe contra quén.

Era indispensable levantar un muro entre la politiquería caciquera y la producción territorial. De otra suerte, la política agraria seguiría siendo tuerta, y el suelo se abriría de mala gana.

Y era también indispensable clavar hondo la idea de no considerar lícita para los grandes hombres públicos la posesión de bien alguno. Los hombres públicos de la estirpe que Jaime imaginaba, tendrían que vivir del favor público.

*
* *

Ya se hablaba de construir presas y canales sin recurrir a la ayuda oficial, ni a empréstitos. Había tres proyectos magníficos, y Jaime quería realizarlos, centavo a centavo, mano a mano, por obra de aquellas manadas de desvalidos. El error del mundo contemporáneo consiste en desdeñar a los que nada tienen. Ellos han sido siempre la miga de los tiempos. Fué por obra y gracia de ellos que la Edad Media se pobló de catedrales, que estiran aún sus torres sobre el vacío.

Pero todo iba tomando caracteres de movimiento sedicioso.

Una gran fábrica de azúcar fué incendiada.

Y se produjo el primer choque.

Jaime Pacheco fué citado ante autoridades de la Capital de la República, y no compareció.

Los trabajos de irrigación se iniciaban con manos limpias. Los diversos núcleos indígenas se armonizaban entre sí, y condensábanse como una sombra preñada de potencia. Por todas partes, y en todos los dialectos, se oía decir que llegaba la hora de probar al mundo que el indio era algo más que un bagazo de hombre.

El movimiento cundía por todo el continente. Emisarios indígenas, sólidamente preparados ya, cabalgaban sobre los Andes, América abajo.

Era una genuina resurrección de sombras oscuras.

Centenares de patriarcas indios fueron comisionados para pedir limosna: cobre y plata para comprar ingenieros, y grúas, y cemento. Como eran tan silenciosos y tan viejos los patriarcas, les estaba bien la tarea de ir a sentarse bajo un árbol, a la orilla de cualquier camino o en cualquier plaza, con unas grandes "jícaras" al frente. Y se les llenaban de monedas de cobre.

Hasta de otros países, algunos ricos caprichosos, influídos por pensadores que comentaban aquel ensayo social, enviaban importantes donativos.

*
* *

Pero otros blanquísimos y desdeñosos Gobiernos empezaron a otear. "La marea ascendente del color" los hacía estornudar denuestros; y declamaban en nombre de la civilización.

El movimiento de armonización se desviaba hasta resultar netamente subversivo, pues cuando autoridades locales no eran del agrado de los dirigentes, hasta un setenta por ciento de las contribuciones dejaban de pagarse.

Pacheco había cumplido treinta y dos años, y dirigía todos sus esfuerzos a organizar la coacción económica de los contribuyentes. Y así, cuando las autori-

dades trataban de estropear sus programas, los ayuntamientos caían.

Trataba de impedir a todo trance que el fisco hallara compradores para rematar los bienes embargados a quienes, por secundar sus planes, no pagaran contribuciones.

Y el conflicto surgió. Había una minoría de "pudientes", como en todos los pueblos. Y encontraron ocasión de acaparar a ruin precio muchos bienes raíces. ¡A ellos qué les importaban las locuras sociales!

Pero misteriosamente, en sus propias camas o por cualquier calleja, empezaron a descubrirse cadáveres de aquellos conspicuos. Y nadie delataba a los homicidas.

El Gobierno tenía que remediar aquella situación.

* * *

Jaime Pacheco se mostraba muy ufano viviendo de limosna. Necesitaba bien poco. Cualquier casa era la suya; y en todas partes sobraban manos para servirlo, y comestibles, y alguna ropa. También, tiempo atrás, le habían dado una mujer. Los viejos patriarcas indios sabían de todo lo que es humanamente necesario a un hombre. Y tras una ceremonia de exótica simplicidad, le otorgaron una indita, que según el ritual antiguo, fué despojada de sus ropas de manta "trigueña", para entregársela desnudita, con una rosa en la mano. (Así reciben aún algunos lugareños a sus desposadas, y tal cosa significa que deben ser ellos quienes las cubran y las amparen). Y Jaime Pacheco, envolviéndola en una manta que le tejió el hombre más viejo de la tribu, la tomó entre sus brazos, y por enmedio de una multitud que se abría para que él pasara, caminó hacia su jacal, sonriente, como si llevase una dulce brazada de canela. La multitud lo contemplaba, y sonreía.

La indita fué la mimada de los viejos, con quienes quedaba cuando Jaime partía.

Sus colaboradores, por su parte, también habían tomado mujeres sobre diversas regiones, con diversos rituales cada uno, según las costumbres de cada sector. Algunos, sin ritual.

* * *

Luciano Gotler escribía desde el Perú. Allá, algunos querían cohecharlo; otros, asesinarlo. Pero por entonces nada lo podría detener.

Entre los indígenas, se hacía notar la aparición de elementos asiáticos; japoneses, sobre todo. Eran extraordinarios agricultores, que enseñaban cordial y pacientemente a los indios. Los indios, sin conocerlos, creían en ellos desde el primer instante, tal vez por ocultas afinidades. Se presentaban tales extranjeros como unos pobres inmigrados, dispuestos a desempeñar las faenas más despreciables. Había uno que servía como jardinero en una finca de los alrededores. Ganaba unos cuantos centavos y estaría satisfecho aunque sólo le dieran de comer. Una vez, salió rumbo

a la ciudad toda la familia de la granja, y el japonés quedó solo, cuidando. Pero uno de los hijos del dueño tuvo que regresar a galope de mitad del camino, para recoger los anteojos que olvidara su padre. Llegó, sin hacer ruido, por los corrales, porque oyó música en el interior. Y entrando hasta la sala, sorprendió al japonesito al piano. Ejecutaba, leyendo sobre un cuaderno de música, un fragmento de Wagner.

Otro, estaba como pastor en un rancho vecino. Salía, en cada amanecer, como llevado por una ola de cabras. Terciado al hombro, un saco de ixtle con bastimento y otros menesteres.

Y una vez en que Jaime, recorriendo solo a caballo los contornos divisó el rebaño, se aproximó por entre una arboleda. Y descubrió que aquel señor pastor, además de bastimentos, llevaba en su alforja un teodolito. Y mientras el ganado sombreaba, él desde las lomas hacía quién sabe qué estudios, y levantaba, probablemente, una serie de planos.

Claro que la inmigración asiática estaba prohibida por el Gobierno. Pero tras de algunas conversaciones entre Jaime y algunos de aquellos señores peones, empezaron a llegar furtivamente a ciertos puntos de la costa del Pacífico, barcos que arrojaban al agua cargamentos humanos. ¿Las Leyes de Migración? Había regiones en que no podrían tener la eficacia que se les supone desde los despachos ministeriales.

En pleno monte, a caballo, con uno de sus colaboradores, Jaime Pacheco explicaba:

—No; yo no quiero organizar al hombre de color contra el blanco. Simplemente hay que levantar este

nivel humano, como una preparación para el cruzamiento que ha de venir. Y nuestros indios aprenderán mejor de quienes más se les asemejen. La hora de la fusión llega, crece. Hay familias aborígenes que necesitan sangre clara tanto como algunos salvajes del centro del Africa necesitan sal. Y por el otro lado, Europa, infecunda, histérica y pervertida, necesita inyectarse un poco de color. En nuestro aislamiento, nosotros producimos escarabajos humanos. Ellos, en su "refinamiento", producen albinos, que son pasto para la tisis y otras calamidades. Y seguirán sus generaciones de hemofílicos, dispépticos, anormales; con blasfemias, sin hijos y sin fe.

VII

LA ESPERANZA ES TERCA

El Gobierno tenía que remediar aquello. La sociedad estaba en gran peligro, pues era ya alarmante, por ejemplo, el número de mujeres blancas que desaparecían de las ciudades. Aquel era un principio muy agradable para los ladrones de doncellas: ¡Jaime tenía la mar de razón! Era necesario acrecentar así el cruzamiento, el mestizaje. Y lo mismo los charros del Bajío a lomo de sus célebres caballos, que los inditos taimados sobre sus propios lomos, encontraban lícito robar mujeres de tez blanca y ojos claros. O al menos, violarlas. Hasta aquella muchacha rica y pálida, que leía las vidas de mujeres ilustres y que siguiera a Luciano desde la Metrópoli, resultó embarazada. Con todo respeto la había desflorado un tapatío. Y resultó, a poco, con un muñeco de muy subido color y ojazos muy abiertos. La muchacha, cantando, le daba el pecho y parecía feliz.

Algunos periódicos afirmaban que aquellas zonas se convertían en madrigueras de malhechores, pues se acogía sin escrúpulo a cualquier inmigrante fraudu-

lento. No importaba que fuesen prófugos, bolcheviques, anarquistas, frailes, contrabandistas. Lo único que se les exigía era que labrasen la tierra, que fecundasen mujeres, que desarrollasen alguna industria, o que enseñasen algo bueno. Mercaderes no hacían falta; leguleyos o charlatanes vividores, ni de visita. Los ancianos de las tribus, a pesar de que algunos ni siquiera hablaban español, tenían un hondo sentido para seleccionar hombres. Era algo tan maravilloso como el olfato de los perros serranos, que los hace recelar de quienes pudieran traer algún perjuicio a sus dueños.

¿Que sería imperdonable colonizar con gentes de conducta dudosa? Jaime reía. No se trataba de ir a tomar el té con viejas de postín. En los aventureros, y aun en los malhechores, hay frecuentemente más substancia vital que en muy honorables y pusilánimes "gentes de bien". Lo importante era preparar una basta combustión de sangres mestizas. Ya después, el ambiente iría modelando los tipos.

*
* *

En las esferas gubernamentales seguía repitiéndose que era preciso acabar con "aquello", fuere como fuere.

Estaba próxima a inaugurarse una gran presa que se había alzado por obra exclusiva de aquellos "infrahombres", como algunos los llamaban.

Los infrahombres estaban a punto de terminarla, con

la lentitud y el tesón con que antaño levantaran iglesias.

Jaime fué invitado a la capital por el Presidente de la República. Pero declinó el honor.

Y empezaron a llegar tropas que reemplazaban a las que anteriormente guarnecían las regiones. A lo largo de las vías de comunicación empezaron a verse columnas y batallones.

La situación era ambigua, pues allí no había precisamente ninguna insurrección, y sin embargo, había una serie interminable de violaciones a la ley.

Una noche, Jaime Pacheco desapareció.

La prensa dijo que el iniciador del movimiento iba a visitar al Presidente y a ofrecer su colaboración.

Y en todos los periódicos se publicaron fotografías en que aparecía no sólo sano y salvo, sino como si no estuviese en calidad de detenido. Veíasele entre funcionarios cordiales que le saludaban.

Habían aprehendido con él a uno de sus mejores auxiliares, un muchacho muy joven, con cara de asceta, impetuoso e incansable. Uno de los ministros los alojaba en su residencia. Y en verdad, se les retenía con la mayor gentileza.

—Pues señor Pacheco, hizo usted una muchachada que resulta un estupendo principio para la carrera política que tiene abierta.

—Yo, señor Ministro, no he buscado hacer ninguna carrera.

—Bueno, pues se la hizo sin buscarlo. De todas suertes, es estupenda. Pocos como usted pueden elegir situaciones con tanta facilidad.

—Sí; mas yo sólo quiero volver con aquellas gentes.

—¡Pero no sea usted niño, señor Pacheco! Se le ha dejado hacer mientras ello no ha significado ninguna amenaza para las instituciones. Pero en el instante oportuno, se le tenía que dar un sombrerazo a toda esa inquietud, y santas paces.

El señor Pacheco, cuerdamente, podría ser nombrado Embajador en cualquier país europeo. El no conocía el mundo; y hay que darse un baño de gente para lavarse ciertos provincialismos chuscos. Viajando crece el espíritu. Ya lo escribió el sabio alemán: "El camino más corto para encontrarse a sí mismo, da la vuelta al mundo". Y por otra parte, ¡el señor Pacheco era tan joven! Y su tipo era como para enloquecer a mujeres refinadas. ¿Repudiar la vida de príncipes? Tal vez, tal vez...; pero antes, hay que conocerla. Siempre será una necedad desgañitarse repudiando lo que no se conoce. En una Embajada, en Europa, se vuelven majestuosos los hombres. Por algo es que los reyes acaban convenciéndose de su origen divino.

Y aquel señor Pacheco, desde su encono, los contemplaba y los oía amargado. Por momentos, la hiel enturbiaba su ecuanimidad, con arranques violentos, arremolinados. Arranques, a veces, como de estrangular a su anfitrión. Cuando tenía cerca a algunos de aquellos personajes astutos, risueños, pensaba que después de las revoluciones o matanzas sociales, bajan los cuervos; los que no arriesgaron sus alas, ni sus vientres, ni siquiera sus opiniones. Funcionarios con los escrúpulos remangados, sonrientes, seguros.

Seguía oyendo proposiciones. Y todos lo veían ecuánime.

En último caso, podría aceptar, en su propia Metrópoli, un Ministerio. Desde allí, él podría seguir organizando, con más elementos, todo el país. El era un nexo de armonía, y llevaba en su mano las posibilidades de evitar una pugna penosa.

Jaime se dió cuenta de todo. Los diarios, sin su consentimiento, publicaban la noticia de que pronto formaría parte del Gabinete.

En diversos lugares, sus más destacados colaboradores habían recibido mensajes firmados por "Jaime Pacheco", que los saludaba, les aconsejaba mesura, y acababa ofreciéndoles puestos muy importantes a su lado para seguir desarrollando su tarea social.

Y aceptó irse a Europa.

El muchacho era listo en verdad. No resultaba ningún tonto obcecado. Se había hecho una personalidad de primera magnitud en muy poco tiempo.

Empezó a perder su calidad de secuestrado de honor. Recibió algunas cantidades. Corrió una juerga con otro Ministro y con un General.

Y una mañana, pistola en mano, alquiló un piloto, ¡y voló!

Volverlo a coger sería más difícil y más peligroso, pues toda su gente sabría que el Gobierno se les echaba encima.

Todas las Jefaturas de Operaciones Militares recibieron órdenes de capturarlo con quienes lo acompañasen, e informar inmediatamente a la Superioridad.

Jaime y su compañero aterrizaron a poco (por un desperfecto de la máquina tiroteada al salir de la metrópoli), en una región intrincada. Había que hacer llegar a sus gentes la noticia con la mayor rapidez.

Pero en tres días más, allí estaban ya los soldados. Y llegaban por todos rumbos aviones con ametralladoras.

Jaime dictaba órdenes inacabablemente. Los correos indígenas salían a cada momento, y trotaban por los montes.

El, cinco de sus amigos y siete indígenas, caminaban a caballo, durante la noche, por la serranía. Con cuatro días más de camino, llegarían a una región ante la que el Gobierno se estrellaría con sus soldados.

Ya andaban por zonas donde a los militares, cuando se apartaban del grueso de las columnas, las gentes los mataban. Y los Jefes, a pesar de haber ordenado algunos fusilamientos, cada vez menos lograban impedirlo.

*
* *

Pero una madrugada, frente a una costa desierta, Jaime Pacheco fué atrapado con sus gentes. Muchos de los correos ni siquiera llegaban aún a sus destinos. tinos.

El muchacho estaba inexpresivo y sereno.

Desarmado y tranquilo entre los mílites, aún se dió el gusto de abofetear al Coronel, Jefe del batallón, y escupirlo.

A pesar de todo, la Superioridad preguntó a Pacheco por telégrafo, si quería deponer su actitud.

Ciertamente, en materia de organización, Jaime apenas si pensaba que se iban a dar los primeros pasos seguros. Ni el esquema estaba concluído. Pero si lo llevaban a él a México... ¡cuántos ardides para hacer creer a sus gentes que nada debían esperar! Y cuántas mañas para desconectarlo. El no tenía ganas de morir; pero le asqueaba la idea de que quienes habían puesto en sus manos su fe, creyesen que la vendía. Quizá no tuviera derecho a vivir a trueque de aniquilar una esperanza que se iba enderezando. Además, "cuando los héroes se quedan vivos", suelen llegar a ser cómicos, pasados de moda, estorbosos y a veces hasta nocivos. El no aspiraba a ser tenido por héroe; pero sí sabía que llenaba un momento histórico en la vida de su país. Cuando Luciano volviese, continuaría su obra. El, francamente, de pronto no encontraba cómo enfocar el porvenir. Ya era un amargado. A las multitudes oscuras que lo seguían quizá les fuese más útil como símbolo que como hombre. Quizá, detrás de él, todo estuviera trazado. Tal vez no debía enturbiar siquiera los acontecimientos con temores ni con inútiles forcejeos espirituales. No perturbar el sino.

Hubiera deseado, desde la hondura de su carne y de su espíritu, ver a su mujer, a su indita dulce y adormecedora como la canela. Pero estaba muy lejos. De seguro estaría entonces con un niño en brazos. ¿Se asemejaría a él?

*
* *

Hacía balance de su actividad. Al promover el levantamiento humano de las multitudes ¿hizo falta estructurarlas con un ideal más alto que la agricultura, la irrigación, el cruzamiento y la política? Quizá. Pero él estaba tranquilo. Era un escalón. El había hecho darse cuenta a aquellas manadas de que existían, y de que pensaban. La única aspiración de él era convertirse en un ejemplo de desinterés.

Y sin énfasis ni tribulaciones, contestó al oficial:

—Dí a tu jefe, alma de gato, que quedaré aquí.

*
* *

Aquella misma tarde, después de cruzar los últimos mensajes, los llevaron cerca de un paredón, detrás de una barranca. Dos de los cinco camaradas de Jaime, rompían la unidad de la escena. ¡Ellos no tenían culpa! ¡Que los llevasen a México! ¡Si ellos hubieran sabido que incomodaban al Gobierno! ¡Harían cuanto se les ordenase! ¡Saldrían del país! ¡Todo! ¡Cualquier cosa!

Los militares, de vez en vez, sólo les contestaban con fastidio:

—¡Ya que se meten en cosas de éstas, siquiera pórtense como hombres! ¡Maricas!

Jaime hablaba inútilmente a aquellos amigos suyos, queriéndolos convencer de que eran por demás las

súplicas y los lamentos. Se pretendía no dejar viva una sola boca que pudiese narrar lo acontecido. Porque narrarlo fuera como quemar el país como con regueros de pólvora.

Se encontraron, por fin, de espaldas a un paredón, frente a varios pelotones.

Jaime, inexpresivo; tres de sus camaradas, pálidos, se decían algo en voz baja. Otros dos, suplicaban aún, y hasta sollozaban, de repente, como con pedazos de sollozo. Los siete indios, formados también en la fila, callaban.

Cuestión de unos segundos más, y todo habría concluído. Jaime Pacheco ni siquiera alcanzaba sus treinta y tres años.

Los pelotones, mecánicamente, preparon armas. Unas voces de mando. Las bocas de los fusiles se alzaron hasta la altura de las bocas de los hombres.

Todavía dió un alarido de espanto uno de aquellos adolescentes que temblaban.

Y por la costa desierta, indiferente, rodó un trueno, como habían rodado tantos más, cuando se incubaban, tras de los horizontes, las tempestades.

Trece hombres cayeron, y la tierra caliente chupó su sangre.

*
* *

Y sin embargo, en tierras de indios, nadie cree que él haya muerto. Y lo esperan. Hay que seguirlo acatando.

¿Que cayó con el pecho cercenado por el escupitajo de los fusiles? ¡No es cierto! El, por entre todos los fusiles del mundo, quedaría en pie, callado, seguro. El ha de volver entre sus indios. Ha de volver. Todo mundo dice que ha de volver.

Mientras, seguirán a los que dejó. Y sobre todo, a algunos de los propios nativos que ya llegaron a la calidad de mentores. El, Jaime, dicen que se remontó por las serranías.

Su mujer es como los demás. No sentirá si se hace vieja alisando una cabecita. Algún día sus carnes de mujer ya no olerán a canela; pero sabrá esperarlo siempre.

Jaime Pacheco verá la transformación de aquellas manadas. El mundo sabrá que para algo estuvieron acendrándose algunas razas del planeta entre la oscuridad de los tiempos.

Pronto estará Jaime con ellos.

Quizá se fué, América abajo, a despertar a otros.

Hay que esperarle, porque volverá con Luciano Gotler, que según dicen algunas pobres gentes sin fe, fué muerto cuando regresaba del Perú.

EL SUR QUEMA

I

ESFINGE

"A persona honorable réntase habitación en casa familia distinguida".

No había remedio. A tal vergüenza tenían que llegar las familias honorables por culpa de la revolución: ¡hasta solicitar un huésped, públicamente, por medio de un anuncio en el periódico más leído! No había remedio.

La señora se despertó un poco tarde, después de soñar toda la noche que sus amistades la compadecían a coro. Cuando se despertó, su alcoba, y hasta las ropas de su lecho, estaban tintas en sol.

A pesar de las penurias, aún había sobre su mesa de noche una campanilla de plata. La tomó, agitándola como en "los tiempos de la gente decente". Pero a diferencia de entonces, por la puerta del fondo no apareció doncella alguna. Si la señora había hecho sonar su vieja campanilla de plata, era sólo porque muchas veces, despertando, gustaba de volver a cerrar los ojos, sintiendo como si por sus venas, en vez de sangre, co-

rriese su añoranza. Claro que no aparecería doncella alguna. La única sirviente que a pesar de no recibir salario, continuaba en casa, era sorda, reumática y malgeniosa.

Tras de aquella noche de pesadillas, a la señora dolíanle un poco las sienes; amanecía extenuada. Después de palparse la desaliñada cabeza, salió del lecho, y metiéndose sus chanclos, se irguió como una deidad vencida (pues las deidades se deben erguir tanto más cuanto más el destino las acosa), y fué hasta el cubo del zaguán. Con sus propias manos descorrió el aldabón; entreabrió; alargó un brazo muy blanco y una manecita enjuta, y recogió del suelo el periódico del día.

Sin remedio. Allí estaba. Varios meses había estado discutiendo aquel anuncio con sus hijos, y por fin, allí estaba, como el de cualesquiera de esas vulgarsotas matronas que usan delantal, que huelen a cocina y a veces a algo peor, y hablan grueso, rasposo. Algunas hasta tienen un poco de bigote.

Ante semejantes ideas, no pudo evitarlo: se fué a arrebujar de nuevo ante las ropas de su cama y rompió a llorar. Y a pesar de la hora, se volvió a dormir.

*
* *

Después, mucho más tarde, se incorporó, tranquila. Al fin y al cabo, no era la única familia decente que procuraba equilibrar de tal manera sus gastos.

Luego, ante la magia del tocador, como si tuviese

deberes sagrados hacia sus carnes marchitas, entregóse con fervor al rito de los afeites. Y entre polvos baratos, su imaginación de mujer que en la vida tuvo como lo más precioso su carne linda y codiciada, quería soñar aún volverle su esplendor. Jamás olvidaría a su viejo especialista y maestro de belleza, más necesario en el mundo que Platón. Jamás lo olvidaría: por su mandato, mañana a mañana, momento a momento, ensayaba sonrisas especiales contra las arrugas, aunque sin plegar demasiado la faz.

Y así, a pesar del anuncio, entre polvos y sonrisas se quedó sin penas.

*
* *

Pero lo peor del caso era que a pesar de todo, el huésped no llegaba. Temprano, fué un señor con aspecto muy digno; pero encontró muy alto el alquiler. Y lo dejaron ir. Cualquier otro aceptaría sin regatear. Mas en toda la tarde sólo se presentó una pareja de muy mala facha. De seguro —había dicho la señora— eran hampones. Y por añadidura, sólo querían habitación por una semana.

Por fin, ya entrada la noche, llegó una muchacha sólida y fea, adusta, mal vestida y de muy poco hablar. Morena, cara ancha y dura, cabello negro, lacio y lustroso. Tipo de sirviente de pueblo.

Se presentó con un periódico hecho rollo y empuñado cual si llevase un garrote. Se la recibió con des-

agrado y se le preguntó sin cortesía para quién deseaba la habitación.

—Para mí; ¿cuánto?

—¿Sin alimentos, verdad?

—Con alimentos.

Los de casa se consultaron con la vista. Todos estaban en actitud ambigua, y por fin, uno de los hijos de la señora, de mala gana, dió un precio.

La muchacha abrió su bolso de mano, sacó unos billetes que entregó a la señora, y sin decir palabra fué hacia el vestíbulo, de donde tomó una gran petaca de cuero.

Los dos hijos de la señora, que estaban desde años atrás en edad de caballeros y que se preciaban de pulquérrimas maneras, no fueron capaces de moverse para ayudarla con su abultado fardo. Y por su parte, ella, recia y segura, pasó frente a ellos con paso tan firme, que parecía indicarles que no necesitaba de sus frágiles atenciones.

—Tiene zapatos de cargador—cuchichó uno.

—No sólo zapatos: cara también—dijo el otro.

—¡Chist!—reconvino la madre.

Y se fueron los tres a encerrar en la sala para mejor comentar.

*
* *

El orgullo de la casa era la Vita: una hermana de la señora, a la que hacían sentirse casi en la edad infantil, por más que ya llegara a los inconfesados cinco

lustros. Entre las dos hermanas había un abismo de edad, pues los dos hijos de la señora, hermanos gemelos, eran mayores que su tía la Vita, a la que trataban como a una hermana menor. Tenía fama de primorosa y hasta de culta, por más que su cultura consistiera en haber leído mal a siete o nueve autores extranjeros, que citaba lastimosamente. La Vita era el todo en aquella casa, y en verdad, era hermosa. Su nombre sonaba inacabablemente: Quizá cierto personaje protegía a la familia, gracias a la Vita, que dejaba sueltas las murmuraciones en las casas en donde se la recibía en honor al nombre de sus abuelos.

De los dos gemelos, ninguno trabajaba, porque tenían mala suerte. Tres o cuatro puestos en que los habían colocado sus excelentes recomendaciones, se les habían escapado. Naturalmente, tal cosa no acontecía por ineptitud, sino... por mala suerte... porque no habían nacido para servir; porque no sabían adular, o por mil otras razones que madre e hijos se sabían de memoria. El caso era que, económicamente, el relativo sostenimiento de aquella casa era un misterio social.

*
* *

A la Vita produjo una pésima impresión la facha de la huésped. Como ésta ya había pagado, era preciso que la soportasen, pero haciéndola sentir cuál era "su lugar".

Y los cuatro holgazanes de la casa tuvieron, du-

rante muchos días, motivo para urdir mofas que la huésped adivinaba sin prestarles atención.

Y después de las mofas vino la curiosidad. ¿Quién sería tan extravagante y fea esfinge? Porque con azoro empezaron a darse cuenta de que llegaba en un gran automóvil, y a veces bajaban a despedirla ante la verja, sombrero en mano, algunos caballeros de intachable presencia.

Y cuatro bocas, en casa, le empezaron a sonreír. Ya no comía sola, pues coincidentemente alguno de los de la familia estaba a la mesa cuando ella iba a cenar, y en ocasiones estaban todos. ¡Pero qué molestas situaciones! Quizá ni se percataba de que le hacían el favor de su presencia. Adusta, fea, monosilábica, secamente cortés.

Un día, uno de los señoritos llevó la noticia: ¡Estupefacción! Había sabido y comprobado que su huésped era nada menos que la secretaria particular de uno de los ministros de mayor fuerza política. ¡Quién lo dijera!

El otro señorito, al escucharlo, pensó: "¡Si será imbécil el ministro! ¡Pudiendo tener una secretaria tan chula como la Vita!"

La señora pensó en voz alta:

—¡Ay! Estos "personajos" de hoy no se comparan con los personajes de aquellos tiempos. Eran tan maravillosos, que no desentonaban en ningún gran salón europeo. Los de hoy tienen gustos de carreteros.

Y la Vita, displicente, añadió como pensando en alguien:

—Hay de todo...

El caso fué que desde aquel instante todo cambió para la inquilina. De tal suerte se la asedió con atenciones, que su primer impulso fué el de mudarse; y si no lo hizo luego fué porque algo más urgente le absorvía su atención. Y empezó a tolerarlos.

Aquellos dos moscones de las salas aristocráticas, eran, en verdad, finos, gentiles y hasta ingeniosos. Y notó que ponían toda su destreza en su afán de distraela con alguna gracejada. Uno, la empezó a galantear.

Por todas partes empezaron a decir de la intimidad que ellos tenían con la secretaria del ministro, lo que era casi igual a tenerla con él en persona. ¡Ah, porque la muchacha era el cerebro de aquel hombre! El nada hacía sin consultarla. Grandes resoluciones de alta política habían aparecido ante el país como dictadas por aquel personaje; pero a ellos constaba que ella se había pasado las noches en una habitación de la casa de su familia, redactándolas.

En el fondo de tanta admiración, sólo quedaba el afán de obtener dos empleos importantes, y de ser posible, lejos de la patria.

Claro que la impresión que en un principio hiciera su huésped, había sido exagerada: no era ninguna fealdad. Ciertamente estaba lejos de ser hermosa a la manera clásica; pero al fin y al cabo, estaban en una época que invertía o rectificaba todos los valores, y en primer término los valores estéticos. Quizá hombres menos anticuados descubriesen más profunda belleza en las facciones elementales de una egipcia que en una

confitada belleza occidental. Merengues de la plástica humana.

Y por instinto de consecución, dedicáronse todos los de casa a pensar y a decir mal de su sociedad, de su sangre, de "su época" y de todo aquello tan distinto a la naturaleza de la inquilina.

Ella se llamaba simplemente María. Y no gustaba de que le refinasen su nombre llamándola Mary.

—Yo aplaudo a usted, María, por su macicez mental. Si el país estuviese en manos de seres como usted, México no se pasaría los siglos remedando a las potencias extranjeras.

Ella lo miró, y su boca dura ablandóse muy apenas con una sonrisa. Quizás aquel muchacho sabía pensar. Era, de los dos hermanos, el que parecía más desvalido. Alto, rubio, de trazo muy fino, de ojos perla, grandemente desencantados. Se llamaba Humberto.

María lo contempló por primera vez. El lo notó.

Tres días después, situándose ante ella como todo un caballero acosado por la fortuna, pero sin perder su empaque de decoro, en la forma más inteligente y gallarda le pidió prestados cien pesos. Era domingo.

Nada logró leer en el rostro de ella, que fué hacia su guarda-ropa, hurgó en su bolso, y le dió los dineros.

El, de pie, los talones juntos, airoso, dijo solamente para agradecerlo:

—María....

Y mientras se doblaba en una genuflexión digna de un vizconde en el palacio de los Luises, alargó su mano para tomar por los dedos la mano de la muchacha,

y la llevó hasta sus labios para besarla en actitud devota.

Salió.

El rostro de la muchacha quedó igual, inexpresivo. Muy por lo bajo, dejó salir tres palabras:

—...mano de inútil...

Por su parte, el señorito Humberto salió displicentemente satisfecho. Como su hermano lo espiara, no tuvo más remedio que contarle todo de buen grado:

—En resumen, besar una manota cuadrada y dura, bien vale cien pesos.

Después de reír mucho por la calle, el otro dijo:

—No sé de qué escritor europeo es aquella frase que tanto nos citaba papá: "Para un caballero, toda mujer, en razón de su sexo, es una dama". Pero yo hubiera querido ver aquí al autor, ofreciendo el brazo a una indiota descalza de esas que se ven por nuestras calles o en nuestros mercados; una indiota mal oliente y más maciza que él.

—Y por añadidura, —agregó Humberto con risa maliciosa y fácil— quizá "más hombre" que él.

Saliéndose un poco de su cotidiana frivolidad, aquella mañana ambos hermanos se sentían dos pensadores. Y camino del Club, siguieron comentándolo: aquello pudo escribirse en otros países, en donde todos los habitantes tengan al menos facha de gentes. ¡Pero aquí! Es por esto que a la gente de rango urge, biológicamente, ser rica: para poder pasar frecuentes temporadas en el extranjero, codeándose con semejantes suyos; semejantes de verdad; para no perder la similitud: para no degenerar en monstruos. Seguramente

hasta el propio Cristo los disculparía a ellos por pensar así. Como que él dijo solamente: "Amarás a tus semejantes". Tus "semejantes". El sabía de la inutilidad de pedir a los hombres tratar como iguales a seres de tan distinta hechura. ¿Cuáles son, en verdad, los tipos humanos que se deben reconocer como prójimos?

*
* *

En casa, ella se había quedado sola, paseando por el corredor, muda, con las manos a la espalda. Parecía un vigilante a sueldo en aquella mansión.

II

EL POBRE FUEGO

Humberto empezó a estar mucho en el cuarto de María. No la dejaba trabajar. Sin embargo, no la fastidiaba como el resto de la familia. Si él hubiese sabido interpretar caras duras, hasta hubiera notado que ella lo veía con ternura. Aunque los dos señoritos pretendieron, con mucha naturalidad, tutearse con su huésped, sólo Humberto la encontró accesible.

Entre bromas y veras, la asediaban pidiéndole influir para que les diesen sendos empleos. Pero tardaban en lograrlo.

Humberto le habló de "relacionarla". (Aunque no vistiera bien, la sociedad la recibiría sonriente, por su sola significación ministerial). Pero no le interesaban los salones ni los aristócratas, entre quienes adivinaba que no se sentiría bien. Entonces, él pensó que sería preciso poner mayor empeño en enamorarla hasta volverla dócil para servirse de ella. Dócil, pues además de mujer, era casi una india.

Se pasaba mucho tiempo en su cuarto. Ella lo escu-

chaba, sonreía ambiguamente, y de noche en noche le prestaba más dinero.

Mas a pesar de que los hermanos sabían que estaban haciendo con sus galanteos una pantomima, de buenas a primeras aquel Humberto empezó a sentir mal que su hermano urdiese tantas picardías a costa de ella. No era ninguna refinada ¡ya lo sabían! Pero era toda una camarada, más comprensiva que todas las mujeres que él conociera.

—Sí... ¡comprensiva! Sin ese bolso lleno de billetes, no te lo parecería tanto.

Humberto enrojeció de cólera. Iba a contestar algo, que se le quedó entre dientes. ¡Era inútil tratar de convencer a su hermano de que no la defendía en razón de los malhadados préstamos! Le volvió la espalda, tomó de la percha su sombrero y con las manos hundidas en los bolsillos del pantalón, a pasos grandes se escurrió a la calle.

Cierto que la muchacha iba sacándolo de sus apuros: no le escatimaba unos cuantos pesos. Pero además, tenía madera de camarada; y tenía el dón de saber alentar, a él, a quien todo mundo y en todos los tonos repetía que era un inútil, un desecho social; un aristócrata sin herencia. Con él, sólo con él, ella se tornaba comunicativa, sencillota. Lo trataba como a un niño. Su hermano se cansaría y se burlaría si oyese las cosas que le contaba. Eran a veces unas historietas como para escolapio, que a pesar de todo, lo interesaban por su raro sabor ingenuo.

*
* *

Una vez, la muchacha, que en los días de fiesta desaparecía, lo invitó. No importaba a dónde. (Ella, estando libre, simplemente tomaba algún rumbo, sin más propósito que el de alejarse. Las lejanías la imantaban.)

Humberto hubiera preferido la invitación a cualquier sitio cercano y confortable, con un servicio moderno; mas la hora de la cita, por temprana, lo empezó a incomodar.

Madrugaron, y salieron de casa. Ni siquiera alquilaban un automóvil que los llevase decentemente. Muy pronto empezaron a mezclarse entre gentes que a las claras se podían clasificar como obreros endomingados, empleadillos de mala muerte, etc.. de esos que en camiones y en trenes escapan de la urbe para llegarse a los alrededores. Gentes cuya grande y pobre diversión consiste en ir gárrulamente, hombres y mujeres, en busca de praderas que poco a poco se salpican de pingajos humanos, que se tumban para soñar independencia, panza al sol.

Sin embargo, ellos fueron más, mucho más allá de donde los dejara un tren eléctrico. Se habían provisto de frutas y otros comestibles, que él llevaba en una bolsa de papel. ¡Si su hermano lo viera! ¡Si lo supiesen en el Club! Sólo habría un comentario:

—¡A lo que llega ese pobre por unos cuantos pesos!

Enrojeció, callado, tras ella, que parecía capaz de

seguir hasta la noche sin resoplar, sin acortar ni descomponer aquel paso, igual, recio, seguro.

El, con mucha fatiga, pero sin atreverse a confesarlo, seguía deduciendo lo que pensarían las gentes: mujer sola y fea, su huésped le pagaría también porque él se metiese con ella en su cama. ¡Malditas lenguas! Y sería inútil tratar de convencer a muy distinguidas holgazanas de la austeridad de aquella mujer, simple alentadora.

Muy cerca de medio día, acamparon. Era un paraje vasto, hosco y sin gentes. Rocas a las que el musgo intentaba quitar aspereza; árboles rectilíneos, quietos. Se respiraba un aire resinoso. La muchacha trepó sobre una enorme piedra. Debe haber suspirado muy hondo, porque Humberto notó cómo se le abultaba más aquel pecho macizo y combado. Y pensó él dentro de su mal humor:

—Es verdad: "la cabra tira al monte".

Y se echó, recostándose con la cabeza entre la hojarasca.

Ella bajó, y con una sonrisa abierta fué a sentársele muy junto, y empezó a decir:

—Yo sabía que esto no es de tu agrado.

El abrió los ojos y hasta se incorporó a medias inquieto por sentirla tan cerca. El, que nunca estuviera muy seguro de no hacer el ridículo si alguna mujer lo buscase como a un varón. "Por más varón que sea —se dijo— si se le busca a uno descarada, repentina y comprometedoramente..."

Mas el gesto y la actitud de ella aplacaron sus nervios y su temor.

—¿Sabes por qué me gusta ir siempre lejos, aparte?

—No.

—Porque se siente una como entre cielo y tierra.

Hizo un silencio, durante el cual el muchacho repasaba aquellas frases, que le parecían chocantes.

—¿Por qué aceptaste mi invitación, para venir con desagrado?—preguntó ella.

—Oh, no, no —respondió con énfasis Humberto—. Si es que me he cansado un poco. Pero con ser tu deseo, me complace.

Un momento después, ella murmuró:

—Pobrecillo embustero...

Y no lo dejó incorporarse; lo atajó con su gesto rotundo, levantando aquellas sus manos gruesas y oscuras, que sin tocarlo lo volvían a tumbar, y hacían silencio. Y pasando sin conexión a otro tópico, dijo después, con la mirada suelta por el cielo:

—Mi madre es muy vieja.

—¿Vive todavía?

—Vive.

—¿Dónde?

—Lejos... Y es como el alma de su tribu, porque sabe contar fábulas.

—¿Pero cuáles tribus?

—Una tribu de esas que viven perdidas entre los encrestamientos de nuestras serranías del norte.

—¿Quieres decir que tu madre vive con los indios?

—Sí. También yo he vivido.

—¿Y antes de vivir allí, dónde estaba tu señora madre?

—En el vientre de otra india—respondió riendo la muchacha.

—¿Entonces?...

—Sí; es una india pura. Por eso yo, aunque mestiza por casualidad, soy así. Pues bien, allá, saber hacer cuentos, es más útil que saber hacer leyes. Como que las leyes las hace la sangre, la naturaleza, la necesidad... No se requieren hombres que las dicten; nada más que no las corrompan. Yo aprendí de mi madre muchas leyendas que constituyen mi positiva educación. A cada momento, a cada detalle, se me presenta la ocasión de aplicar una de sus máximas o de cobijarme con una de sus historias. Yo las he traducido; es lo que tanto me ves escribir por las noches, vaciando con minucia cada párrafo, cada concepto, para hacer un libro que muchos desdeñarán. Y voy a contarte ahora lo que aconteció una vez a un rayito de sol.

Aspiró una gran bocanada de aquel aire resinoso. Se dijera que sus miradas se hacían más luminosas; y sentada sobre el suelo a la manera de los Budas, contó:

Era una herrería, con su gran horno y su fragua, donde uno de los herreros hacía soplar con fuerza el fuelle. Y la lumbre no quería arder. Acomodando los carbones, dijo:

—Cuando se necesita fuego, siempre se hace rogar. En cambio, si se tratase de quemar nuestras casas o las cosechas, correría como un demonio en asueto.

Siguió soplando el fuelle entre los rescoldos, y por fin ¡ya ardía! Se dijera que comenzaba a gruñir entre cenizas y carbones. Ya estaba allí aquel fuego, aunque

de muy mala gana; sus manos rojas removían leños y brasas, y al fin, asomó sobre el brasero, agitándose dentro de sus holgados y brillosos ropajes. Todo él era rojo, excepto su cara, amarillenta. Se retorció; irguió el torso; resopló molesto. Los hombres empezaron a ponerle encima algunos hierros para que los calentase. No se le aproximaban demasiado, pues sabían que en un descuido los alcanzaría con un zarpazo.

Uno de los herreros dijo:

—Esta lumbre es demasiado grande. Hay que apagarla un poco.

Y entonces, con un mugido de furia, contestó el fuego:

—¡¡No vayas a echarme agua, bruto!!

—No —dijo el herrero— pero te menguaré un poco para que no consumas el carbón de un solo resoplido.

—¡Quisiera no tener que tratar con necios! —agregó el fuego—. Siempre se están sirviendo de mí en sus hogueras de cal, en sus locomotoras, en sus cocinas, y sin embargo, aman al sol más que a mí. ¡Necios!

—Está bien, está bien —replicó fastidiado otro de los herreros—. Es lo mismo que nos dices al comenzar cada día; pero no perdamos más tiempo en regaños. Trabaja y calla, para que calientes pronto esos hierros.

—¡Necios! ¡¡Necios!! ¡Me niego a trabajar!

—Lo harás entonces por la fuerza—replicó otro.

El fuego, rápido como un resortazo, se alargó hasta alcanzar con un araño al herrero que así le hablara, y encogiéndose súbito entre sus cenizas, le oyeron apenas gruñir:

—¡Pues entonces, cógeme!

Y desapareció soltando una humareda que hizo a todos salir de la herrería con los ojos apretados y los brazos inciertos.

—¡Se ha escapado!—comentaban con los ojos enrojecidos por el humo.

Después, los cinco herreros, en corro junto a la puerta, decidieron ir a buscarle, para llevarlo por la fuerza a trabajar en la fragua. ¡No habría de irse con su capricho!

Horas enteras perdieron en recorrer los contornos, sin encontrarlo. El espíritu del fuego se había ido a esconder en el bosque. Pero no sospechó que se ocultara tan cerca del lugar donde tres leñadores acampaban. Anochecía.

Y a poco los leñadores necesitaron de él. Comenzaron a llamarlo con el golpear de dos pedernales que echaban chispas sobre un trocito de una raíz podrida y seca. Y el fuego tuvo que acudir. Desde la sombra se le oyó refunfuñar:

—¡Necios! ¿Cuándo dejarán de molestarme?

—Nosotros te amamos—le dijo, cordial, uno de los leñadores.

—Sí, mientras me necesitan. Y no obstante, aman más al sol, que es inútil y holgazán.

—¡No, el padre Sol es sagrado!

—¡Calla, imbécil! Es mucho más débil que yo: a él lo soportan las gentes horas enteras sobre las espaldas desnudas y sudorosas. A mí, en cambio, nadie se atrevería a tomarme entre las manos. Y aunque se sirven de mí más que de él, no cesan de alabarlo.

—Calla tú, loco —respondió otro de los leñadores—. Aunque te enfurezcas, aquí pasarás esta noche atado a esa fogata, para que nos cuides de las fieras que tienen miedo de tí.

El fuego quería seguir cuestionando; pero los leñadores, amigos de callar, desoyeron al deslenguado, mientras tendíanse para dormir entre aquel silencio negro. Y a poco, los tres yacían como pedazos de árbol.

El fuego se comenzó a retorcer, alargándose. Tuvo a su alcance un pie desnudo que hubiera podido morder y sangrar. Pero se contuvo, pensando que mejor sería un supremo impulso para escapar. Suelto, correría, incendiando el bosque.

Mucho jadeó, mucho se esforzó retorciéndose como para desasirse, y por fin, saltó sacudiendo sus amplios ropajes, y con cautela para no despertar a los tres hombres, comenzó a tocar las hojas secas, los árboles, los ramajes. Donde tocaba, quedábase prendido un girón rojo; llamas que crecían multiplicándose. Habiendo echado a arder un vasto círculo en torno de los leñadores, comenzó a aullar, y más velozmente saltaba prendiendo sus girones de lumbre. ¡¡Oooou!!

—¡¡Nos atrapa!! ¡Nos atrapa!!

—¡Ya no podemos apagarlo!

—¡No, pobres necios! —rugió el fuego—. ¡Cuando me arrojan agua, la siento como salivazos! Pero ahora ya nada pueden contra mí! ¡¡¡Oooooú!!! ¡¡Necios!!

Los tres, aturdidos, caminaban a tientas entre el bosque rojo, bamboleantes, rebotando contra rachas calientes.

—¡Por aquí! ¡Por aquí!

Y otra racha encendida los topaba.

Enmedio de aquel vértigo de color, el fuego interrumpía su aullido sólo para lanzar alguna potente carcajada, que se perdía entre el crepitar de los árboles. Estos, en su desesperación de no poder correr por la llanura como antorchas inmensas, se contorsionaban y maldecían, arañando la tierra con sus raíces crispadas.

Aquella pesadilla se apagó por fin. Quién sabe cuánto duraría sobre el horizonte su resplandor.

Era una mañana un poco fría. Muros semi-derruídos y ahumados. De pie, alguno que otro árbol esquelético, ennegrecido, sin hojas y con las ramazones chamuscadas.

Y vagaba descuidado, por entre aquellas ruinas, un rayito de sol.

Se detuvo de pronto al oír muy de cerca una voz agria que inquiría:

—Holgazán: ¿cuál es tu virtud?

El rayito se aproximó atento, y descubrió que era un carbón encendido, arrebujado en un montón de ceniza, el que así hablaba:

—¿Cuál es tu virtud?—repitió, seco.

—¿Eres tú, lumbrecita, la que a pesar de estar tan apagada, tiene tan áspero decir?

—Yo, sí. Quiero que respondas.

—¿Mi virtud? Mi desnudez—contestó el rayito.

—Pues por bien poco te adulan tanto los hombres. Eres un oropel impalpable, un inútil...

—No, lumbrecita. Oyeme sin inquina si quieres comprender. No soy inservible. No seas como esos hombres que creen que para ser trascendentales es preciso llevar hosco el ceño. Me juzgas holgazán, porque no adviertes que cuando bajo a la tierra voy llenando jubilosamente una honda misión; me voy filtrando hasta lo más profundo de seres y cosas, y allá muy en la hondura, les voy enseñando en secreto mi palabra mágica: crear. Por ella, los pobres hombres han logrado sentirse divinos unos instantes.

La brasa se removía como a disgusto, como si le fuesen faltando arrestos para replicar. El rayito de sol aproximose más, sentándose junto a ella y tocándola suavemente.

—Te estás apagando, pobre lumbrecita.

—Sí... Me hace bien tu calor... pero te aborrezco...

El rayito, acariciándola, siguió diciendo:

—Entre los hombres, tú ardes porque te encienden: tu calor no es virtud. Pobrecita, que no sabes lo que es calentar con la propia intención. Tú sabes quemar las manos; a mí me gusta calentar el ánima. Nací fecundo e impalpable, y así, puedo bajar a volverme latido en el seno de cada semilla, o caricia en las manos de los hombres.

—Ay... me apago...

—Quisiera reanimarte, respondió él— pero te has consumido.

—Sí... sólo me queda el calorcito que me estás dando...

El acaríciala más cerca, y le habla sabiendo que ya

no lo ha de entender; le habla sólo para echarle encima su aliento.

—Pobrecita, que te vas sin haber aprendido a calentar con la propia intención.

Entre las cenizas, muy apenas, se la oyó decir otra vez:

—Ay... me apago...

Ante aquella agonía, él quedó un momento mudo, esperando.

La brasa ya latía muy quedo, arropada entre su propia ceniza. Ya latía muy quedo.

Y murió así, arropada en la felpa de sus rescoldos, y confortada con las últimas caricias del rayito de sol.

*

* *

Cuando la muchacha acabó de contar, Humberto iba a hacer un comentario enfático. Pero ella se llevó un dedo hasta la boca, y lo tuvo sobre sus labios un instante. Silencio. El, un poco turbado, notó que ella adivinaba que había estado a punto de decir cualquier vaciedad. Y sin embargo, el caso era que necesitaba hablar, porque sinceramente estaba impresionado. Aquella narración, hecha precisamente por aquella narradora imperturbable, en aquel sitio de recogimiento, en aquel instante tan claro, había producido en él una reacción indefinida, una necesidad de hacer o decir algo. Algo. Alzó los ojos para verla, conmovido. Ella había quitado aquel dedo de su boca, y Humberto, sin saber qué decir, se enderezó a medias, y fué a

dejar su cabeza sobre la rodilla de la muchacha. Ella tuvo el impulso de alisar aquel cabello tenue y dorado; pero permaneció inmóvil, con su sonrisa leve y honda como de estatua de cantera oscura.

Cuando aquella actitud se rompió, los dos estaban gozosos. Después, sacaron sus provisiones y comieron, cruzando una que otra palabra y una que otra sonrisa.

—María, eres una gran mujer.

—¿Por qué?

Humberto meditó antes de contestar, y hasta que hubo transcurrido mucho rato, dijo:

—Porque hay en todas tus cosas mucha fuerza. Todo lo que tú piensas, palpita.

Ella suspiró, satisfecha, no tanto porque la halagara, cuanto por poder pensar que Humberto era capaz de situarse como un hombre inteligente y sincero.

*

* *

Era entrada la noche cuando apretujadamente regresaron a la ciudad.

Llovía un poco, y sin embargo, caminaban a pie. Las calles arboladas y sombrosas de su elegante sector residencial, dejaban brillar a trechos las aceras largas y frías. Frecuentemente, ellos sentían que sus zapatos se empapaban en los pequeños charcos de las calles torcidas. De trecho en trecho, alguna gran lámpara pública les hacía notar sus propios rostros húmedos; o algún tren eléctrico, deslizándose como una jaula de

luz, les dejaba verse, como en un relámpago, una sonrisa mojada.

La memoria de Humberto traía calcada una frase que de vez en vez, muy por lo bajo, repetía.

—"Tú ardes porque te encienden: tu calor no es virtud".

*
* *

Llegados a casa, María fué a encerrarse en su alcoba, y se empezó a despojar, sin prisas, de sus ropas mojadas. Pronto quedó desnuda.

Como a pesar de la lluvia era tibia la noche, se puso en pie, distendiéndose, levantada en las puntas de los pies, con los brazos abiertos hacia atrás, cara arriba, cual si en su estiramiento fuese a volar. Después, su actitud se aflojó; dejó colgar sus brazos y bajar su cabeza. Desnuda.

Cogió entre su mano uno de sus senos color de tierra parda. Toda ella tenía el color del suelo de un valle donde tanto corrió de niña, desnuda en los veranos, como aquella noche. Carne del color de las parcelas. Parcelas... bocas...

Con ademán blando fué a tenderse sobre su cama. Viendo cerca sus zapatos y sus ropas húmedas, imaginó que tal vez Humberto, en aquel instante, también estaría desnudo. Entrecerró los ojos; dejó de pensar un momento.

—Si yo fuese escultora...—dijo después.

Si ella fuese escultora, esculpiría un símbolo de

América. Dos formas desnudas... (Y con los ojos cerrados, hacía plástica su visión: Sobre un zócalo tosco, una figura de mujer tallada en madera de tamarindo viejo; parda, oscura, ancha, de líneas silenciosas y macizas; trazos de esos que parecen caer más abajo de donde estén hundidos los pies. Y junto, muy cerca, la figura del hombre, tallada en pino claro, recta; líneas de un afán que sube más arriba de donde acaba la frente).

Así divagando, se cubrió con una manta. Y con un día de sol y de gozo metido en su cuerpo, se adormeció.

Dormida, no soñaba nunca. Y sin embargo, aquella noche, antes de hundirse del todo en su dormir inerte, normal, soñó, breve y vaga. Soñó que a su lado yacía un cuerpo rubio y tibio, que descansaba una cabeza hermosa entre sus senos. Senos como de tierra cálida y blanda, oscura, buena.

III

LAS ALAS INMENSAS

—No seas ingenioso.

La influencia de María era cada vez más honda sobre aquel carácter de hilacho. Con minuciosidad fraterna, se empeñaba en hacer sentir a Humberto la parte de responsabilidad que le daba su propia vida:

—No seas ingenioso, porque el ingenio te sirve para esconder tus flaquezas. Eres ambiguo y superficial según te conviene; si una opinión o un propósito se te hace añicos, dejas entender que no hablabas en serio, y así crees que no fallas nunca. Sal de ese escondite. México no es todavía un país para ingeniosos; hacen más falta hombres que sepan serlo simplemente, cabalmente.

—Pero María, si yo supiera pensar como tú...

—Lo harás, si quieres. Te doy la fórmula: no hables. Tal es la primera lección: aprende a callar. La segunda lección es así: No hables mientras no tengas algo importante que decir. Tercera: Descarta el énfasis; no pretendas suplir o agrandar con exclamaciones y ade-

manes el interés que falte a tus ideas: Así se siente la necesidad de superarlas. Todas esas exclamaciones manidas, vuelven perezoso, charlatán y anodino el pensamiento.

Así, la muchacha iba rascando en todas las apostillas de aquel carácter, que se acogía cada vez a la sombra morena y cordial.

Después, empezó a hacerlo sentir la humillación de su familia, y la de él, que se jactaba de la cercanía de cierto hombre rico que les daba protección por obra y gracia de su linda tía, a la que ellos deberían protegger como a una hermana. Pero al contrario de protegerla, usufructuábanla. Había que confesarlo, y feliz él, si aún era capaz de sentir una vergüenza salvadora.

Y en casa empezaron a notar su llamita de desaprobación; empezaron a sentir incómodo a Humberto, porque analizaba, censuraba.

Era preciso trabajar. Sólo necesitaban los dos hermanos un pequeño impulso de María. Humberto estaba seguro de recibirlo.

Y sin embargo, en uno de tantos días, llegó a casa un despacho oficial, con un solo nombramiento. Y no era para él, sino para su hermano. De seguro Humberto debería aguardar para tener algo mejor, pues a su hermano le asignaban un sueldo sin importancia.

Entretanto, él se hacía más insoportable para su familia. Había pugnas, más airadas cada vez. El centro de todos los ataques, mofas e injurias era, naturalmente, María. El agraciado con el empleo, despechado por la poca monta de éste, hacía las más feas burlas.

Deslindadas así las opiniones, Humberto fué el paladín de la defensa.

Y entre los preceptos de la muchacha y las querellas exasperantes de sus gentes, fué sintiendo salir de él mismo una grata actitud hombruna. Una actitud unilateral, pero enfilada. Arremeter.

Tras de cada tremolina, se refugiaba en la habitación de ella, que todo lo sabía y todo lo tramaba. Y lo acogía, lo mimaba, y aun le daba la impresión de comenzar a admirarlo.

—María, ¿por qué me quieres?—le preguntó una vez.

—Porque tienes las manos grandes.

El meditó muy luengo rato, y dijo después:

—¿Sólo por eso?

—Sí. Y si además de grandes las tuvieses feas, me gustarías más.

—¿Te gusta lo feo?

—No; pero algunas cosas tenidas por feas dejan de parecérmelo a mí, cuando su significado es hermoso.

—Explícame.

La muchacha, como si ordenase sus ideas, tardó un poco en contestar:

—Gente de manos grandes, es capaz de los grandes gestos y de las grandes cosas. Dicen que del tamaño del puño se tiene el corazón. Cuando además de ser grandes, son nudosas, mal hechas, de coyunturas abultadas, es fácil hallar en sus dueños mucha generosidad. En cambio, gentes de manos pequeñas, son casi siempre egoístas. Los dueños de esas manos dignas de muñecas, diminutas y bien formadas, propenden a todas

las pequeñeces; y caen, si no se cuidan, en lo ruin. Si la vida los abate un poco, se gastan en lamentaciones venenosas; se mojan en hiel. Yo soy devota de las manos amplias.

Humberto estaba absorto. Hizo un instantáneo recuento de gentes cuyas manos recordaba, y le pareció desconcertante verdad la que acaba de oír. Recordó a una mujer muy elegante por quien él tenía legítima estimación. Era la única que en los salones parecía cuidar de él, atenta muchas veces a que no se sintiese desairado. Era muy hermosa; pero Humberto recordó los tonos con que toda la sociedad repetía inacabablemente: "¡Lástima que tenga tan feas manos!"

Las manos amplias.

* * *

Una noche, mientras paseaban solos por las calles sombrías de su colonia, se besaron. Y caminaron mucho, silenciosos, trabadas las manos. Más lejos, se besaron más.

Desandaban ya lo caminado para regresar a casa, cuando dijo él:

—María, ya no quiero ser un holgazán. Ayúdame a obtener trabajo en el ministerio.

Y ella confesó que nada había intentado para él.

Ante su asombro, ella agregó:

—Tú necesitas escapar de aquí.

Escapar: tal era la palabra precisa. Y puso la muchacha todo su calor en hacerlo sentir que necesitaba vaciar su vida en propósitos nuevos. Le habló de cómo las urbes embotan el sér y atascan los sentidos. En tono de apocalipsis, lo hizo pensar que tarde o temprano, un soplo de castigo borrará cada una de las ostentosas ciudades, sacudiendo sus piedras y barriendo las sombras de hombres degenerados y arteros, vacíos y medrosos. Era preciso escapar. Ella estaba por volver a las tierras de su madre. ¿La seguiría él? Allá, sería dueño y señor de ella y de un pedazo de suelo que sabría hacerse amar. Pasarían juntos una temporada que a él se le transformaría en potencia, y después, cuando quisiese, regresaría.

—Además, —agregó ella— nuestro ministro va a caer.

—¿A caer? ¿Siendo el de más fuerza política?

—Sí; es grande, demasiado grande. Y por ello resulta inadecuado. Acaso él también sueñe con sus montañas del norte. Va a caer, y quizá tú te quedases de nuevo en la calle, sintiendo un fracaso más.

Habían llegado a casa. Se abrió la enorme puerta, y María hizo a Humberto seña de seguirla. Ya en su alcoba, sacó unos papeles, y dijo:

—Escucha. Es otro de los cuentos que traduje y arreglé. Lo he recordado a propósito de ese hombre.

—¿Del ministro?

—Del ministro.

Los dos fueron a sumirse en un diván. Y antes de que ella empezase a leer, las manos de los dos se juntaron, se enclavijaron. Sentían sus ojos untados de ternura, de una cordialidad emocionada. Humberto

sentía como si el porvenir se volviese un torbellino que amenazara arrancarlo de allí. Ella empezó a leer:

Por su mala fortuna cierta urraca se encontró una vez a bordo de un buque, en alta mar. Como en torno había cielo y sólo cielo, el desventurado animal había plegado resignadamente sus alas, inútiles.

Los tripulantes la apartaban a su paso con el pie, para no aplastarla.

Un día, se escuchó en las alturas un potente graznido, que pareció llenar los ámbitos. La urraca, llena de maravilla, hurgó con sus ojillos en el azul sin fondo, incapaz de creer que hubiese un pájaro extraordinario sobre tales regiones.

Pero su maravilla creció al descubrir un puntito obscuro en el firmamento. Su propia naturaleza la ayudó a comprender que aquel punto volaba; que era un ave, como ella.

Y a partir del instante de tal descubrimiento, lo buscó siempre. Desde todos los rincones, contemplaba cómo aquel pájaro incansable seguía, en giros caprichosos y magníficos, la marcha de la nave. Por momentos podía admirarlo mejor, cuando volaba casi sobre las chimeneas.

Un día, el cielo fué emborronándose. Luego, como mojado en tinta, comenzó a deshacerse, rompiéndose con fragor. Aún se divisaba alguno que otro harapo de sol entre la tormenta. Y era cual si los vientos, aullando como animales inconmensurados, se disputasen algún pedazo de horizonte sucio, color de carne viva.

Y la urraca se contristó por la suerte del pájaro heroico, que sin duda sería arrollado y deshecho por la tempestad.

Pero con más asombro cada vez, vió al ave incansable y temeraria, sorteando el huracán; y vió cómo parecía incendiarse en cada aletazo que daba a los relámpagos.

Pasó la tempestad, y el ave milagrosa siguió meciéndose, majestuosa, sobre la claridad.

Algunos días después, se fué precisando, lejos, una lista oscura, que se agrandaba.

El animalejo del buque, sintió venir la tierra, lentamente. Un remolino de ansiedad estrujó sus alas ateridas, y la levantó en un desesperado vuelo hacia aquella playa que ya no creía encontrar.

Desfallecida cayó cerca de los primeros árboles de un bosque.

Pronto se vió rodeada por pájaros de todos los tamaños y colores, a los que, antes que las peripecias de su viaje, comenzó a narrar las inconcebibles hazañas de aquel pájaro bello y milagroso.

Y durante muchas tardes, siguió maravillando a su multicoloro auditorio con aquellos pasajes de epopeya. Les describía cómo cien titanes negros enronquecían más allá de los confines disparándole rayos, mientras honderos invisibles lo apedreaban con centellas, que el pájaro invencible despedazaba con las alas.

Un águila moradora de los contornos, se interesó también por aquella noticia y mandó llevar hasta sus picachos a la urraca narradora. Y también el águila, al oírla, se exaltó en su potestad, como un monarca

antiguo que ensoñase al conjuro de algún rápsoda genial.

Pero el asombro del bosque creció cuando una tarde, la narradora reconoció entre las nubes el vuelo del titán. Después advirtieron que semana tras semana éste surgía del océano, y cruzaba hacia unas cumbres lejanas.

No sospecharía siquiera que a su vuelo, en la penumbra, chispearan millares de ojillos diminutos; diminutas lamparitas de un culto cuyo dios era él.

La urraca era feliz rememorando que una vez había sido su compañera de viaje.

Pero en un ocaso, quién sabe por qué designios, el dueño de las alturas cayó en la costa.

De todos los rincones de la selva surgieron alados para contemplarle, abrumándolo con reverencias y atenciones. Aquella tarde se pasó como en un sueño, y a la siguiente mañana era el bosque una fiesta de alas, cantos y colores.

Pero mientras se le contemplaba devotamente, una joven guacamaya se atrevió a pensar que era feo.

Sí, sobre la tierra, su figura no tenía la gracia de sus vuelos; la joven guacamaya lo había imaginado con el contorno aristocrático y flexible de un vistoso papagayo. Un aguilucho, hubiera querido encontrarlo más altivo y dominante. La urraca misma se esforzaba para no pensar que era desmedrado. Un buho, tras de plantearle algunas cuestiones, se arrinconó a pensar que no era ningún sabio el recién caído.

La verdad, ciertamente, era tan fea como el héroe

mismo. Su figura parduzca, de líneas descompuestas y pesadas, era de un aspecto lastimoso. Cuando aquel gran montón de plumas intentó caminar, la guacamaya no pudo contener su carcajada, y otros, menos guacamayas que ella, sonrieron también, más bajo, al verlo balancearse sobre sus pequeñas y deformes patas, cual si fuese a rodar a cada paso. Sus alas eran desmesuradas, y las tenía que arrastar trabajosamente, dificultando su andar. Casi todos encontraron ridícula aquella gravedad, que les parecía como el remedo de una cosa solemne.

¡Y aquel era el retador de tempestades! Más inútil que un chorlito, allí, sobre la tierra, lo habrían acosado unos cuantos picapedreros.

Un gallo silvestre recogió los fueros de sus gallardías, y se alejó con paso alemán, seguro de que nadie, como él, interesaría a las desencantadas gallinetas.

Pasaban los días. Unos cuantos adictos le procuraban el sustento. Y aun sin tener que darse a la tarea de procurarse éste, era penoso verlo comer, con su pico extraño y deforme, nada ducho para recoger granos y gusanillos. ¡Era tan torpe sobre el suelo!

Comenzó a ser objeto de burlas y abandono. La guacamaya, siempre vestida de seda, rehuía su encuentro con un azoro de coqueta. ¡Qué desagradable sería escuchar, alguna vez, algún galanteo de tan intratable pajarraco!

Hasta unas ranas, seguras de que llegarían a su charco antes de que las pudiera pillar, se acercaron a croarle su mofa. Y le dijeron que si volaba tan alto, era sólo para que desde los pantanos no se advirtiese

su fealdad. E impunemente saltaban en su torno, barrigudas y soeces.

En su abandono, la urraca era la única que en silenciosa compañía, lo veneraba.

Por fin, en otra noche de tormenta, desapareció de la selva.

Pero su rastro dejaba, en el águila, un aliento de ímpetus remotos; en el buho un motivo de meditación, y en la urraca, una sincera y pesarosa devoción. Y como un vago desdén hacia las demás urracas que negaron la excelsitud de la epopeya. Ella lo había seguido amando, feo como era sobre el suelo, exaltada sólo por la visión de aquellas alas, en aquella tempestad.

Su reino estaba entre las nubes...

Si esta es una tragedia fabulosa en el reino de los pájaros, es de una realidad innoble en el mundo de las gentes.

Todos tenemos alas. ¿Quién es aquél que nunca se ha levantado? Hay alas con las que penosamente se alzan, de vez en vez, naturalezas jadeantes y lodosas; hay alas que se atrofiaron como las de las aves de corral, envilecidas por una mano que las lapida con desperdicios de las mesas. Hay alas que calientan y que arrullan, como las de esas mujeres que parece que tuvieran una tórtola en vez de corazón. O alas de estetas, esos hombres que, más inútiles que los cisnes, parecen no tener otra misión que la de sugerir belleza. Pero además, hay hombres con alas infinitas, hechas para los vuelos de portento; para azotar las tempestades y medir los límites. Y ¡ay

de ellos cuando caen sobre los planos comunes de la vida!

Nunca faltará en su torno la insolencia y el dengue de las ranas y de las guacamayas humanas.

Pero nunca será inútil su grandeza.

Siempre habrán dejado a ras de tierra algún germen de elevación, una nueva inquietud, un pensamiento.

Todos tenemos alas.

*

* *

Cuando acabó la lectura, Humberto pareció bajar de entre las nubes. Y con aquella supersensibilidad de hombre inteligente y flaco, un poco infantil, sentía deseos de sollozar. Bajaba exaltado. Sus ojos brillaban como los de un alucinado. Yaciendo en el diván, se asió a la muchacha en un abrazo torcido, apretadamente, con el rostro tan incrustado en ella, que podía oírle cantar el corazón.

Mucho después, aflojó el nudo de sus brazos, y con su mirada brillosa, murmuró.

—María, ¡qué maravillosa eres!

Y para sí pensaba: Será una escritora universal y única. El mundo necesita páginas así.

*
* *

Aquella vez, María sí se puso a alisar la cabeza tenue y dorada caída en su regazo. Mucho tiempo pasó, y la mano morena acariciaba, acariciaba aquel airón rubio, embrujando aquella frente preñada de propósitos, de azoros y de bríos.

IV

ALMAS AL SOL

Y escaparon.

*
* *

Dos meses después de aquella noche, realizábanse los vaticinios de María: su ministro fué cercado por las circunstancias, y dimitió.

Ella podría quedarse; pero lo único que le interesaba era partir. Humberto, ya identificado con aquella voluntad que lo imantaba, conoció un secreto: María no era sólo la secretaria particular de aquella gran figura, que a raíz de su dimisión habíase adueñado de una gran simpatía popular. No era solamente su secretaria: era su hija.

El escuchó otra historia; sólo que ya no se trataba de fantasear; era una historia con tipos de carne y alma. Y Humberto supo cómo, muchos años atrás, por una de aquellas serranías del Norte rodó un idilio

bronco. Los actores: una india de caoba, levantada, suelta, y un caprichoso y andariago regional, rico enamorado de las sierras y de su fauna humana. Y nació ella, María.

Su padre nunca dejó de buscarlas. Cada verano, cuando menos, trepaba sobre las cordilleras para llegar hasta un vallecillo que alberga una tribu intacta. Cuando fué mayorcita, él consiguió de la madre que le permitiese llevarla sierra abajo. Y sobre una enorme mula negra, con su padre, cogida a los pliegues de su chaquetón de pana, en un invierno bajó por vez primera, en ancas de aquel enorme animal. Su padre la hubiera adoptado; pero aquella india de caoba sólo pensaba en su María suelta, airosa, dueña absoluta de lo único que su madre le había podido dar: su ser. Es decir, carne y alma. Muchas veces, después, la muchacha la oyó aconsejarle en su idioma:

—Baja otra vez, para que sepas qué tan ancho es el mundo. Tu padre dice que no se le alcanza a recorrer. Y sin embargo, tal vez te convenzas de que hay más anchura aquí en nuestra cañada.

*

* *

Humberto se sentía viviendo una novela.

La muchacha le notició que el ex-ministro sabía que se estaban queriendo; que partirían juntos. Y que sin objetar a nada, sólo pidió a su hija que le llevase a Humberto.

Así, una tarde se presentaron ante él.

Era un viejo solemne. En su cercanía, las gentes sentíanse movidas a hablar en voz baja. Humberto, ante todo, se fijó en sus manos. Quizás así hayan sido las de Júpiter. ¡Qué amplias! Eran ya rugosas, pero daban una impresión como de haber sido amasadas con certidumbres. Quietas, seguras. Todo se podría intentar con unas manos así.

Y el viejo oyó una vez más los proyectos de su hija: Salir, salir cuanto antes. Irían allá, a su cañada, para saturarse de la sensación de omnipotencia que se mece en aquel aire. Humberto era un hombre de empresa. Quería trabajar, soltar allí sus ambiciones. Ante todo, sembraría. Tal vez se volviese un renombrado señor en muy pocos años. Pocos, porque pensaban regresar luego. Sólo querían templarse y reunir algún dinero, porque les faltaba conocer muy grandes pedazos de mundo. Bajarían pronto, porque además, ella tenía su libro que publicar.

Humberto asentía a todo. El viejo escuchaba, y a pesar de su rostro de roca, sonreía.

De improviso, el muchacho sintió desairada su actitud de simple asentimiento, y coloreándose hasta la frente, empezó a hablar. Era una vehemencia y un ardor que la muchacha le desconocía. Se desconocía él mismo.

Sí, él iba al norte con aquella mujer que, ayudándolo a ser sincero, le despertaba el afán de ser útil y ser dueño de su porvenir. Empezaría por cultivar un pedazo de tierra; llevaba ambiciones vastas; no sería difícil que unos cuantos años lo convirtiesen en un poderoso ganadero. Llevaba inventiva, salud, fe. Qui-

zá fuese capaz de transformar la sierra legendaria. El no era ningún fantaseador; pero no sería obra del otro mundo iniciar pequeñas obras de irrigación; quizás hasta fuese posible interesar a gentes de recursos para que lo ayudasen a trepar un ferrocarril sobre aquellas serranías; todo estribaba en estudiar la fuerza comercial de cada uno de los productos que nadie soñara explotar. El llevaba un esfuerzo, y una necesidad de hacerse hombre en el sentido más neto; quería su parte de responsabilidad humana. Además, —prosiguió, mirando de frente a aquel hombrazo, con unos ojos plenos de sinceridad— él, Humberto, que no se creyera capaz de interesarse por una mujer como María, de apariencia tan opaca, amábala ya como a su suerte. Y su más cordial empeño consistía en poderle obsequiar un hombre, que sería él mismo, con todos los atributos que una mujer debe amar.

La muchacha sonreía, con la cabeza doblada sobre el pecho. Su padre estaba silencioso. Después se le vió mover dos o tres veces la cabeza como si afirmase algo. Humberto no sabía si acababa de exhibirse como un necio, o como un ilusionado respetable por la sola calidad de su ilusión. Por fin, notó que el viejo lo veía con una especie de condescendencia paternal.

—Bien, bien —les dijo—. Ese entusiasmo los salve y los guíe.

Y aquellas manos enormes y rugosas extrajeron de los bolsillos una pluma fuente y un cuaderno. Escribió algo, y alargó al muchacho una hoja.

Por un instante, las ideas de Humberto se entrecruzaron estropeándose unas a otras. Porque era un cheque a su nombre por veinte mil pesos.

—Toma, hijo: para tu primer vuelo. No te importe caer. Una caída no es otra cosa que un deber de levantarse.

En la mente del joven hubo un instantáneo relampagueo que estuvo a punto de deslumbrarlo con una retacería de proyectos. El, con una veintena de miles, podría demostrar a todos, en la propia ciudad, que era un hombre de empresa. Pero sólo un brevísimo instante, vertiginoso, gastó entre aquellos girones de planes. Como si volviese en sí para desechar la tentación, después de contemplar el pedazo de papel que tenía en su mano, dijo:

—Gracias, señor. Pero excúseme si no lo tomo. Ella es lo único que yo necesito. —Y señaló a María, devolviendo a su padre el cheque turbador.

El viejo, tomándolo con ademán reposado, lo empezó a romper. Estaba satisfecho. Después se acercó a él, y poniéndole ambas manos sobre los hombros, dijo plácidamente después de mirar a su hija:

—Bien; llévatela.

Aunque el viejo hablaba tan poco, se tornó visiblemente afable. Siguió conversando mucho con la pareja, y ya tarde, cenaron los tres.

*

* *

Era más de la media noche cuando Humberto y María volvieron a su casa.

Para éste, todo cuanto acontecía era tan extraño, y para ella tan natural, que ninguno había pensado en una boda. El padre de María, intencional y absurdamente, se había abstenido de inquirir sobre tal punto. Humberto reparó en ello, y hasta entonces le sonó con toda su extrañeza la frase que acabara de oír: "Bien; llévatela". ¿Cómo era posible que un padre pronunciara de aquel modo tales palabras, sin inquirir sobre el matrimonio? ¿Quedaría éste sobreentendido? Así, un poco desconcertado, él propuso a María:

—Bueno, naturalmente, nos casaremos.

—No, naturalmente no nos casaremos. Tú me quieres seguir a una vida transitoria, rara y desconocida para tí. Tú, hombre de prejuicios, sentirías una esposa como una atadura; por algo tu sociedad ha llamado "esposas" a los grilletes de los presidiarios. Piensa que quizá más pronto de lo que imagines quisieras dar otro sesgo a tu intención. No, Humberto; vamos a hacer el ensayo minúsculo, dentro del que no pierda soltura tu vida. Vamos sencillamente a vivir. Lo de después, después lo definiremos.

De pronto, francamente, él tenía la impresión de estar en el cine, contemplándose como actor de una película abstrusa. El torbellino. Era el porvenir que se volvía un remolino que lo levantaba.

Y así fué como en otro anochecer, tras de ir a despedirse del padre de María, tomaron el tren del norte.

En su casa, él explicó que un encargo oficial lo obligaba a alejarse temporalmente. Lo creyeron a medias

sus familiares; pero en los círculos de sociedad, ni a medias lo aceptaron las gentes.

Muy jubilosos comentaristas empezaron a hablar del rapto de Humberto, y hubo mofas, y conmiseración, y denuestos para la época en que tales aberraciones se producían. ¡Raptos de varones! El rapto de un señorito de una de las más rancias familias.

*
* *

Tres días y dos noches de camino, cambiando trenes. Tenían que hacer de cargadores para transbordar su muy pesado bagage; tenían que esperar mucho, en ciertas estaciones, unas locomotoras que pasan tarda y eventualmente. Por fin, bajaron en un sitio en el que con furgones viejos se habían acondicionado unas cuantas viviendas, para empleados y trabajadores de vía.

El tren los dejó con dos enormes petacas sobre el suelo, y otros bultos menores. Humberto, a ejemplo de María, volvió a emprender su tarea de cargador para removerlos hasta el carro convertido en oficina de telégrafos, y rogar al telegrafista que le permitiera encargárselos.

Se sentían gozosos. Cuando salieron de la "oficina", él tomó por los hombros a María, dichosa. Y apretándola fuerte entre sus brazos, la besó muchas veces sobre la boca, sobre los ojos o sobre su cara ancha y ra-

diante. Después, la siguió por una vereda. Llegaron, tras de mucho caminar, a una planicie donde había unas docenas de chozas en torno de algunas casas de piedra o adobe, blanqueadas con agua de cal.

En aquel mínimo poblado, había gentes de muy varia catadura. Indios descalzos, con un calzón que enrollaban a medio muslo, y una pequeña cobija de lana con una abertura al centro, por donde pasaban la cabeza, y que los cubría desde los hombros hasta más abajo de la cintura. Indias de facha semejante, con una enagua de colores sucios. Hombres con pantalones de mezclilla, con pechera azul hasta el cuello, con huaraches. Otros con zapatos o con botas de minero, pantalones de pana, chaquetones americanos y sombreros de fieltro, de gran ala. Gentes amarillas, rojas, rubias, cafés, blancas.

María habló con algunos de ellos. Necesitaba comprar dos caballos y alquilar dos mulas para una jornada de catorce soles. Mientras circulaba la oferta de la compra, volvieron a la estación.

El propio telegrafista, por un peso diario, dióles hospedaje allí en su furgón, tendiéndoles, al anochecer, un colchón muy legado sobre la tarima. Y aquella noche, inopinadamente, fué la primera en que durmieron juntos. Al otro día, el telegrafista encontró un poco manchado de sangre su colchón, y les cobró tres pesos más.

Esperaron media semana para obtener, en los alrededores, las bestias. Nadie las quería vender.

*
* *

A caballo, con dos mulas cargadas y un indio a pie detrás, entraron en el desierto. Estaba bien llegado el otoño.

La primera tarde tuvieron que acampar a los cuatro vientos. En torno, hacia cualquier rumbo que volviesen la mirada, se desenvolvía una llanura de polvo finísimo, sobre el que no crecía, sino de trecho en trecho, una yerba arrastrada y parduzca. Lejos, sólo manchaba el llano alguno que otro matorral.

El indio armó una tienda de campaña. Como buen regional, iba provisto de estacas para hundir en aquel suelo arenoso, y amarrar las bestias, que por su parte, sabían beber agua sólo una vez al día, si encontraban.

Muy por encima de sus cabezas, comenzaron a amontonarse nubarrones. Pronto cayó una noche pesada. Muy lejos, por el norte, empezó a tronar un relámpago.

Encendieron una fogata, y sentados los tres en torno, sobre el suelo, cenaron sin hablar. El indio calentaba, entre las cenizas ardientes, tortillas muy gruesas; rodajas de maíz rellenas de pedazos de carne. Se oía un galopar de ventarrones sobre la llanura. Humberto, callado, entreteníase imaginando los vientos como manadas de bisontes invisibles.

Cuando la lumbre se apagó, mucho rato después, él y María entraron en la tienda, y el indio se tendió a

campo raso, para dormir y cuidar las bestias al mismo tiempo. Quizás llegase la tempestad que se divisaba, muy lejos, hacia el norte. Estaban sobre un suelo que parecía pronto a levantarse entre los vientos fríos.

María y Humberto, acurrucados en el fondo de su tienda, tenían, entre la oscuridad, los ojos abiertos. Y miraban, por entre las junturas de las lonas, las astillas de luz de los relámpagos que se despedazaban en la lejanía.

*
* *

Y sin embargo, el día fué clarísimo y hasta caluroso. De madrugada reanudaron su camino. Y empezaba a caer otra tarde, cuando llegaron a las faldas de los primeros montes. Humberto se sentía cansado, pero fuerte y gozoso, como si por dentro se le ensanchara su pobre pecho enjuto. Le dolían las piernas, tanto tiempo arqueadas sobre su cabalgadura; pero no lo confesaba. Aunque al segundo día se vió a punto de pedir una tregua, aguantó el tercero, y hacia el cuarto, ya sintió como si se le disminuyese la fatiga.

Más y más jornadas. Sentirse sucio era lo único incómodo. En siete días no se lavó siquiera la cara. Sin embargo, dispuesto mentalmente a encontrarlo todo bien, empezó a notar que era agradable sentir el rostro duro, aterroso, atesado y como bruñido por los vientos. En su placidez, se sentía fuerte, nervudo, como si sus nervios hubiesen sido lavados en algún tónico clarísimo. Nervios, hebras de sol.

Muy poco se hablaban. Los hombres de aquellas regiones tienen muy poco que decirse, a diferencia de los surianos. cuya propensión a parlotear los hace embusteros, difamadores, cínicos y payasos.

Ya habían trepado sobre el dorso de tres o cinco montañas, por veredas que se retorcían entre desfiladeros o se escabullían entre rocas y arboledas.

Silenciosamente, sobre su caballo, Humberto pensaba:

—Esto es cabalgar. ¡Qué cosa tan distinta de lo que entienden los elegantes citadinos! Jinetes maquillados y dispépticos que salen de sus camas con la boca agria; comienzan a acicalarse, y una hora después salen al fin, convertidos en figurines, para montar, luciendo por el Paseo de la Reforma un caballo que muchas veces vale más que ellos, y sobre el cual realizan un deporte que pudiera llamarse "sube y baja de glúteos distinguidos" ¿Qué harían, los pobres, si se les obligase a tan aristocrático trote inglés en una caminata de muchos días?

Cuando se apearon para comer y descansar un poco, hizo a María su comentario. Y entre sus risas, ésta notó, satisfecha, el afán que él ponía en desasirse mentalmente de su mundo metropolitano.

Al día siguiente, paso a paso también sobre su caballejo, él pensó en las diversas sensaciones del que viaja, según los medios que use. Para el que va en un avión, ¡es tan sencillo desplazarse de un lugar a otro! Abajo, se ve la existencia como la información gráfica y panorámica de un periódico: Allá, aquel insecto que echa un humito negruzco, es una locomotora que ja-

dea; ¡y qué lentamente se arrastra sobre la cinta de la cual, desde el avión, se distingue un tramo inmenso! Acá, una parvada de peones cosechando, con unas manecitas microscópicas, pequeñísimos granos que amarillean; melones, tal vez. Más allá, un desmoronadero de migajas de lana que se mueven: Ovejas, que tardarán medio día en avanzar un palmo que distan del redil, que se ve también en miniatura. Y se tiene la sensación de que todo es tan fácil; de que en bajando, todo nos será hacedero. Una ilusión de omnipotencia.

Viajar en automóvil es distinto. La propia disposición de los asientos obliga al individuo a apoltronarse. La forma del espaldar impone cierta insolente comodidad. Como el que lleva el volante es el que guía, nosotros, atrás, podemos dedicarnos a urdir, a planear cómo se puede conquistar un mercado, un público, un mundo.

Viajar a caballo es más hermoso. Desde luego, más individual. Las riendas en el puño hacen cierto instinto autoritario. La fantasía antigua, maravillosamente concibió el centauro. No hay buen jinete que por momentos no sea centauro, es decir, que no sienta como parte suya a su caballo; como que el sistema nervioso del hombre, en ciertos trances, se prolonga hasta el cerebro y hasta los músculos del animal. Pero aparte fantasías, lo cierto es que quien cabalga, va sobre una sensación de brío, de virilidad. Sin caballos, las amazonas no habrían existido; tales hembras habrían quedado en el fondo de sus cuevas, cociendo raíces y asando pedazos de carne de reno. Allí habrían

esperado al cazador greñudo para surcirle las pieles con que cubriera su torso, y que acaso se le hubiesen desgarrado entre los filos de una roca o entre los dientes de algún oso. Pensando en las amazonas, podría decirse que un caballo es algo tan virilizante, que en los campos mitológicos constituyó un peligro de volver masculinas a las mujeres; pues hasta, so pretexto de mejor tirar el arco, se amputaban uno de los más primorosos signos de feminidad.

Ir a pie, es lo más natural y lo más vario. Puede producir muy diversas sensaciones. El que pulula presuroso por ganar unas monedas en cualquier tráfico, jadea y trota, así le duelan los pies. A cada instante encuentra relojes públicos que le hacen la impresión de guardias que lo vigilan y le repiten con sus martillazos: "¡las once!", "¡las tres!", "¡no acabarás hoy!"

A pie, hay otros que van filosóficamente despacio. Si se cansan, se sientan. Paso de hombres serenos y meditabundos.

Y por último, seguramente también podrían clasificarse en una serie los que además de ir a pie, descalzos, van cargados. Los que caminan con una carga a cuestas, con la cabeza aplanada, deformada por los lazos o "mecapal" que sostiene el fardo sobre sus espaldas, ¿cómo pensarán? ¿pensarán? La frente les sirve para sostener con el cuello curvo y tenso, lo que llevan encima. Esas frentes se achatan.

Iban en este punto sus meditaciones de aquella tarde, cuando se detuvieron para acampar.

Apenas oscurecido, ya estaban cenando, y muy poco después, bajo la gloria de una fatiga plena, estaban dormidos.

Y el alba los encontró nuevos, muy juntos y murmurantes en el fondo de su tienda. El paraje era grandioso. Y sin prisas, sintiéndose tan juntos y cordiales, decidieron perder un día de caminata, sin tener por qué, simplemente porque hay parajes que invitan a la quietud.

Era un roquedal de tonos fuertes, que parecía disputar espacio a los apretados manchones de árboles que volvían umbrosas las vastas cuencas del panorama. Conjunción de dos naturalezas. Rocas partidas mostrando caras de un color de ocaso seco; otras blancas y atrevidas, de pie, enjutas y desdeñosas y como en actitud de caminar. Por las hondonadas, abajo, por las laderas, arriba, por todas partes, de trecho en trecho, se erguían aquellas desdeñosas piedras blancas. Parecían mujeres altas que envueltas en velos claros, caminaran, sonámbulas, por el paisaje. Había también moles que ni los cíclopes podrían conmover. Moles fantásticamente ventrudas; con unos vientres veteados de negro y de ocre.

El campamento estaba al pie de una escarpadura gigantesca, en cuyo remate asomaba un peñasco redondo, oscuro y crespo, que daba la impresión de una enorme cabeza curioseando a los tres minúsculos viajeros que se habían detenido en el fondo, y que de seguro se veían más insignificantes que sus caballos.

Una cabezota impresionante y mirona, como de cuarenta toneladas.

En los tramos boscosos, había árboles confiadamente centenarios. Quien se tendiese en tierra, podía verles ocupados en barrer con sus ramazones el cielo.

Humberto y María experimentaban la necesidad de ser inmóviles, callados. A pesar de que por las alturas vagaba un sol grande y limpio, el ambiente era templado.

Después de mucha contemplación, sintieron ganas de vagar. Y perdiéronse entre los roquedales o por entre recintos custodiados por eucaliptos o por robles atléticos, que en mitad del otoño, dejaban caer hojas y torcaces. Una que otra torcaz, porque las aves eran escasas.

Y así pasaron las horas, trepando sobre promontorios que a veces fingían monstruos dormidos; y amándose bajo la protección de los dioses montañeses, entre la hojarasca olorosa a fecundidad.

*
* *

En el atardecer de aquel mismo día, sentados ya junto a su tienda, Humberto recordó sus elucubraciones. No desperdiciaba una, en su afán de que María lo tuviese por un sér pensante. Orgullosamente le habló de cómo deben pensar los que viajan, según sus medios de transporte.

Los que caminan cargados.

Y María tomó el tema:

La América fué un continente en el que los hombres tenían que hacerse servir sólo por hombres. Tierras intrínsecamente propicias para la esclavitud. Habría que estudiar si la civilización de que se jactan en otros continentes, no fué resultante de las bestias primero que de los hombres. El hombre, en cualquier latitud en que haya aparecido, instintivamente ha procurado conquistar fuerzas naturales. Ha sido un maniaco de la tracción y del dominio. En otros continentes, la esclavitud estuvo siempre en relación con la escasez o profusión de animales útiles. Cuando los caballos y los bueyes quedan al alcance de cualquier mortal, los esclavos ya no resultan indispensables, y la humanidad se avergüenza de haber sido inhumana. Pero el espíritu maniaco, hurga, preocupado. Conquistada la fuerza más visible y palpable que es la animal, se detiene y cavila sobre el agua que se mueve y sobre el aire; y a poco se construyen ruedas hidráulicas y molinos de viento. Y encadena el vapor, y horadando la tierra, por arte de una magia que se aprende en las universidades, sorprende la fuerza de lo inanimado. Y un olor a petróleo enloquece al mundo. Mañana, el petróleo caerá en desuso, porque ya se estudia la forma de conquistar los rayos cósmicos, que se expenderán en breve. Y por último, dicen que se construirán máquinas que se moverán con la energía de las mentes humanas. Esto no es nada inverosímil, puesto que ya conocemos hombres que producen con el imán de sus mentes fenómenos de levitación. Tal vez hasta entonces la naturaleza humana se aquiete; cuando el hombre sepa perseguir y encontrar dentro de sí la fuerza

que hasta hoy ha tenido que buscar en todas partes, excepto en lo que está tan cerca de él como su propio cráneo.

Este continente no produjo bestias, y los hombres han tenido que suplirlas. Unos hombres tenían que someter algo, pero sólo estaban a su alcance otros hombres. Con instinto domeñador, unos han esclavizado a otros; los han sacrificado, y a veces hasta digerido. La liberación de los hombres de América la trajo Hernán Cortés; empezó con la conquista, porque con ella vinieron las desconocidas bestias de carga.

Humberto la oía con su habitual atención, y durante un breve silencio, pensó: Mi hermano reiría de mí si le dijese que estoy con una mujer tan maravillosa como un libro sonoro. Pero a despecho de mi hermano, es esta una gran mujer. Su libro la hará famosa; en unos cuantos años la conocerá el mundo entero.

Se acercó a ella, sentándose muy junto, y sin decir palabra, le tomó una mano; se la besó, y le dijo después:

—María, gracias por haberme traído.

Ella acarició una vez más aquella cabeza hermosa que apretó entre sus senos, maduros de dicha. No se cansaba de contemplar aquellos ojos perla que la miraban con azoro.

*
* *

Con luz borrosa todavía, al amanecer continuaron la caminata.

De vez en vez, habían encontrado chozas misérrimas, sin morador alguno, por más que se veían ciertos menesteres domésticos, aparatos de labranza y aun rescoldos calientes. Cerca de tales chozas, veíanse pedazos de tierra cultivada, a veces con rastrojos en pie. Pero ningún sér viviente. Si acaso, algún perro ladraba desde muy lejanos breñales.

Era seguro que dos o tres pares de ojos humanos espiaban desde algún matorral, o desde el repliegue de alguna roca.

Eran indios que jamás se acercarían a ningún extraño de los que acertaban a pasar por allí. La sierra, aunque casi despoblada, bien hubiera podido ofrecer a los caminantes ocasión de topar con dos o tres centenares de gentes. Pero jamás lograrían ver una sola. ¿Un censo? Ni con un escuadrón para perseguir a los moradores de tales tierras. Sería como querer empadronar a los duendes de una montaña encantada.

Sin embargo, era seguro que en aquella hora, de un confín a otro de la región, se sabría que caminaban por allí gentes de tales señas y con tal rumbo.

Cuando el indio que los seguía tras de las bestias regresase solo con las dos mulas, encontraría poblada la misma ruta al parecer desierta.

* * *

Durante el último día de caminata, el paisaje fué otro. Descendían. Las curvas de los montes eran suaves. Pocos tramos boscosos y vastas colinas tersas de

césped. Por fin, desde lo alto de un monte distinguieron, abajo, el valle umbroso, salpicado de altas rocas rojizas, y con paredones entre los cuales se contorsionaba un río. Desde lo alto del monte, María contempló todo, inacabablemente, antes de seguir hacia allá. Abajo, se veían centenares de viviendas desperdigadas. Se divisaban, muy lejos, algunas docenas de chozas hirsutas, como minúsculas arañas de paja trepando por los lomeríos. Algunas parecían querer esconderse entre pequeños manchones de árboles.

Y bajaron. Aun era pleno día. A la muchacha, a pesar de su gesto apacible, le sonaba fuerte el corazón.

Las primeras chozas estaban desiertas; pero hacia el fondo de la cañada, descubrieron un grupo inmóvil de más de cuatrocientas gentes. Hombres, niños, mujeres, viejos, todos parecían esculpidos en bajo relieve sobre el paisaje: tan inmóviles eran. De pie todos. Los hombres con los brazos cogidos sobre el pecho.

María se adelantó, y ante aquella multitud hierática, tendió muy en alto su diestra y pronunció algunas palabras que Humberto no conocía. Como si hubiesen tenido tales palabras la virtud de mover rocas, aquel conjunto se animó, y se produjo un rumor que subía. Y de entre aquel hervidero oscuro, salió una vieja jubilosa. Todos enmudecieron nuevamente cuando se adelantó hacia la recién llegada, que se inclinó cuanto pudo ante ella, unciosa. Era la madre. Como en un rito, le puso su mano sobre la cabeza, y así permaneció hablando quedo. Era alta, recta, de ca-

ra enjuta y pómulos huesosos; de cabello renegrido aún, lustroso. Humberto, a distancia, no vió más, porque la muchedumbre se fué acercando y se apretó en torno de las dos mujeres.

Luego, muchos se movieron hacia él; hiciéronle un saludo reverente, y con palabras sueltas, lo hicieron bajar de su caballo, y seguirlos. Lleváronlo bajo una especie de kiosko de paja, y lo hicieron sentar. Por los ademanes y las sonrisas duras que advertía en torno, notó que les era grato. Pero su situación era embarazosa, pues no sabía qué hacer ni qué preguntar a aquellas figuras que de pie ante él, cruzadas de brazos, hacíanle muda compañía.

Oscurecía, cuando por fin su mujer salió a buscarlo. Y lo condujo a presencia de la india madre, advirtiéndole que al llegar, se inclinara como ella lo había hecho.

Y un momento después, en la penumbra de un recinto con paredes de adobe y techo de terrado, sentía él sobre su cabeza la mano de aquella estatua viviente que lo acogía, silenciosa.

Luego sentáronse los tres sobre unas esteras de palma. La vieja, con unas cuantas palabras, quería dar a entender al dueño de su hija, que era grato.

En un rincón, ardían rajas de madera resinosa que una indita friolenta removía, y que alumbraban con resplandores desiguales la estancia.

Y los tres, durante mucho tiempo, seguían sentados sobre sus esteras, sin hablar.

Humberto sintió gran alivio cuando se trató de la cena. Y se levantaron para volverse a sentar cerca del

rincón crepitante y luminoso, para yantar. Pedazos de carne asada; gruesas y oscuras rodajas de maíz, y jarros con leche de cabra, muy caliente. Equidistante de los tres, un enorme queso del que cada quien arrancaba pedazos con la mano.

Dos o tres veces el muchacho había oído de aquella boca de líneas apretadas y duras:

—Tú, dueño de mi hija. Te dejamos vivir con nosotros.

Cuando hubieron comido su ración, los tres salieron. La madre iba entre los dos, atenta a las constelaciones que palpitaban sobre el cielo oscurísimo, que pesaba de astros.

Después de rondar un poco bajo los árboles, cuando volvieron a la casa de adobes, la mujer silenciosa, delgada y recta, llamó a la indita que atizaba la lumbre en el rincón. Y cogiéndola de la mano, desaparecieron ambas.

María empezó a disponer su lecho al ras, para dormir allí, sobre las mismas esteras, con una gran cobija de lana para arrebujarse. La puerta no era puerta: era simplemente una entrada. Y un viento muy templado se metía. De por allá, montes muy arriba, llegaba, de vez en vez, un aullido macabro de coyotes.

*
* *

Humberto, ya bajo la gran cobija, pensaba ansioso en el amanecer. ¡Todo le era tan extraño! Pero él estaba allí dispuesto a encontrar todo bello. Se asió a su

mujer, y ella, asimismo, se le ciñó a los hombros. Se besaban en la oscuridad. Los dos creían que les era indispensable el amanecer, cuando en verdad sólo necesitaban una noche como aquella, pesada, tónica. Una noche que se les metía en los ojos como tierra.

Y por fin, sintiendo como una bendición la fatiga de su última jornada, se empezaron a hundir como en un mar negro y tibio, hasta caer al fondo de un sueño vasto, sin playas... vasto...

V

TENEMOS BALSAMO DE FIERABRAS

Y corrió la vida. Humberto se soñaba casi un señor feudal. Con los ahorros de su mujer, había hecho llegar del otro lado de la frontera ejemplares de un ganado precioso que se multiplicaba sobre la serranía.

El señor se pasaba horas enteras en contemplación de aquellos enormes toros blancos, fuertes como rocas en marcha, pero mansos como niños. Echados, eran una gran mole que rumiaba ¡Y cómo los lamían allí aquellas vacas de ojos azules y enormes! Ojos nítidos casi del tamaño de un puño.

Por las noches, Humberto, con sus carnes apretadas de sol y fatiga, ya casi nunca soñaba. Pero cuando solía suceder, sólo soñaba partos, mugidos, becerros; más, más becerros. Un horizonte de reses. Y al amanecer, ya bien despierto, seguía soñando: Había que aproximarse al ferrocarril, ya que el ferrocarril, por lo pronto, no quería subir a la montaña. Era preciso montar una fábrica para explotar aquel río de leche.

Ya no sabían qué hacer con tanta. Estaban anegados en leche. Todas las gentes comarcanas bebían hasta hartarse; hacían quesos y otras cosas; pero aquel río crecía.

Una fábrica. ¡Naturalmente, una fábrica! Una empacadora. Una tenería para aprovechar todos los cueros. Y una máquina para hacer botones y no desperdiciar ni los cuernos ni las pezuñas.

Pronto se oiría hablar de él, en el país, como de "el dueño del Norte". Un hombre poderoso y feliz. ¡Ah, sí! De pronto hasta olvidaba que era feliz, y que tenía dos hijos. Y naturalmente, una mujer: aquella María que sólo por él era dichosa. Era muy inteligente, pero no tenía nada de mentalidad occidental, nada de inventiva.

Por meses enteros, él se olvidaba también de la otra rama de su familia, y cuando la recordaba, siempre tenía un interno escozor. Porque lo que había sucedido era feo: no había transcurrido siquiera un año desde que él los dejara, cuando le llegó noticia de la muerte de su madre. Una noticia en bruto, rezagada, ambigua. Y Humberto había emprendido un viaje a la Capital. El camino fué desesperante lento y largo: estaba encima la temporada de lluvias, y tardó casi un mes en salir de las sierras. Como entonces aún no era poderoso, llegó a México cansado, triste y con unos cuantos pesos.

Y a nadie de los suyos encontró. Su hermano y la Vita, con dineros quién sabe de quién, se habían despedido de sus amistades. Se rumoró que irían al Canadá, en donde (según se "calumnió" más tarde) ella fué a dar a luz una criatura.

Así fué como Humberto, con luto, con vergüenza y con mala ropa, se sintió segregado. Y una noche, en el cuarto de un hotel, renegó de todo. A la mañana siguiente, fué con una brazada de rosas al cementerio. Unos rezos, unos cuantos lagrimones, y volvió a errar por las calles como un desconocido. Se sentía extrañamente extraño a su ciudad. Acaso las gentes se burlaban de él. ¿Rostros conocidos? ¡Sí! Con algunos topaba. Pero tras de un sobresalto de alegría, él apegábase a la pared, escurriéndose con disimulo. Si lo vieran, quizá le preguntasen por la Vita, de quien cualquiera sabría más que él.

Y tuvo miedo a los días. Aquellos días que amenazaban empequeñecerlo, humillarlo. Se le juntaba en la boca demasiada saliva. Y era una saliva como con sal.

Anochecía. Se vió en los cristales de un escaparate; feo, amarillento. Fué al hotel por su petaca, y a pasos largos entre el enjambre de luciérnagas eléctricas; entre los fanales y pitos de automóviles; entre el hervidero humano de la metrópoli, avanzó presuroso. Le bullían en la frente pensamientos beodos de olor a gasolina; las calles eran como largos tentáculos de luz, por entre los cuales iba escurriéndose él, a grandes zancadas, con su fardo de cuero, para llegar cuanto antes a la estación, acomodarse en el primer tren, y salir para el norte.

* * *

Ahora, aquello estaba lejano. La ganadería era su futuro. El era ya un señor de la comarca. Se había vuelto ancho de hombros, fuerte. Quizás hasta había crecido. Los aires resinosos le habían lavado los pulmones, y las distancias le habían timbrado recio la voz.

Sucedió, sin embargo, que el señor tuvo que ir concediendo importancia a cosas que nunca la habían tenido: era natural que hubiese lobos entre las serranías; lobos, tigrillos, unos cuantos osos y otras bestezuelas que de vez en vez cometían algún desaguisado. Pero resultó que a medida que el ganado se multiplicaba, surgían de los montes más y más animales de presa, que en proporción alarmante mataban reses y uno que otro pastor.

Entonces Humberto se vió en la necesidad de adquirir un buen número de carabinas para sus hombres; pero las fieras seguían reproduciéndose diabólicamente. Por las noches, en torno de los campamentos, se apretaban cadenas de aullidos, que sólo entrecortaba algún disparo.

La madre de María, con tres o cuatro viejos de la tribu lo comentaban en cuchicheo, y sonreían como a sabiendas que todo aquello tenía que suceder.

Aquella mujer se llamaba Yoma, y era, en verdad, el alma de su tribu. Una especie de mentora y consejera, que en unión de tres o cuatro viejos tenidos por

hechiceros, ejercía una autoridad moral sobre las gentes. Ella, a la sombra de un amplio roble, tenía una especie de escuela que se abría a los cuatro vientos. Muchos niños ocurrían a aquella mujer que sentada junto al enorme tronco, los entretenía con muy diversas pláticas en su lengua nativa. (Una lengua rudimentaria que Humberto había tenido que aprender.)

Yoma les enseñaba lo que pudiera llamarse la teoría de aquel vivir montaraz y vasto. Además, en ocasiones los enseñaba a hilar, a remendar pieles, o a saludar a los mayores; a conocer en el cielo los barruntos de lluvias o de vientos, a no temer a los fantasmas, y a cien cosas más.

Humberto la espiaba siempre con curiosidad. De recién llegado, le llamó grandemente la atención verla enseñando a un corro de muchachos cómo cocer una ración de carne, sin tener vasija alguna de barro u otra cosa que resistiese el fuego. Sólo disponían de grandes calabazos huecos, en que echaban los pedazos de carne en agua. Cavaron un hoyo en la tierra y fueron llenándolo de troncos, enmedio de los cuales colocaban unas piedras azuladas y redondas. Más leña encima, y lo encendieron. Horas después, con unas horquetas comenzaron a sacar, una a una, las piedras, rojas, candentes; y las hundían en los grandes calabazos entre el agua con carne. Y así pronto la hicieron hervir, logrando una cocción perfecta, aunque el agua quedara turbia de ceniza. Por orden de la maestra, todos los niños corrieron a sus jacales, para volver con unas tortillas y un puñadito de sal, y se pusieron a comer el resultante de aquella lección.

A veces, los enseñaba a rezar a su manera.

Por las noches, en torno de la lumbre, Humberto gustaba de oírla hablar de Dios. ¿Existe Dios?

Y en su lengua nativa, contestaba como han contestado todas las añejas filosofías de todos los rincones del planeta:

—¿Y quién, si no, habría inventado a los primeros hombres o creado las especies iniciales? Pero Dios, de tan grande y tan viejo como se hizo, dejó de ser palpable; tuvo que perder su forma para poder estar en todo.

—¿Entonces es lo que llamamos vida?

—No; la vida es sólo su aliento. El existe, además. Lo sabe todo, lo ve todo. Aprecia grandemente a los hombres que nunca han temblado: por eso los que mueren con arrojo suben hasta El. Y El les sonríe, haciéndoseles visible; y se hacen también visibles sus manos inmensas, entre las que toma el ánima de los difuntos valientes. Y al salir de sus manos, el ánima ya no se esfuma, así cruce por entre los huracanes.

—¿Y el alma de los miedosos?

—Esa se pierde, se deshace en el viento.

—¿Y los valientes quedan con Dios?

—No. El cielo sería entonces un recinto de tontos holgazanes, que se desvanecerían de aburrimiento. A cada uno, Dios le obsequia una montaña, o un valle, o un poblado, del cual van a enseñorearse como espíritus o genios que se ocupan de favorecer o castigar a los mortales de su jurisdicción.

Humberto se explicó entonces la sonrisa desdeñosa y dura con que se dejan matar algunos indígenas, que

no pueden arredrarse ante la idea de recibir unas cuantas balas sobre el pecho. Unas cuantas balas que han de tener la virtud de volverlos señores, amos de un dominio así.

Y la vieja, con el rostro relampagueante por el fulgor de los leños encendidos, seguía predicando después de dar unas mordidas a su rodaja de maíz. Humberto traducía para sí, rápido, lo que iba oyendo:

—Las gentes, para vivir, necesitan dos cosas: Dios y pan. Quienes sólo tienen Dios, a veces mueren con el estómago pellejudo, vacío.

—¿Y por qué El los deja morir?

—No les tira pan desde el cielo, porque no gusta de los inútiles. ¿Crees que debía engordarnos como esas gentes que crían gallinas en sus corrales y las mantienen mientras las engullen? ¿Crees que Dios se ocuparía de engordar cerdos?

Después de un prolongado callar, agregó:

—Pero hay gentes que sólo buscan pan. Y aseguraba mi abuela que el pan sin Dios se vuelve peor que lombrices y pudre el vientre. Pan de ricos.

—¿Es malo?

—Es malo.

—Pero es que los hombres deben ser ricos para que nunca les falte qué comer.

—No. Eso sólo se piensa en las ciudades. En las ciudades se enturbia Dios. La mejor compañía de los hombres son los árboles. La comida del pobre en el campo, es muy dura de ganar, pero sabe a risa y a fuerza. La del rico está allá, amontonada, como en los pesebres se amantona el estiércol; hay para har-

tarse, pero sabe a bilis. Aquí, los pobres se quejan porque de vez en cuando se quedan sin comer. Allá los ricos maldicen porque no pueden exonerar.

Yoma, aparte de saber hablar dogmáticamente, conocía todos los secretos del "peyote". Aquello era lo más importante, pues el "peyote" era la bendición o la maldición de las gentes. Pequeña cactácea que se irgue aproximadamente un palmo sobre el suelo, se ingería masticándola, o en infusiones, o se aplicaba en forma de ungüento. Se la utilizaba para curar, siendo la única medicina que a diferencia de cuantas existen, en ocasiones no era ingerida por el paciente, sino por el curandero.

Yoma, con los ancianos de la tribu, que todo el año habían cuidado en el cielo el rumbo de los vientos y las lluvias, sabía hasta por qué lugares se debían encaminar con la gente, en la estación propicia, para cortar la tal panacea. Era sabido que no bastaba con que el "peyote" fuese tal para que surtiese sus cabales efectos. Había regiones desérticas, con cactus de savia pura. En otros sitios, se producía también, pero sus efectos eran inseguros, de mala ley. Se debía cortar en una fase exacta de la luna, y así era tan sagrado como el dios Jícuri. Y según la dosificación, servía para volver clarividentes a los hombres, o para alimentarlos, o para embrutecerlos como cualquier estupefaciente. Sólo por obra del "peyote" eran comunes los casos de los "correos" serranos, mozalbetes indios que duraban tres o cuatro días trotando sobre las sierras, nevadas a veces, sin otra cosa que su pe-

queña cobija de lana encima. Colgado al hombro, un morralito con "pinole", aquel polvo de maíz endulzado, que comían a puños cuando topaban con algún manantial. Aquellos incomparables corredores usaban, para sujetar su calzón, una faja de color arrollada a la cintura; y entre los pliegues, invariablemente se les hallaría peyote. Cuando tras de correr días enteros flaqueaban, mordían la "yerba" prodigiosa, o se la untaban en los pies sangrantes y en las articulaciones doloridas. Pequeño cactus maravilloso de cuyas virtudes nunca hubiera dudado el Quijote: Estos indios conocen el propio bálsamo de Fierabrás.

Año tras año, el corte del "peyote" era un acontecimiento. Se emprendían luengas caminatas a pie por entre los peñascales, los barrancos y los bosques de pinos, y después por los desiertos. Muchos días.

Al encontrar los brotes propicios, acampaba la comitiva, y al amanecer, con el sol muy tierno todavía, se cortaban los primeros. Había cantos, coros pesados; ceremonias lentas y silenciosas, y por fin, regresaban con su precioso cargamento. Durante toda la estación, seguían viéndose por los claros de la sierra hilillos de gente, procesiones que acudían al sitio señalado para abarrotarse de aquel dón. Era preciso proveerse para todo el resto del año.

Yoma era también la curandera. Ayudaba en sus partos a todas las mujeres, aunque bien sabían parir solas, si la ocasión llegaba. (Aquellas hembras, sanas y elementales como cabras, ofrecen el espectáculo frecuente y asombroso de dejarse ver trotando por las veredas dos días después de sus alumbramientos, con

el recién nacido atado a la espalda y algún haz de yerbajos sobre la cabeza). De todos modos, Yoma asistía a casi todas las parturientas; cortaba el ombligo a los recién nacidos, y lo iba a enterrar en el lugar propicio, en donde más tarde él haría su jacal. Ella sabía de memoria en qué lugar estaban enterrados los ombligos de casi todos los adolescentes comarcanos. Era Yoma también la que asistía a los agonizantes. Y sabía el rezo que se debe decir a los difuntos al echarles el primer puñado de tierra.

Bajo los auspicios de figura tan importante, Humberto realizaba cuanto quería. Pero el señor imaginaba que todo era por obra de una facultad suya, una capacidad de dominio que se despertaba en él. ¡Los indios lo servían, le velaban el pensamiento, porque él estaba hecho para imponerse! Hasta su mujer, tan personal, tan inteligente, se tornaba sumisa. No en balde él sentía cantar en sus venas una sangre nórdica; sangre de hombres nacidos para subyugar.

* * *

Había que acercarse al ferrocarril. Le faltaba gente. Apenas si, convertidos en carabineros, tenía pastores para mal defender el ganado. No obstante, inició la bajada. Escogió cien reses, con el propósito de llegarlas hasta la vía y embarcarlas rumbo a la Capital, donde las vendería a gran precio, para arbitrarse algunos fondos. Era el principio de su fortuna. Traería gentes menos taimadas; servidores más activos e inteligentes. Pronto empezaría a montar su fábrica; quizás hasta le conviniese comprar varios furgones de ferrocarril, que en poco llegarían a México, con su nombre grande, del tamaño de cada furgón.

Empezó la jornada. ¡Qué primorosos ejemplares de reses! Humberto iba a caballo, adelante, con dos pistolas al cinto; y sentía el ansia de no poder ir más de prisa. Atrás, el ganado, parsimonioso, pesado, apenas si se movía sobre las distancias. ¿Cuánto tardarían en acercarse hasta el ferrocarril? Ya bajando de la sierra, en la travesía de las grandes llanadas, quizá se le muriesen de sed unos cuantos toros; pero si tal acontecía, para bajar después un número mayor, le bastaría con esperar a que cayesen unos cuantos aguaceros.

Todo le parecía realizable. El era la omnipotencia a caballo.

Y aconteció que en el segundo día de camino, cerca del atardecer, uno de los más primorosos toros se desbarrancó. ¡El que más envidias hubiese despertado entre los ganaderos de la Capital! Casi todos habían podido sortear un mal paso, estrecho y pedregoso, en la cresta de un desfiladero, cuando el último animal perdió pisada, resbaló, y no hubo modo de detenerlo. Entre gritos de los arreadores y mugidos de reses asustadas, rodó el animal, estrepitoso, y despedazándose de pico en pico, fué a caer hasta el fondo arenado de la barranca.

Humberto, sin poder galopar entre aquel desorden de cuernos y bramidos, llegó al lugar en que habían quedado los arreadores viendo por el barranco. Jamás habían visto señor tan encolerizado. Llegaba en un

arrebato de furia escupiendo insolencias, y con ánimo visible de castigar a alguien. Rápido, sin oír explicaciones, distendió un foetazo sobre la espalda de uno de aquellos hombres. Se apeó de su cabalgadura, y como otro de ellos tratase de explicar mejor, recibiólo con un formidable puntapié que hizo retroceder al indio, para caer a dos o tres pasos hacia atrás.

—¡¡Imbéciles!! ¡¡Ya estoy cansado de pendejos!!

Y parecía temblar de rabia, mientras echaba salivazos e injurias.

—¡¡El mejor toro!! ¿Para qué servirán ustedes?

Después de asomarse una vez más por el desfiladero, agregó, viendo que las demás reses se dispersaban:

—¿Y ahora qué hacen allí como monigotes? ¡¡A juntar ese ganado!!

Los hombres no se movieron. Se miraron unos a otros, y luego, sombríos, se apartaron un poco. Un instante después, también los que iban en la delantera empezaron a llegar. Humberto notó que se confabulaban. ¡Indios taimados! ¡Estaba él para tolerarles rezongos! Se acomodó sus dos pistolas que llevaba al cinto, y se llegó hasta el grupo. Pero antes de que abriera la boca, uno de los arreadores dijo:

—Aquí te quedas.

—¿Me quedo?

—Sí. Indios pendejos no gustan azotes. Se van.

—¡Eso será si yo lo permito!

Y por su frente le pasó un relámpago rojo. El necesitaba que de un rincón a otro de la sierra sonase la voz de su autoridad, de la que era preciso hacer una

demostración, costare lo que costare. Si flaqueaba una vez, se desmoronaría su dominio. Ellos repetían:

—Indios pendejos se van.

—¡De aquí no vuelve uno! ¡Ese ganado no se puede quedar solo en esta sierra!

Y desenfundando una de sus pistolas, gritó:

—¡¡A juntar ese ganado!! ¡¡Aquí no dejaré pasar uno solo de ustedes!!

Instintivamente desenfundó la otra pistola y comenzó a dar pasos hacia atrás. Llegó así hasta una roca que había precisamente a un lado de la garganta por donde se metía la vereda que pasaba sobre aquel desfiladero. Para que alguien regresase, era forzoso pasar frente a la roca, tras de la que el señor se había parapetado, y se desgañitaba.

—¡¡A juntar ese ganado he dicho!! ¡¡Nadie pasa aquí!!

Los indios, después de mirarse unos a otros, se enfilaron lentamente y avanzaron hacia la roca.

—¡¡Atrás, malditos!!

Ellos no contestaban, ni se apresuraban. Pero no se detenían.

—¡¡Atrás, idiotas!! ¿No ven que los voy a matar?

Otra vez por la frente del señor pasó, más brillante, el relámpago rojo. Un relámpago de desesperación. Ya estaban a tres metros.

El más viejo de los indios, a quien llamaban el Tío Cleto, venía delante, mudo, con una sonrisa ambigua. Quizá se burlaban de él, a sabiendas de que no los mataría. Humberto se sintió ahogándose en una nueva ola de cólera.

—¡¡Atrás, idiotas!!

Y el Tío Cleto sonrió más desesperantemente:

—Tú matas; pero indios pendejos se van.

Frente a un sol rojo, grandote y burlón; frente a aquella fila de indios que avanzaban como una pesadilla en plena luz, fué una crispatura, una contracción de nervios que se enredaron a la cacha de la pistola. Humberto, enloquecido, casi no oyó el disparo. Pero vió rodar al hombre. Vio cómo los que iban atrás lo recogían, y sin atolondramientos se disponían a seguir avanzando. Y avanzaban. El, desorbitado, los amenazaba aún, con sus dos pistolas, balbuciendo, quizás intentando proferir insolencias todavía.

Pero aquella procesión no se detuvo.

* * *

Adosado a la gran piedra, desorbitado, permaneció mucho tiempo, con las ideas embotadas y las dos pistolas asidas. Por fin, las enfundó. Hubiera preferido en aquel entonces que su cerebro no se desenturbiase, para no tener que recapacitar. Tanto tiempo había permanecido allí, que la noche empezaba a cernir su polvillo negro. A distancia, mugían algunas reses perdidas y medrosas.

Humberto se alejó de allí, porque de pronto, olió la sangre de aquel manchón que quedara en el suelo, frente a él.

Y, repuesto de aquel estrujón de locura, exangüe ya, asqueado de su inconsciencia, sentóse en el suelo, y

con una angustia de niño rompió a llorar. Había matado a un hombre. A un viejo manso, que siempre le había sonreído. ¿Y para qué?

La noche se iba espesando en torno. De muy lejos comenzaban a llegar unos aullidos.

Tal vez no iba a quedar una de las noventa y nueve reses desbalagadas, perdidas. ¡Pero qué importaban noventa y nueve reses, allí, donde nadie llegaría a comprar una sola ni por dos o tres pesos!

Había matado a un hombre bueno.

Y lo peor era que su propia vida, viéndolo bien, corría mayor peligro que la de sus reses. Se quedaba sin bastimento para aventurarse solo por la sierra, sobre la cual tendría que errar, cuando menos, de diez a doce días. Pero además, para seguir adelante era preciso conocer la urdidumbre de veredas, pues de otro modo, jamás saldría nadie de aquellas montañas. Apenas si, por el rastro del ganado, podría regresar solo a su casa. Pero probablemente, esparcida ya la noticia de su asesinato, muy pronto lo cazase alguno de los parientes del difunto, con una de las carabinas de que él mismo los dotara.

¡Oh, y qué rostro tan acusador tendría la vieja, la madre de su mujer!

¡No! Lo único que él deseaba era abandonarlo todo: sus hijos, su mujer, sus vacas finas; todo. Abandonar la región para ir a esconderse a una ciudad, donde entre el ajetreo y el ruido y la codicia de las gentes, pudiera olvidar que acababa de matar a un hombre.

En aquel momento, sobre los horizontes estalló la

luna, que empapó los peñascales con una luz amarillosa. Muy lejos, aullaban en ronda unos coyotes.

Recordó su caballo. Desde que se apeara de él, por la tarde, no lo había vuelto a ver. De seguro ya iría cerca del caserío. Entre la penumbra permaneció un rato sin pensar. Luego, empezó a oír ruidos como de pisadas. Instintivamente apretó la cacha de una de sus pistolas. Por un momento nada se oyó. Los indios creen en las "almas en pena". Dicen que se aparecen en los sitios de su muerte. ¡Pamplinas! Dicen que algunos se vengan de sus matadores, asediándolos hasta que los secan a sustos. ¡Necedades de infelices! Los coyotes seguían aullando como si remedasen quejidos.

Más cerca, se volvieron a escuchar pisadas. Humberto se levantó como con desparpajo: seguramente sería alguno de los toros que triscaba, perdido, entre la sombra. Y él, bajando la cabeza, y aun acabando de pensar que no debía volver, echó a caminar sobre la vereda de regreso. Tuvo que pasar otra vez por el sitio aquel, frente a la roca. Entre la oscuridad, adivinó la mancha más oscura sobre el suelo; le volvió a dar el olor a sangre, y un calosfrío le bajó de la nuca por la espalda.

¡Si él creyera en los aparecidos! Oh, en una hora se volvería loco.

Aquello había sido una desgracia, como tantas otras. El ni siquiera podía llamarse un asesino. Una desgracia, que muy de corazón lamentaba. No debía temer. Que lo juzgasen. El los convencería de que no era un asesino. Calma. Calma. El debía regresar tranquilo. Era lo mejor. Triste, sí, pero sereno. Una de tantas cosas malas que acontecen a los hombres.

Iba a grandes pasos. Al entrar por un paraje donde los árboles atajaban la luz descolorida de la luna, se puso a silbar una tonada, con los ojos muy abiertos, para no tropezar con alguno de aquellos troncos que parecían enderezarse, de improviso, cuando entre la fronda se filtraba alguna claridad. Claro que los árboles no asustan. Y hasta, en lo más tupido del bosque, se detuvo a orinar, silbando. Y orinó, precisamente, uno de aquellos troncos que parecían salirle al paso.

Caminó así toda la interminable noche. Sentía los pies hinchados, los ojos rasposos y el corazón sucio.

Por fin, lejos, empezó a temblar el alba. Humberto vió cómo se iban dibujando los lomos inciertos de las sierras. Sintió que le nacían fuerzas, y siguió caminando.

Iba ojeroso y le ardía la frente. Sed. Recordó que durante toda la tarde había sentido reseca la garganta, pero tras de experimentar una sed pegajosa, terrosa, había acabado por insensibilizarse a ella durante toda su noche de espantosa caminata.

Había momentos en que aunque quisiera pensar, no podía: especies de lagunas mentales. Y otros en que se le calentaba la imaginación, como si de improviso se sintiese acalenturado.

Amanecía. Era uno de los parajes más silenciosos, de esos en que las arboledas se hacen solemnes como las bóvedas de una inmensa catedral abandonada. Sus pasos tenían resonancias. De pronto, casi obstruyendo la vereda, apareció un cantil que mostraba en alto un

gran abultamiento. Resaltaba una mole de piedra oscura, que tenía la forma de un rostro humano. Sí; fué como si de improviso hubiese asomado por entre una cortina pétrea la carota ambigua del Tío Cleto. En verdad, aquella mole (con algo de imaginación de parte de él), remedaba una fisonomía. Una sonrisa gigantesca. La aparición fué tan brusca y Humberto le encontró tal semejanza, que estuvo a punto de gritar. Pero se controló, instantáneo, y sólo dejó escapar un pujido. Enrojeció, y echándose un poco atrás para convecerse de que la roca sólo tenía muy vagas apariencias de rostro, y de que en todo caso no se parecía al de tío Cleto, siguió. Pero sentía muy flojas las piernas. Y más sed.

¿Por qué ni siquiera se oirían pájaros enmedio de tamaña soledad? ¡Qué raro! Bosques que como por algún conjuro se quedaran sin un pájaro. O quizás él no había reparado en ellos. Ciertamente, en los bosques norteños no abundan; nunca se escuchará la algarabía ensordecedora de los estridentes bosques del sur. Pero algunos alados no podían faltar.

Así arrastrándose y así discurriendo, se dió cuenta, por algunos indicios del camino, de que aún tenía una desesperante distancia que recorrer. Y dejó que las piernas se le doblaran. Con gesto abatido se dejó caer sobre la yerba. Necesitaba rehacerse. Quizás tenía hambre. A punto fijo no la sentía, pues le sabía mal la boca.

Y allí caído, apenas entornó los párpados, lo agarró un sueño nervioso, pesado, de esos que sólo se asemejan a la ebriedad. (Se puede estrujar a las gentes; articulan, se crispan, maldicen, pero no despiertan). Después, volvióse boca abajo; quedó con la boca abierta al ras del suelo; con los hombros torcidos; pero a pesar de tan incómoda postura, no se estremeció más. Durmió, hondo, quién sabe cuánto tiempo.

*
* *

Despertó porque una mano lo movía. Sí, una mano.

Entre una luz atardecida, entrevió la sonrisa de su mujer. Se estregó los ojos, y después de incorporarse a medias, permaneció un instante sentado, inmóvil, en el suelo.

Apretó dos o tres veces más los ojos. María estaba allí, sentada frente a él. En segundo término, de pie, lo contemplaban dos indios, con los brazos sobre el pecho. Más allá, una mula ensillada, y su caballo.

María notó cómo en él se encendía la memoria; y se conectaba con un gesto doloroso. Ella se le acercó mucho y le tomó una mano. Y así, en voz baja y fraterna, le dió la clara noticia: el tío Cleto peleaba, mañoso y duro como perro viejo, con la muerte.

El señor, como tocado por una chispa luminosa, se arrodilló, tenso, ante su mujer, para seguir oyendo: lo habían llevado medio vivo, y aunque pareciera "boquiar" de un momento a otro, tardaba en darle ese gusto a la comadre muerte. Yoma opinaba que a la postre, se enderezaría.

Humberto pareció incendiarse con aquella noticia. Un gozo conmovido le subió a los ojos. Era como si lo acabasen de desenterrar.

Se levantó. Los dos indios presentes lo veían como dos acusaciones; pero ya se convencerían de que no era él un asesino.

Raudo, ansioso, acomodó a su mujer sobre la mula y saltó sobre su caballo. ¡El no era un asesino! Pobre Tío Cleto. Maravilloso Tío Cleto. Si él pudiera abrazarlo, muy ceñido; si pudiera acostarse junto a él, sobre su petate, y decirle unas cuantas cosas, tal vez le contagiase bríos para que se defendiese de la oscuridad que intentaría anegarlo en su interior. ¡Valiente y maravilloso tío Cleto!

Así volaron rumbo al caserío, y tardaron muchas horas en llegar. Era casi media noche, cuando el señor, encogido de sobresalto, asomó por la entrada del jacal del viejo, donde velaban su agonía.

Se asomó. Clavado en el suelo, un gran hachón iluminaba el recinto con su luz desigual y temblorosa, que dejaba ver a la mujer y a los tres hijos sentados en cuclillas, mudos, por un lado del tío Cleto. Nadie dijo una palabra. Humberto, encandilado, buscó acomodo hacia la cabecera, y sentóse también sobre el suelo. No se atrevió a decir una sola palabra; pero allí lo vieron amanecer sentado.

VI

COMO UN OSO FELIZ

No hubo difunto.

Corrioso y taimado como perro viejo, el tío se enderezaba ¡siete días después!

De lejos, desde las puertas de los jacales, o desde las lomas vecinas, pares de ojillos curiosos veían cómo el señor Humberto, en persona, con la mayor solicitud, sacaba al viejo por las mañanas a coger el sol.

En la cara de Yoma no hubo ningún reproche. Al contrario, se diría que a pesar de su talante seco y mandón, era capaz de sentir ternura. A veces, Humberto pensaba que lo veía como a un niño, aunque le hablara como a todo un hombre. Y como a un hombre que era el dueño de su hija.

El caso fué que el señor, que tornara al caserío casi en actitud de penitente, sintió como si lo fuesen desnudando de sus atributos de dominio. Los viejos conversaban por las noches con él: "Cuando los hombres se vuelven locos de ambición y quieren más de lo que

necesitan, la calma se les seca en el corazón. Y son capaces de acciones que avergonzarían a un perro''.

Entre prédicas y cálculos, el señor diose cuenta de que, según el decir popular, ''no está la carne en el garabato por falta de gato''. Si él abandonase aquel rincón de paraíso, se encontraría sobre tierras mejor comunicadas, pero más pobres, y, sobre todo, con dueños. Para sus ganados, en cualquiera otra región, tendría que comprar o alquilar un enorme agostadero. Y pagar jornales altos, competir en precios, pagar contribuciones, y cien molestias más. Claro que a pesar de todo, ser ganadero no es perspectiva que deba desecharse. Pero habría que calcular con menos precipitación.

Lo importante era que el tío Cleto ya caminaba solo, y no le guardaba rencor alguno.

Había que planear, sin embargo, la forma de conseguir algún dinero; porque allí estaban sus dos hijos que necesitaban bajar a educarse. Y ya María llevaba de nuevo henchido el vientre.

Una mañana, su mujer trató de ordeñar, como todos los días. Le trajeron una de las vacas que Humberto hiciera venir del extranjero; bonita, mansa. De recién traída, la ordeñaban siempre con las patas sueltas. Pero después de aclimatarse, libre por los cerros, ya parecía otra. Fué preciso amarrarla por los cuernos a un árbol, y pialarla bien. Bufaba, y en un descuido del vaquero, se zafó el pial y alcanzó con una coz a María, que rodó con la cuba por el suelo, empapada en leche. Humberto, encolerizado, tomó

una estaca y arremetió contra el animal que se retorcía en su amarra, bufando estrepitosamente a cada estacazo.

Por fortuna no pasó nada a su mujer.

—Pero si es el animal más manso que he traído—decía el señor.

—Era manso en su tierra—comentó un viejo, que sentado en cuclillas cerca, cogía sol; un sol macilento de fines de otoño.

—¿Y qué tiene que ver su tierra?

—Ah, siñor, aquella tierra es mansa. Allá, más pa'l norte, sueltan caballos; pasa tiempo, y cuando se necesitan, los cogen y los ensillan sin novedá. Pero aquí, siñor, los suelta uno al monte y por mansos que haigan sido, los tienen luego que tantiar, y corretearlos a ver si los pueden lazar Y en cuanto alguen se les encarama, si no tiene ''güenas corvas'', lo tumban.

Después de un breve silencio; otro indio agregó:

—Es que esta tierra es mala.

Y el que estaba sentado en cuclillas dijo:

—Y eso que aquí apenas comienza lo bronco. Malo y feo de veras, áhi pa'allá.

Y con una mano huesuda señalaba al sur.

Humberto, con agravio, seguía viendo la vaca. Y pensando que hubiera podido patear en el vientre a su mujer, tuvo el impulso de arremeter de nuevo a estacazos. Pero se contuvo, diciendo entre dientes:

—Han sido tus últimas patadas.

La mataron. Y mientras la destazaban, Humberto concibió el nuevo negocio: haciendo cecinas sus reses,

la carne se transportaría a lomo de mula; la carne así se conserva mucho tiempo y tiene gran demanda. Además, los cueros valían muchísimo en el extranjero, sin curtir. Nada costaba la multiplicación del ganado allí, y en cambio, sus productos muertos eran más valiosos.

Por otra parte, ciertamente sus reses ya no eran aquellos ejemplares deliciosos, descomunalmente apacibles, joviales, limpios. Parecían afilarse un poco, y ya no inspiraban confianza. El viejo que cogía sol, afirmaba que si aquellas reses rodasen hacia el sur, irían volviéndose oscuras, pequeñas, agresivas.

A Humberto llamaba la atención aquella teoría, que por la noche, ya en su casa, su mujer siguió desarrollando:

En México son dos naturalezas como dos mundos diversos. Norte duro, sano, pobre y leal; y sur caótico, lúbrico, fecundo e indolente. El trópico ríe de los etnólogos petulantes y miopes que todavía creen en las razas. El trópico se mofa de esos sabios dispépticos que creen que hay estirpes humanas intrínsecamente superiores: No hay más que pedazos de planeta en donde las gentes toman coloraciones y psicologías particulares.

—Pero es que hay razas—objetó Humberto,— es que hay sangres que pueden hacer sentir sus atributos en cualquier región.

—No; aquí no. Tenemos ambientes que a la vuelta de unas cuantas generaciones, lo cambian todo. Tú has estado en Oaxaca.

Humberto, ciertamente, recordó que en aquella ciudad del sur, había llamado su atención la talla de las

gentes. Así inmigraran gigantes, Oaxaca se encargaría de volverlos chaparros. Como si un decreto biológico prohibiera a las gentes crecer más arriba de las siete cuartas. Dicen que los pobladores de Tehuantepec fueron nórdicos; y hoy nadie lo diría: adquirieron el color moreno retinto de los aborígenes, y se les toma por nativos.

Hay rincones de nuestro territorio con una fuerza de transformación fantástica. Mientras el Valle de México y Los Altos de Jalisco son como refrigeradores demográficos donde se conservan durante siglos, casi incólumes, los tipos raciales que allí se depositen, hay otras zonas que harán perder, aun a las estirpes más presuntuosas, hasta el modo de andar. No importa que sea un modo tan apocalíptico como el paso teutón.

Tenemos mesetas que conservarán durante siglos generaciones intactas de Maximilianos de Hapsburgo, con sus ojos azules y sus grandes barbas rubias; o de Benitos Juárez, con sus facciones terrosas, su alma cactácea y sus ojillos punzantes. Pero también tenemos tierras como las de Yucatán, de donde hasta los españoles adultos que van a residir diez años, vuelven con las cabezas cuadradas, como las de los regionales. Ambiente de tal fuerza, que alcanza aun a modificar forma y medidas de cráneos endurecidos ya.

María recordaba que su padre escribió una vez así:

"En México hay tres tipos humanos que coinciden con el norte, con la altiplanicie y con el sur. Los norteños son ingenuotes, rubios y cuadrados; aman sus derechos, y los pelean y los ejercen. En la altiplani-

cie, los Estados del centro (Aguascalientes, Querétaro, San Luis Potosí), producen individuos decentes y anodinos. Los hombres son más pequeños que los del norte, y de color más indefinido. No se saben encarar a las situaciones, y aunque refunfuñan siempre, aguantan que los monte cualquier mandón. Los surianos son minúsculos, oscuros, maliciosos y bábiles. Son más inteligentes, pero conciben los grandes postulados como farsas pingües. Soportan, sonrientes, las vejaciones; pero si vuelve la espalda el vejador, ¡cuidado! En el sur, los ideales se marchitan. Porque para que los hombres tengan ideales, necesitan ser un poco ingenuos, un poco místicos y muy recios de alma. El sur quema".

Aquel ex Ministro aseguraba siempre que las revoluciones en México siguen este proceso: Son hechas por hombres del norte y aprovechadas por hombres del sur. Mientras se trata de arremeter, de arrojarse y zozobrar, cosa de norteños. En cuanto se asienta una situación y empieza a requerirse transigencia y maña, todo lo agarra el suriano, poquito a poco.

Por las sierras del Norte, se puede ir confiadamente. Se pasan hambres, a veces fríos que parecen despedazar los huesos; se topa con bestias salvajes que pueden devorar en un tris. En las sierras del sur no es posible morir de hambre. Hay exceso de frutos y otros comestibles al alcance de cualquiera. Pero debajo de cada hoja hay una lanceta, y hasta en el aire, preñado, se respiran insectos. El sur a veces no mata pronto, pero inocula todos los virus de la desesperación y de la indolencia.

CENTRO DE INVESTIGACIONES HISTÓRICAS DE SAN LUIS POTOSÍ A.C.

En todos los países del hemisferio norte, se nota que el sur no es sólo un rumbo: es un fenómeno. Es la parte laxa, colorida y fácil de cada país. Pero en México las diferencias son desconcertantes. En el trópico, a veces, la altitud contrarresta el dictado de las latitudes. Y así se observa, por ejemplo, que en el trópico no medra el ideal religioso sino a más de quinientos metros sobre el nivel del mar. Debajo de esa línea, a las gentes se las desfanatiza jugando, como que nunca floreció en ellas el fervor. Se ve que bajo el imperio de los frailes de la conquista, apenas si por salir del paso se levantaron iglesias de mala muerte, minúsculas, ruines. En cambio, en las mesetas, cualquier población de muy relativa importancia está erizada de catedrales. Nuestras tierras de Chiapas ilustran maravillosamente esta teoría: en la baja región de Tapachula, casi no se puede llamar templo a una que otra iglesucha encalada; pocilgas para dos o tres santos dormilones y empolvados. Las gentes, allí, han permitido que la soldadesca saque en rastras tales santos y los queme en la plaza. ¡Pero que no les quemen sus marimbas ni sus guitarras! Subiendo de aquellas regiones, todo cambia. Los templos menudean, y en el valle más alto y frío, calla una ciudad anacrónica, grande, inmóvil, colonial. Moles geométricas de templos enormes reposan por doquier. Las gentes, por las calles, van despacio y hablan en voz baja, como para que no dejen de cantar los campanarios.

*

* *

En aquella ocasión, sin embargo, Humberto no estaba para especulaciones acerca del ambiente. Su imaginación se había ido; se volvía proyectos. Y desde el siguiente día empezaron a salir indios por todas las veredas para hacer una requisa de mulas, y hasta de asnos de alquiler. El alquiler se pagaría allá abajo, cuando se empezase a vender y a embarcar la carga.

Poco a poco, al correr de los días, fueron llegando bestias. Y empezó la matanza de reses. Todos, en el fondo del valle, andaban atareados, degollando toros, destazando, haciendo cecinas. En esto último eran duchas las mujeres, que se pasaban muchas horas, filosos cuchillos en mano, haciendo aquellas tiras de carne roja. Otras mujeres, en hilos inacabables, las tendían al sol, hasta que muchos días después tomaban un color café muy oscuro, seco. Por todas partes había, también tendidos al sol, cueros que sobre la yerba se abrían de patas como manchones sanguinolentos.

Por fin, estuvo lista una caravana. Humberto había recontado: treinta y cinco mulas, veintiún machos y once burros. Total, sesenta y siete bestias cargadas de cecinas y de cueros a medio secar. ¿Cuánto le darían por todo?

Otra vez la caminata, lenta, desesperante.

El señor no los aguardaría: era mejor adelantarse para empezar a proponer los cueros a algunos compradores de la región, o hacer arreglos para transportarlos hasta la frontera, donde sobraban ofertas.

María y Yoma lo dejaron partir en silencio. Sus dos chiquitines, llorones, querían ir con él.

Trepó en su caballo, y sólo un indio que montaba una mula vieja, lo acompañó. Y mientras se alejaba, sintió como una especie de agradecimiento hacia aquel par de chiquitines que le lloraban. Antes de perderse, torciendo sobre su montura el torso para ver hacia atrás, les lanzó un adiós, en alto, con la mano.

Iban aprisa. Pasaron por el sitio en donde balaceó al pobre tío Cleto. (¡Qué buen hombre, que no le guardaba ni sombra de rencor!) No cabía duda: él, Humberto, era silenciosamente querido hasta por gentes que él no conocía. En cuanto a sus dos hijillos... En otra ocasión tomaría siquiera a uno, al más crecidito y que más recio le lloró al verlo partir. Ya se podría sostener en ancas de su caballo. ¡Pobrecillos! El los mimaba poco. Sin embargo, hasta entonces reparó en algunas frases sueltas o gestos indicadores de que tanto Yoma como María, no desaprovechaban ocasión para hacerlos admirar a su padre. Sí; aquellas dos mujeres hacían que sus hijos lo viesen como un semidiós. Lo estaban amando, antes de que él se preocupase por hacerles sentir cariño.

Nueve días después, llegaban a la estación del ferrocarril. Había un movimiento desusado. Gentes desconocidas, y carros repletos de tropa. Y aquella noticia ¡ya tenemos otra revolución!

—Ya ves, siñor: acá abajo, puras apuraciones... —le decía el indio que lo acompañaba.

Humberto consolábase pensando que su carne seca y sus cueros podrían ser vendidos muy pronto allí. Y si no, el trabajo era coger un tren con un carro vacío: la frontera no estaba lejos.

Empezó a preguntar por compradores, y unas horas después lo buscaba un texano. Se interesaba por las pieles. Era representante de una gran casa de Estados Unidos. Con cuantos cueros tuviese, tratarían, hasta hacerlo rico. Oh, pero si Humberto era precisamente el hombre que su negociación necesitaba en México. Sólo faltaba ver las pieles y el trato era seguro.

Humberto no durmió bien aquella noche. Al otro día, sólo se ocupó de mirar, largo, sobre el desierto. Cualquier polvareda le precipitaba el corazón. Porque eso sí, si la revuelta apretaba, su comprador tendría que escapar, sin cueros. Y así tuvo que pasar tres días. Por fin, se divisaron las primeras mulas; pero eran sólo doce, las de más seguro andar. Las otras, venían a uno o dos días de distancia.

El negociante vió los cueros y las carnes; preguntó cuánto valían, y ante el pasmo de Humberto, aceptó sin regatear. Tomaba la pequeña partida, y esperaba el resto. ¡Así eran los negociantes modernos! Nada de pichicaterías. Se interesan por que sus vendedores tengan el mejor provecho, para que sus relaciones comerciales sean de lo más sólidas. ¡Esa es ética mercantil!

Además de negociante dinámico, era el comprador muy fino y ameno. ¡Una suerte!

Recibidos los cueros, quiso pagar inmediatamente.

Sólo que Humberto aún no hacía la factura, y las casas serias del extranjero son muy formulistas; exigen siempre a sus representantes todos sus papeles.

Humberto salió hacia el pueblecito a buscar una hoja de papel, y sobre todo, estampillas. Encontrar éstas fué cosa más difícil de lo que parecía y tardó casi tres horas. Estaba bien oscuro cuando regresó preguntando por su amigo, que nadie sabía dónde estaba.

Ya cerca de media noche, sin encontrarlo, empezó a sospechar, y a la mañana siguiente lo confirmó: había escapado. ¿Sería un ladrón?

—Ya ves, siñor: acá abajo...

—¡Cállate!

Y el indio calló.

*
* *

En la próxima vez, Humberto olvidó su finura. Llegó otra partida de diez bestias. El comprador de entonces era disgustadizo; regateaba y no resolvía pronto. Y lo peor era que pasaban más carros con tropas. Por fin, ¡mil pesos! Hizo que el otro se los diera por adelantado, y le entregó sus pieles.

Aquella noche tampoco durmió. Había tantos hombres extraños, y él allí, ¡con mil pesos de plata! Alguno pudiera sentir la tentación de asesinarlo. Se llevó al indio al cuartucho donde se hospedaba, y le mandó quedar despierto durante toda la noche. Afuera, se intensificaba un ruido de locomotoras, choques

de carros, chirriar de rieles, galopes de caballos, insolencias de ebrios, voces militares.

A la mañana siguiente, todo mundo lo decía: "sin remedio... va a ser un gran combate". Nadie sabía el sitio exacto, pero tenía que ser muy cerca.

¡Y lo más caro de su cargamento no llegaba!

—Mejor, siñor.

—¿Mejor?

—Pos sí. Si llega enmedio de esta bola, de seguro te lo quitan.

Efectivamente. Aquel indio no perdía la cabeza. ¡A ensillar, rápidos! Ojalá los dejasen salir de entre aquel espantoso desorden que crecía por minutos en la estación. La soldadesca parecía próxima a reventar los diques de la disciplina.

Con trabajos pudieron comprar provisiones.

Escurriéndose, a pie. con el caballo y la mula de las bridas para llamar menos la atención, lograron salir de entre aquel hervidero de maldiciones y de zozobra, y escabulléndose hacia unos altos matorrales, montaron y empezaron a correr. Ojalá la otra partida de bestias no bajase aún a las llanadas con su cargamento. Habría que esperar, replegándose a la sierra.

Empezaba a hacer frío, y a soplar ese viento que estruja.

Antes del atardecer, llegaron a un lugar en donde el suelo estaba anchamente hoyado. A él le dió un vuelco el corazón. Cerca, lanzó un grito al encontrar un indio tirado boca arriba, con el estómago ensangrentado. Era uno de los arreadores. Humberto y el indio que lo seguía, se apearon: el caído tenía dos balazos

en el vientre, y estaba bien muerto. Hasta duro estaba ya.

Se escuchó un grito muy lejano. Y sin tomar el parecer del señor, el indio que estaba con él, como en respuesta, lanzó otro alarido.

Y allá, muy lejos, de entre otros matorrales, vieron surgir una minúscula sombra parda. Montaron, y taloneando en los ijares de sus cabalgaduras, lo fueron a encontrar. Era otro de los arreadores. Y mientras contaba lo sucedido, de por allí, como si surgiese del polvo, salió otro, y más tarde apareció un tercero.

¿La explicación? Una partida de revolucionarios. El señor, repleto de blasfemias, parecía muy ocupado en injuriar a los vientos.

Después, los cinco acercáronse nuevamente al muerto, para enterrarlo. Pero como no tenían con que excavar, quedó poco profundo el hoyo que abrieron con estacas, y allí lo sepultaron. ¡De seguro los coyotes lo desenterrarían aquella misma noche!

El regreso fué de lo más duro. Un frío que volvía a los jinetes tiesos sobre sus animales. Después de llevar inmóviles los brazos, se sentía como si se fueran a romper al desdoblarse. Pero además, apenas si llevaban qué comer. Los indios, desviándose de las veredas, conseguían a veces, en quién sabe qué ocultos jacales, un poco de pinole; a veces algún huevo o un pedazo de carne. Humberto, con su pistola, mataba algún animalejo, y era entonces un banquete. Hubo jornadas durante las cuales él habría dado la talega de pesos que llevaba, por un saco repleto de tortillas.

Y así, muchos días después, estuvieron por fin en sus casas, enflaquecidos, sombríos.

Sin embargo, se dijera que en la casa de él las dos mujeres estaban inconfensadamente satisfechas. Aparte del pesar que sentían cuando recordaban al arreador muerto, el señor adivinaba que todo lo demás estaba lejos de entristecerlas. Quizá su fracaso hasta les traía un oculto gozo.

A cada momento, se le aprontaba la imagen del indio que lo siguió hasta la vía sobre su mula vieja, y que le repetía:

—Ya ves, siñor, acá abajo, puras apuraciones...

Y luego recordaba al sinvergüenza que lo había embaucado como a un hotentote, robándole sus cueros. Y no podía evitar que se le enrojeciese la cara. Si estaba sentado, se levantaba, zanqueando nervioso con las manos hundidas en los bolsillos del pantalón, mientras por lo bajo mascullaba las más retumbantes insolencias que sabía. Y no encontraba ninguna que lo dejara satisfecho. (Nuestras insolencias no tienen significado; son ya simples palabrotas que se sueltan sin ton ni són. Pero en fin, siquiera sirven para inflar la garganta y hacer que estalle un furor sin meollo, una rabia estrepitosa y hueca. Injurias de hombres de muy precarios recursos mentales).

El caso era que aquel pillo que le robara sus cueros, de seguro se iría riendo de su candor. ¡¡Jijo de...

Lo único que había logrado, eran aquellos mil pesos, que tenía en un rincón del cuarto.

Empezó a tratar más con sus hijos. Como se lo había propuesto, cuando salía a caballo, echaba en ancas al mayorcito, y a veces llevaba también al menor. Y era como si aquellas dos criaturas, de pronto, lo tomasen de la mano para conducirlo a un plano de buen humor al que antes no había bajado. O subido.

Porque quizás era un plano superior.

A veces se le encontraba tirado con ellos sobre la yerba, inventándoles historias, o sirviéndoles de caballo.

El mayorcito era rubio; el otro muy moreno.

Un día, gustosos por tener mucho sol, sin pensar llevólos muy lejos, jinetes en una yegua. Al desmontar, la ató a un tronco, y empezaron a alejarse. Encontráronse a poco sobre una colina pelada, donde el hielo había secado toda la yerba. Y allí en la cima, se echaron a descansar.

Mucho habían quedado allí, cuando uno de los niños, señalando con su manecita, comenzó a gritar de júbilo, y Humberto se enderezó. Cerca, increíblemente cerca, los contemplaba un coyote de patas temblorosas y hocico hambreado. Humberto, que había dejado su pistola sobre su montura, cogió un pedazo de leño y lo tiró contra el animal. Este corrió, pero en vez de huír despavorido como era de esperar, se detuvo a corta distancia. Los veía nuevamente, con una insistencia alarmante; y en pleno día lanzó un aullido.

Sí; a medida que los ganados mermaban en los montes, manadas de coyotes aullaban de hambre y se volvían temerarios, hasta perder el miedo a los hombres.

Humberto cogió uno de sus niños bajo cada brazo,

y empezó a bajar, de prisa. Pero de pronto, vió parados frente a él, a unos cuantos metros, tres coyotes más. Soltó a sus hijos, y quitándose su sombrero dió con él, contra la tierra, lanzando el grito más estentóreo posible. Los coyotes, con una alarmante lentitud, asustados y gruñones, se alejaron; pero no huían.

Nuevamente tomó a sus muchachos, y echó a correr hacia donde pacía su yegua. De entre los pastizales secos, salían más coyotes, menos asustadizos cada vez. El se detenía, de trecho en trecho, para dar sombrerazos en la tierra y lanzar gritos que cada vez eran menos eficaces. Entre los árboles, se oían relinchos y bufidos de su yegua.

El, corriendo desesperadamente como si su carga no le pesase, llegó hasta cerca de su montura; pero se detuvo agarrotado de pavor al ver que el animal, a coces y mordidas, trataba de librarse de una manada de aquellos infernales coyotes que le habían caído encima. Valiente y desesperado, el animal defendíase; pero eran muchos y saltaban sobre ella con una voracidad espantosa.

Los chiquitines comenzaron a llorar a gritos. Humberto vió cómo una de aquellas especies de lobos se prendió a una oreja del noble bruto, que cabeceaba bufando y manoteando. Rauda y dolorida, reventó la amarra, y como cogida por un torbellino, arrancó, chocando entre los árboles y los peñascos. seguida por aquella nube aullante de coyotes hambrientos.

Los niños lloraban agarrados a su padre, quien se dió cuenta de que pronto caerían sobre ellos. Recogió a sus hijos, y corrió a una covacha que divisó enfrente. Era muy oscura, y metió a los niños hasta el rincón.

Pero a pesar de todo, los coyotes, con su seguro olfato, no tardarían en hallarlos. Entonces salió, y por un momento estuvo tratando de amontonar grandes piedras para obstruir la entrada. Pero no había tiempo ni piedras suficientes.

Buscó un pedazo de rama, gruesa, a modo de maza o cachiporra, y se metió a aguardar.

Muy pronto, por el hueco de la entrada asomó un hocico husmeante. Y comenzó la pelea.

Apenas avanzó más aquel agudo hocico entre la sombra, le cayó un estacazo que hizo al animal rodar aullante, aturdido.

Humberto, garrote en mano, volvió la cara hacia el fondo de la cueva, en donde no cesaban los sollozos.

Menos mal —pensó— que estamos en el norte: no habrá animales que los piquen. En el sur, cualquier agujero como éste estaría erizado de sabandijas venenosas.

Muy pronto, más hocicos empezaron a husmear por aquel hoyo; pero más apercibidos, esquivaban casi todos los garrotazos que salían de la oscuridad. Los aullidos crispaban.

Humberto se dió cuenta de que llegaría un momento en que los animales que se revolvían fuera, cargarían sobre él, y que su estaca sería insuficiente para contenerlos. Y el primer empuje no se hizo esperar. Desaforadamente descargaba leñazos en todas direcciones, y aullaba también él, lo más ronco que podía. Y sus gritos desesperados fueron más eficaces que su

leño, pues logró amedrentarlos a medias. Desorbitado, volvía los ojos hacia el rincón donde lloraban sus hijos ¡tan pequeñines! Y no los divisaba. Lo empavorecía la idea de que tres o cuatro de aquellos hocicos se disputasen en breve los pequeños cráneos para lamerles la sangre, y sus bracitos, para limpiarlos hasta del último pellejo o de la última pringa de carne.

Entonces, como si dentro de su propio cráneo se le hubiese encendido una cerilla, recordó: llevaba fósforos. Hurgó, crispado, entre los bolsillos de su chaqueta, y extrajo una pequeña cajetilla de cartón. Y en vez de garrote, permaneció espectante, fósforo en mano. En el momento en que otro coyote audaz saltó sobre la entrada, él raspó la cerilla, y ante el estallido de luz retachó el animal. Humberto respiró aliviado.

Pero como llegaría el instante en que aun sus cerillas fuesen ineficaces, empezó a tentalear entre la sombra, sobre el suelo, y así se allegó unos pedazos de ramas secas. Y empezó a hacer lumbre. Mas entonces él mismo creó otro enemigo: el humo. O salían, o se asfixiaban. Y salió él con un haz de ramas encendidas entre los brazos. Ningún coyote lo atacó.

A un lado de la entrada de la cueva, soltó su brazada ardiente y salvadora. Con un tizón ardiendo en cada mano, él solo podría pelear contra una manada de lobos, repartiendo entre la oscuridad estacazos de lumbre. En torno, era como si aullase la noche.

Y así pasó algunas horas. Los niños, arrullados por la fatiga y por la angustia, se quedaron dormidos, abrazados, en el fondo de la cueva.

Sería la media noche, cuando Humberto tuvo que

alejarse más en busca de leños secos, pues ya había recogido cuantos encontrara cerca, y la lumbre amenguaba.

Volvía cargado con enorme brazada, cuando le pareció ver que una de aquellas sombras malditas se escurría, desconfiada y nerviosa, por el hueco de la covacha. El arrojó toda la leña sobre el fogón medio apagado, y se precipitó encandilado por el agujero. En torno parecía gruñir la sombra. Entre aquella oscuridad, sólo distinguió las dos ascuas fulgurantes que eran los ojos del chacal.

Apenas alcanzó a verlos como en un relámpago de pesadilla, porque súbito, fué derribado hacia atrás por un gruñido con dientes, con uñas y con pelos, que se le echaba encima. Humberto lanzó un alarido de desesperación y comenzó a intentar puñetazos y rasguños inútiles en la oscuridad. Ni siquiera sentía en qué partes de su cuerpo se le hundían las dentelladas de aquel gruñido satánico. Después de inútiles esfuerzos para incorporarse, cayó una vez más de espaldas, con los brazos en cruz sobre el suelo. Y entonces, entre los jadeos y los gruñidos del chacal, alcanzó a oír los lloros y las voces de sus hijos despiertos. El animal, con mayor furia, parecía pronto para acabar de despedazarlo a dentelladas. Y él, ciego de sudor, de tierra y de sangre, juntó sus últimas fuerzas y se enderezó, hundiendo su brazo como si arrojase un arpón entre la oscuridad. Y su mano sintió carne caliente. El no supo qué era, pero aunque sentía como si le triturasen aquella mano suya, pudo seguir forcejeando, hundiéndola. La había metido, como una zarpa, precisa-

mente entre aquellas fauces; y en vez de arrancarla de allí, seguía hundiéndola, aunque le crujiesen los huesos, mientras con la otra mano apretaba la cabeza del animal. Su cuerpo ya no sentía desgarrón alguno; como si estuviese más allá del dolor.

—¡¡¡Papá!!! ¡¡¡Papacito!!!

—¡¡Nos come, papacito!!

Así sollozaba el fondo de la cueva, pero pronto él ya no pudo oír. Sólo estaba ocupado en apretar su mano, más, más. Aquel demonio peludo era entonces el que intentaba inútiles arañazos en la oscuridad.

Y la mano seguía hundiéndosele, cuello abajo, entrañas adentro, hasta ahogarlo.

Y así, aquel hombre semidespedazado, ciego, tuvo después fuerzas todavía para sonreir, como si hubiese dejado de ser hombre; como si en él alentase el alma de algún oso afortunado.

Desde aquel rincón donde se cuajaban unas tinieblas de antro, la boca de la gruta, llena del resplandor de la gran fogata que crecía a un lado, se veía como un sol chueco, desigual y enorme, que tapara el paso.

*
* *

Cuando Humberto empezó a despertar, le pareció que era medio día, y que él avanzaba sin mover un músculo.

En efecto, era más de medio día; y en efecto, también, era llevado en una especie de angarilla que unos indios improvisaran. Humberto sintió que todo él dolía. Y hasta que hubieron avanzado mucho, comenzó, como si estuviese muy ebrio, a recordar. Y recordó de súbito a sus hijos. Con gran dolencia enderezó imperceptiblemente el cuello y alargó las miradas. Sobre la vereda, adelante, distinguió a otros dos indios que llevaban, vivos, a sus dos muchachos a horcajadas en el pescuezo, sobre los hombros. De seguro iban vivos, porque hablaban con aquellos hombres, aunque él no entendiera lo que les decían. De seguro iban vivos. El sentíase tan infinitamente dolorido, que no volvió a hacer esfuerzo alguno por moverse, y ni siquiera por hablar.

Ya tarde, llegaron a las casas. El señor estaba deshecho a mordiscos, pero casi todos fáciles de curar. Lo único de cuidado era una tremenda mordedura que le había despedazado la mitad del pecho. Por poco le llegaban los dientes al corazón. De allí era de donde le había chorreado un manantial de sangre, entre cuya tibieza se desmayara, y por poco "boquea."

Pero ya en su casa, con solo cuidar que no se engusanase, —según Yoma— los días eran los únicos médicos que se necesitaban. Grandes médicos.

Y en verdad, muy pocos días necesitó para empezar a caminar.

*
* *

¡Qué feliz puede ser un hombre! ¡Cuánta satisfacción cabe en un cuerpo humano! Nunca, Humberto, había tenido tal sensación de fuerza.

Cada vez que veía a sus hijillos, se le inflaba el pecho y se le templaban los brazos. Qué diferencia entre los hombres de urbe y los hombres de la soledad. Aquellos tienen el sentido del montón; esperan siempre que la casualidad, en el instante trágico, los coloque detrás de cualquiera que caiga en su lugar. En las soledades, un hombre lo es todo. Si su inteligencia y sus brazos no son superiores a la mala suerte, sucumbe. Sólo viven los titanes.

El señor, cicatrizado ya su pecho, se lo sentía anchuroso como nunca. Como un baluarte. La sangre clara de la convalecencia tenía voces nuevas para él.

Una vez, curioseando entre los papeles de María, sus hijos dieron con un retrato de él, y se lo fueron a mostrar. ¡Qué facha! Era de muchos años atrás; de sus tiempos de "señorito". ¡Señorito! Vaya una palabrita melindrosa y denigrante.

Entre las tradiciones de la tribu, sólo había el recuerdo de un antepasado ilustre que había peleado cuerpo a cuerpo con un lobo, sin más armas que sus manotas. Matar fieras a tiros o a machetazos, es más cómodo, pero más innoble. Matarlas así, como él (y apretaba su puño como si aún agarrase entre sus dedos la lengua del chacal), era cosa digna de narrar de punta a punta de la sierra.

Corrían las semanas, y el señor se sentía más fuerte. Su mujer también lo encontraba más robusto.

Un día, caminando por los contornos, se acercó a un charco azuloso, quieto, para beber agua. Antes de romper con su mano el cristal de quietud de la superficie, se vió el rostro como en un espejo. Y estuvo un

rato contemplándose. No, él no era el mismo de aquel retrato. Hasta el rostro se sentía más grande. Y se dijera que los pómulos se le abultaban, como a los moradores de las sierras. Pómulos salientes. Quizá se les abultan a los hombres de todas las latitudes donde se arrastran esos ventarrones duros y fríos. Pómulos hechos para el choque de esas corrientes que en lucha libre, derriban a los hombres si flaquean.

Si él contase sus peripecias en algún salón de la metrópoli, creerían que eran embustes. Se burlarían apodándolo Robinson Crusoe. ¡Pobres gentes que no entenderían a los titanes!

Aquella noche, en el fondo de su cuarto con paredes de adobe, Humberto yacía con su mujer muy junta, cuando por el hueco de la entrada se deslizó una sombra. Se deslizó sin ruido, y avanzó hasta el fondo, agazapándose hacia la cabecera.

—María... —llamó muy queda.

Humberto reconoció la voz de Yoma. Y en su lengua nativa, entre la oscuridad, la oyó decir:

—Desde hace tres días he pensado mucho en tu padre. Quizá venga en camino.

—Dios lo quiera—dijo María.

Y después de un gran silencio, agregó la vieja:

—El siempre aseguró que Dios no existe. Y se empeñó en que pensara yo como él.

—Sí; también a mí me lo dijo muchas veces.

Madre e hija quedaron otra vez silenciosas. Afuera, un silencio de árboles.

—Pero existe... —dijo la vieja.

María no replicó, y su madre siguió diciendo apropósito de Dios:

—Y sobre todo, lo necesitamos. Y sería imposible necesitar lo que no existe.

Humberto sonrió, invisible, entre la oscuridad, y estuvo a punto de incorporarse a medias y sentarse junto a las dos mujeres para departir. Porque en hablando de Dios, de improviso la lógica de Yoma le parecía desconcertante. (¿Es posible necesitar lo que no exista?) Pero no se movió, temeroso de estropear el tópico. Y siguió escuchando, quieto.

—Sí —dijo María— nosotros lo necesitamos para sacar fuerzas de nosotras mismas. Cuando un hombre con fe le pide valor y resistencia, ¿qué importa que sea él, el propio hombre, quien produzca la resistencia y el valor para darlos a sí mismo? Dios existe, aunque sea como pretexto o como fórmula para buscar dentro de nosotros las mercedes que no creemos poder elaborar.

—No, dijo la vieja— es que Dios, como el calor del cuerpo, está en nosotros. Y cuando le sabemos pedir algo, nos lo concede desde adentro de nosotros mismos. Lo llevamos dentro, como llevamos sol en la carne; y la carne no es el sol. El es como somos; tiene hambre si nosotros tenemos; lo ensuciamos si se nos ensucia la intención, de la misma suerte que envenenamos el aire cuando lo sorbemos con unos pulmones podridos de enfermedad.

Humberto sonreía, silencioso. Yoma, decididamente, era una maniaca de aquel tema. Hablaba de él y hacía

hablar a las gentes en cuanto se presentaba oportunidad.

—Tu padre piensa —agregó— que la idea de Dios es un mal para este país.

Y Humberto, desentendiéndose por un instante de lo que las dos mujeres decían, se puso a repasar las últimas palabras de la vieja: ¿Un mal? Aun suponiendo que lo fuese, resulta torpe combatirlo a caballazos. El pueblo pide Dios. Allá, más allá de la frontera, otro pueblo pide alcohol. Y en cuanto un gobernante torpe prohibe el vino allá, la embriaguez se vuelve un lujo. Y aquí, en cuanto las leyes y las bayonetas se encarnizan contra Dios, tenerlo resulta una gallardía. Qué claro se ve todo desde acá, sobre estas montañas que lava el cielo. Acá, donde las carnes se vuelven duras y sanas. Tan duras, ¡que no las despedazan ni los lobos!

El señor sintióse henchido de pujanza, y crispó una vez más los puños, como si aún estuviese ahogando a la fiera entre sus manos.

Siguió pensando que en aquellas serranías casi deshabitadas, entre aquellos acantilados, la vida no se complicaba. En primavera, la moza indígena, en mamateria de amor, no tiene remilgos. Asecha al muchacho que le gusta; ronda su jacal; de lejos, tira piedras sobre su tejado para hacerlo salir y reparar en ella. Si se le aproxima, se hace disimulada, y si se aproxima más, corre monte arriba. El la persigue como a una venadita ligera. Corren, corren como si nunca se fuesen a cansar; pero por fin, él logra asirla, jadeante, potente. Y así la posee, la sangra, la fecunda,

a veces en el último risco de un acantilado gigantesco. ¡Qué saben de estas cosas las pobres gentes de las ciudades! Pedazos de demonios agrios.

A Humberto ya no le importó escuchar a su mujer cuando decía en el idioma de su madre:

—En todo caso, la idea de Dios es un ejemplo de la sabiduría de los débiles y de los ignorantes, que supieron inventar algo que los ayuda a vivir y a morir más fácil y confiadamente que como viven y mueren los sabios y los próceres. Estos caen, hoscos, dentro de una muerte vacía. Los débiles y los ignorantes parecen entrar en una muerte luminosa.

Humberto estaba abstraído evocando parajes solemnes, grandiosos, ásperos. Y pensó todavía: ¡Qué maravilloso país es éste! Hasta los hombres más refinados e inútiles, los que han parecido irremediablemente civilizados, pueden aspirar a perderse a la vista de todos sus semejantes. Y se pueden remontar a pequeños mundos desconocidos, para tornar a ser, con la ayuda del tiempo, unos maravillosos cavernarios.

Las mujeres seguían cuchicheando; pero a él se le cerraban los ojos. Se le aflojaban los puños omnipotentes. Visitaría una vez más, al amanecer, la cueva donde venció, sin otras armas que sus manos, aquel gran animal. ¡Cómo lo admiraban sus hijos! Y su mujer. Y todos los que conocían su hazaña.

¡Un maravilloso cavernario!

Se estiró, acomodándose sobre su estera. Si llegaba el padre de su mujer, casi lo desconocería por su torso descomunal. Imaginó lo bien que le cuadraría, en

lugar de zamarra, una piel de oso atada por la cintura.

Aspiró muy hondo; dejó de oír, y mientras oleadas de sueño iban anegándolo, todavía pensó que sólo los difuntos yacerán más cómodamente que los hombres que de verdad sepan dormir. Pero los difuntos lejanos; los que mueran y queden como les dé la gana. No los pobres muertos de vecindad, a los que sus deudos obligan estirarse, a enclavijar las manos sobre el pecho y a entornar los ojos, en postura decente, como para que no critique doña Fulanita.

Y entre la sombra tibia, a diferencia de cualquier difunto, comenzó a roncar.

"Cuando bajan los cuervos" fué escrita antes de que se implantara el Servicio Médico Social. Este comienza a esparcir por muchos rincones de México centenares de muchachos doctores, todavía encandilados de aula. Todavía modestos y briosos. Medrarán después, cuando se los exija la mujer o el asma, los hijos o los años; pero ahora salen todavía limpios y entusiatas, como para una dádiva social.

INDICE

Págs.

ACTITUD 5

LO QUE LLAMAN FRACASO

I.—Luna y abdomen 11
II.—En el mundo de las mayúsculas 19
III.—Plomo 29
IV.—Una mujer ideal 41

CUANDO BAJAN LOS CUERVOS

I.—Con un ratón bajo el pecho 55
II.—Esa Patria tan mentada 61
III.—Cristo en calzones 71
IV.—Sexo y caimanes 79
V.—Con ojos de Dante 89
VI.—La marea ascendente del color 101
VII.—La esperanza es terca 111

EL SUR QUE QUEMA

I.—Esfinge 123
II.—El pobre fuego 133
III.—Las alas inmensas 149
IV.—Almas al sol 161
V.—Tenemos bálsamo de Fierabrás 183
VI.—Como un oso feliz 203